



La Cópia
y otros
originales, de
González
Vera

Nascimento



OBRAS DEL AUTOR

Vidas mínimas.

Alhué.

Cuando era Muchacho.

Eutrapelia.

Algunos.

LA COPIA

© J. S. González Vera
Derechos reservados

(Esta disposición es letra muerta
para la Editorial Aguilar)

LA COPIA

La Cópia y otros originales, de González Vera

III	SENSIBLE EXPRESION	31
IV	MUNTRAS EN TREN	38
V	EL RABIN	61
VI	LAMON DE	70
VII	EL TAMBOR MILE	77
VIII	COMUNISTAS DE MELIPILLA	82
IX	HANS VON BEERA	103
X	DON JENARO	114
XI	DIEGO SILVA	124
XII	EL TUCUMAN	136
XIII	CASA PERRO	151
XIV	LA PELEA	160
XV		166
XVI		171
XVII		187
XVIII		193
XIX		
XX		
XXI		

NASCIMENTO

INDICE

A Francisco Giner de los Ríos.

I	EL TERREMOTO	9
II	LA COPIA	20
III	SENSIBLE EXPROPIADOR	31
IV	MIENTRAS EL TREN CORRÍA	38
V	CERTIFICADO DE SUPERVIVENCIA	50
VI	EL RABINO BENJAMÍN	65
VII	LADRÓN DE MEDIODÍA	70
VIII	EL TAMBOR METAFÍSICO	75
IX	COMUNISTAS DE MELIPILLA	87
X	HANS VON BEBRA	92
XI	LA INCÓGNITA	103
XII	DON JENARO	114
XIII	DIEGO SILVA	124
XIV	¿FAR VUS, SEÑOR CRENÓVICH?	136
XV	EL TOCADOR DE ARMÓNICA	146
XVI	CASA VERDE	150
XVII	LA PELEA	160
XVIII	EL REMATE	166
XIX	LADRÓN DE GALLINAS	171
XX	EL ELECTRICISTA Y SU MUJER	187
XXI	ORIGEN Y FIN DE MI FORTUNA	193

TERREMOTO

A Francisco Giner de los Ríos.

SUMIDO estaba en el más plácido sueño cuando un remezón fortísimo me despertó. Quise abrir la puerta de calle, pero no pude. El patio delantero era estrecho y altos sus muros. Quedé inmóvil, dispuesto a lo que viniera. El temblor arreció. Las mujeres imploraban al Todopoderoso. Su griterío era casi peor que la sacudida. Algunas corrían gritando.

El movimiento ondulante venía desde la entraña de la tierra. Abríase en abanico y todo vacilaba. Miré las mura-llas con pesimismo, ay, seguro de que caerían sobre mí si el remecimiento aumentaba. Aunque he luchado con éxito por mantenerme tranquilo, en circunstancias semejantes, esta vez habría llegado al espanto si el vaivén tremendo no cesa. Fue decreciendo por ventura; entonces hice girar la llave y me asomé. Seguían gritando las señoras, eso sí que con menor vehemencia, para no callarse de repente. Una, crucifijo en mano, humillábase ante alguien a quien ofen-diera. En medio de la calle rezaban ancianas en tono agudo. Los maridos permanecían en silencio. Los chicos, alegres, corrían.

Lamenté ser desconocido porque sentía necesidad de compartir mis tumultuosas impresiones. Hasta pensé en salir en busca de un amigo.

—¡Este debe ser terremoto en otra parte! —dijo un anciano que no había despegado sus labios.

Al día siguiente en corro leían los diarios. Clamaban los altavoces. Un terremoto había volcado varios pueblos del sur. Perecieron miles. En tal ciudad sólo la iglesia quedó en pie. Destruyéronse los hilos telegráficos, las ferrovías; los caminos quedaron cortados por anchas grietas.

Frente a los altavoces se renovaba el gentío. El espacio hallábase transido de mensajes: "Luis Muñoz murió", "Juan Pérez desea saber de su mujer Melania Guzmán y sus hijos", "Pido a mi esposo Pedro Díaz que avise cómo está", "Fallecieron sepultados los esposos Pantoja". Esto envolvía a la capital en una atmósfera de pesadilla. No había quien no palidciera ante la lista de muertos que alguien recitaba minuto a minuto.

Fui a la oficina y no tuve ánimo para barajar papeles. Hube de juntarme nuevamente a la muchedumbre que esperaba nuevas.

Después de almuerzo encontré en mi escritorio carta de mi esposa. La había traído un aviador que aterrizó en el fundo donde ella veraneaba. Aunque se cayó un muro,

ni ella, ni los niños ni los dueños de casa recibieron daño físico.

Ir al sur era difícil. Precisábase salvoconducto, pues se temía a las epidemias; allí faltaban alojamiento y comestibles. Conseguí que un auto de la pesquisa me llevara como agente de pega. Salimos al amanecer. Pasado el mediodía entramos a la región devastada: habitaciones, vallados, tapias, árboles centenarios habían sido abatidos. De trecho en trecho, grietas hondas dificultaban el paso. Fue necesario orillarlas, desviarse y emprender rodeos.

En menos de una hora hasta el polvo adquirió sentido angustioso. La vivienda hundida, la cerca deshecha y el mutismo apretaban el corazón. En vano el viento, un viento suave susurraba en las arboledas.

La actitud de los dos pesquisas que viajaban conmigo era bastante hermética. Parecía darles igual cuanto ocurriera. El desastre era para ellos trabajo, privaciones, fastidio. Al principio les comuniqué mis desoladas observaciones, que resbalaron por sus agrias fisonomías. Después consideré mejor callármelas.

Venían carretas atestadas de enseres y muebles rústicos. Pasaron cabezas desgredadas, rostros pensativos, mujeres con rebozo, barbas. Alguien portaba una pajarera; en un vehículo gruñía un cerdo, veíase parte de una vihuela. Tras

el convoy parejas de campesinos, con sendos hatillos, seguían abstraídos.

Solía interrumpirse la caravana, apagarse el chirrido de las ruedas y el campo recuperaba su placidez. Pronto, en un recodo, aparecían los restos de un rancho, un perro que corría hacia el norte y carruajes con damas pretéritas, flanqueados por señores a caballo.

De noche, hambrientos, cegados por el polvo remolido y volandero, dando tumbos, nos detuvimos en la plaza de una ciudad. Hacía frío, llovía con intermitencia, reinaba la oscuridad, no existía hotel donde asilarse. Hubimos de pernoctar en el automóvil. No disponíamos siquiera de una manta. ¿Cómo dormir un rato? El frío era cada vez más penetrante. Al avanzar la noche se multiplicaban los disparos. ¿Por qué el terremoto crea tal apetito de robo?

Logré transponerme. Me despertó el hielo del alba. Caía una tenue llovizna. La plaza era un hacinamiento de carpas, braseros, familias guarecidas bajo un paraguas. Era imposible imaginar algo más penoso.

A duras penas, evitando los escombros, el automóvil se puso en movimiento. La iglesia hallábase en tierra; el teatro estaba en tierra. Manzanas enteras formaban un todo de adobes, ladrillos y palos rotos. Algunas calles habíanse borrado. Más adelante una que otra casa subsistía sin techo, o sólo con un par de muros. En una, el piso alto se

descontrapesó y el piano y los muebles de salón quedaron suspendidos, y los dormitorios, en el extremo opuesto, se confundían con la cocina.

Caracoleando de una calle a otra, luego de tener ante los ojos cabezas vendadas, individuos cojeando, y sortear montañas de ruinas, llegué junto a los míos. Nos abrazamos con la última fuerza. Después sentí una extraña debilidad.

No era posible regresar en seguida. Los trenes tenían muchos heridos que transportar al norte. Vagábamos por las colinas. Solíamos asomarnos a lo que fue pueblo, impulsados por la atracción que ejerce cualquier trastorno.

Ver calamidades no impresionaba. ¡Eran tantas! Mas, sí me conmovió una bodega casi derruida. Contuvo inmensos fudres, rotos ahora, cuyo vino rojo iba empapando el denso polvo de la calle tal si fuera sangre.

Había viejecitos ensimismados ante lo que fue su hogar y prójimos errantes. La noche evocaba la guerra: disparos en una vasta extensión. Desde nuestro albergue sentíamos que merodeadores a caballo vadeaban el río.

Corre el Tutuvén entre dos colinas doradas. De lejos su color es gredoso, no invita a sumergirse en él. Es su defensa. Igual a los hombres que van y vienen por el rulo, silente cumple su destino de irse y permanecer.

De cerca es transparente y fulgura lo mismo que una masa de cristal. El quemante sol, que calcina la tierra on-

dulada del contorno, entibia su caudal. El Tutuvén se va, se escurre sin ruido, a semejanza de los varones que siembran, ven germinar el trigo, sienten alzarse la mata de garbanzo o crecer, achaparradas, las verdes parras, y cosechan y vendimian sin canto ni alharaca, acaso para continuar fieles a la consigna de ser quitados de bulla.

Con todo lo tibio, lo dulce y acogedor que es, parece el Tutuvén un río gastado, porque su cauce es muy hondo y la corriente de sus aguas apenas se alza del lecho. A ratos da gana de pensar que el sol se lo ha estado bebiendo por siglos. El Tutuvén se desliza conteniendo la respiración, disimulándose. El vivirá sin queja. A los íntimos puede insinuarles algo, achacar su escaso volumen a los años. Mas, nunca ha de confesar la causa verdadera. Observa el mismo principio que el chileno apuñalado: ni al juez ni al policía da el nombre del hechor, pero de tarde en tarde mejora el filo de su puñal, y alguna vez ¿cuándo vence el plazo de la venganza? devolverá la puñalada con una o dos de llapa.

A trechos, en las altas riberas del Tutuvén, crecen unos cuantos árboles. Ellos sí que murmuran al soplar el viento de travesía. Mayor razón para que el río haga su viaje ausente, y enmudezca como si no fuera río, sino piedra.

Empero, cuando el sol pega fuerte y el Tutuvén está embargado por el recelo, algo da a entender. Uno se acuesta, desnudo, en su fresco y mullido lecho. En el cielo juegan

unas pocas nubes blanquísimas. Las ovejas pacen en la colina amarillenta. No cansan las aguas del Tutuvén, y la arena, molida durante milenios, atemperada por el sol, es deliciosa. Tendido fumo; sobre mis ojos danzan los colores. Poco a poco soy arena, leño, hoja seca. El silencio adormece mis sentidos.

Pero el Tutuvén no acepta mayor silencio que el suyo. Es en esa circunstancia cuando revela parte de lo que le concierne, sin voz, más bien metiendo su embrollo en nuestra cabeza.

Le gusta suponer que uno se pasa mirando lo alto de sus riberas. Creeríase que eso es lo que más le afecta. Su embrollo, si a uno le diera por hacer de intérprete de los ríos, habría que traducirlo en palabras semejantes a éstas:

“Cierto es que llegué hasta el pie de esos álamos, pero fue antiguamente. Y también, eso sí que en invierno, me dí el gusto de hacer mi inundacioncita colina arriba. Mas ¿qué no cesa con los años? Cuando era río indio, un verdadero Tutuvén, hallábame en toda mi fuerza y podía hacer mil niñerías. Entonces no me atravesaban así no más las carretas, las ovejas ni los perros (y a todo esto ni una palabra acerca del sol, como si no fuera cierto que se lo está bebiendo). Uno se debilita. Además, tuve que hacerme chileno siendo ya viejo. Créame que no me ha ido mejor. Es verdad que entre indio y chileno no hay gran diferencia,

pero es un cambio. He ido bajando sin bulla. Me digo: ¿qué tanto queda por ver? Siempre las mismas parras, los garbanzos, la lenteja y su poco de huerta. Para esto todavía sirvo. Me suben en gamella, y crecen a su debido tiempo la cebolla, el tomate, la lechuga y otras frioleras gratas a la gente.

“Uno envejece. Sin embargo, mientras aliente cabe ayudar. Ahí tiene el árbol. Si verde, da sombra, es habitación de pájaros, le hace la cruz al viento y siendo callado, como es, no hay hora en torno suyo sin canto o silbido.

“Ahora vienen las mujeres, arremangan sus faldas y lavan. Cuando era caudaloso no hubieran podido. Hablan de que en otra agua no queda la ropa tan blanca. Debe de ser pura habladuría, pero no se deja de hablar. Los hombres acuden más raramente, sobre todo los solteros. Tal vez les detiene el cuento de que casa con cauquenina quien se moja en mí”.

El Tutuvén continúa su monólogo, pero Carmen, la abnegada sirvienta, grita desde la colina:

—¡Que venga a tomar el té!

Los moradores del Tutuvén son enjutos. El sol los consume y los acaba; andan lentamente y apenas cantan. Ellos dominan el paisaje e imponen su voluntad al rulo. Un año y otro siembran, cosechan y vuelven a sembrar, aunque el provecho vaya a manos de personas de las ciudades. Mue-

ren unos, y otros empuñan la pala, hunden el arado o conducen la carreta. Es así la ley del rulo. En la jornada del pobre no está consultado el aburrimiento, aunque cumpla su faena a lentos pasos. El suelo le infiltra fidelidad.

Suelen hastiarse los hacendados y abandonar las rubias colinas. "Hay que darse buena vida", dicen. Eso repercute: cesa la iniciativa y el trabajo languidece. "Esta no es vida", agregan al empobrecer y vuelven al campo cabizbajos.

De sobrevenir un cataclismo, pongamos por caso el terremoto, es seguro que los hombres del Tutuvén no se alegran, mas tampoco se arrancan los cabellos ni vierten lágrimas. Miran los escombros, buscan herramientas y vamos, sin apuro, despejando el terreno porque saben que el viento y la lluvia no son invenciones. Es posible que sientan de rebote un oculto alborozo: pueden levantar la casa en el sitio preciso.

Frente a las ruinas, exclaman:

—¡Bueno con el temblorcito!

Y reunirán los palos no dañados, irán apartando los terrones, las tejuelas intactas y salvando cuanto sirva para el hogar. Es previsible que digan, refiriéndose a la vivienda abatida:

—¡Harto había durado la pobre!

Así quitan prestigio al terremoto y terminan convencidos de que las habitaciones cayeron por una razón

misteriosa, barruntada por ellos. De tal manera afrontan el desastre y cuando lo han dominado, opinan:

—Bien mirado, se puede decir que no fue para tanto.

Ese juicio es su respuesta a las mujeres alharaquientas.

Y el siguiente sella los labios y normaliza el pulso:

—¿No habría sido peor morirse?

Los habitantes del Tutuvén, sin confesarlo, dan a los más desconcertantes fenómenos algún atributo humano o animal. Quizás tengan al terremoto por un monstruo colosal que, al enojarse, lo echa todo abajo, pero que, en reposo, está plegado y mimetizado en cualquier lejana hondonada. Al disminuir el efecto de sus devastaciones, pretenden desilusionarlo, infiltrarle el convencimiento de que eso, el espantoso remecimiento, es vano porque ellos vuelven, en un periquete, a rehacerlo todo. Su persistencia en mostrarse impasibles ante la catástrofe es un ardid para el desencanto de quien la produjo.

Varias casas se van alzando; suena el martillo aquí, también allá.

—¿Así es que nos embromamos del todo? —interroga el cristiano que se ha detenido con una carretilla.

—¡Nos llegó al mate!

El del tijeral sigue dando martillazos. Comprueban, ufanos, que la desgracia no es irremediable porque éste trae arena, carpinterea ése y aquél corta adobes.

—¡Bueno con la mortandad grande que hubo!

—Es que Dios no querría que fuéramos tantos —y los martillos se embravecen en los clavos.

Más lejos dos gañanes reflexionan ante una muralla ladeada:

—Esta caerá para el nuevo terremoto.

Cogen palas y van llenando las carretas. Acaso en diez años dejen el pueblo despejado.

Los hombres del Tutuvén pueden carecer de movilidad facial. Sin embargo están alertas, dispuestos a cualquier contingencia. Y no bien ocurre, más que al lamento, tienden a inventariar lo salvado. Luego, con modestia, expresan su admiración por estar vivos.

Su actitud, si fatalista, es activa. Dentro de tal o cual ritmo descubren lo necesario, reconstruyen sus mil intereses, adquieren sentido de totalidad, hasta tienen algo más fresco que decir en sus pláticas.

LA COPIA

Para Adina Amenedo de Amster.

AL COMIENZO el orfebre Urriola sintióse feliz en el ala del caserón. Las criadas, de los otros departamentos, solían poner las victrolas en tono mayor; también del garage llegaban bocinazos y trepidaciones de motor, pero esto no era permanente, de modo que podía trabajar el oro y la plata muy a su gusto. Su mujer cosía cantando.

Cuando llegaron las primeras lluvias se filtró el agua por el pasillo. Cayó un líquido barroso. Rápidamente pidió le arreglaran el tejado. Hubo de repetir su queja porque los aguaceros menudeaban. Se le prometió hacerlo, mas ¿en qué promesa no hay una mentira suspendida?

La muerte de un gato en el entretecho aumentó su disgusto. El artífice maldecía en vano.

Tanto porque sus ingresos eran reducidos como por lo ingrato que es mejorar la propiedad ajena, no pudo emprender el arreglo. Resolvió escribir al arrendador. Tenía que ser preciso, pero tan amable que moviera al propietario en favor suyo. Corrigió, pulió y la carta quedó al fin terminada.

Cuando el cartero le entregó la correspondencia, don

Hernán, que leía impasible cada papel, acercó éste a sus ojos, sorprendido, y con furor lo hizo añicos.

—¡Sofanor, un momento!

Desde el fondo vino un joven sonrosado, de rostro abierto y simpático.

—Agregue esto a los expedientes. A Mora contéstele que le tendré plata entre el cinco y el diez. Al señor Lopetegui dígale que falta la firma de su hermanastro.

Don Hernán lo miró irse y recuperando los fragmentos de la carta, los puso ante sí, alisándolos y, luego de encender un cigarrillo, releyó: "Respetado señor: recordará usted que, en las dos o tres veces que tuvo la amabilidad de recibirme, le pedí hiciera reparar el techo, frente al pasillo, donde seguramente hay tejas rotas o corridas. Le hablé también del gato muerto en el entretecho, cuyo cadáver me ha sido imposible retirar, porque no dispongo de escalera bastante alta ni tengo conocidos a quienes solicitarla. Aparte del mal olor, allí se están criando moscas en tal cantidad que no nos dejan vivir. Usted tuvo la idea, al prometer el arreglo, de hacer pintar el muro agrietado. Comprendo que sus numerosos quehaceres le habrán impedido ordenar la reparación. Sólo en esa inteligencia me atrevo a insistir, esta vez por escrito, a fin de no tomarle tiempo. Como suele el correo extraviar algunas cartas, le echaré una que otra copia. Le ruego, por favor, no tomarlo a mal y per-

donar esta molestia. Lo saluda respetuosamente su atento y seguro servidor, Urbano Urriola”.

—¡Maldita huérfana! —exclamó don Hernán en voz baja. Vino a su memoria la imagen larguirucha de la señorita Silva, cuyo rostro le parecía un pepino, que los quince llegaba a retirar la renta de ese inmueble—. ¡Tendré que llamarla! Es seguro que me propondrá hacer el arreglo con mi comisión.

Quedó indeciso. Al fin, encarnizadamente, redujo aún los pedacitos de la carta y los arrojó al cesto, acompañando el acto con miradas de tal desprecio, como si en vez del papel, fuera el propio firmante.

—Voy a la notaría y no regreso.

Echó sus pies a la calle. Caminaba con cierta arrogancia, pues le asistía el convencimiento de no ser un cualquiera.

Reparó en los letreros de las dactilógrafas: “Se hacen copias a máquina”. Pensó que debería decirse: “Se escribe a máquina”.

En la noche, durmiendo enderezóse lleno de espanto. Un gato enorme avanzaba con paso cuidadoso desde sus pies. Despertó cuando iba a ponerle sus garras en la cara. Tal vez quedó de espaldas, con los brazos cruzados sobre el pecho, y se le oprimió el corazón.

Se vino temprano a la oficina. Al azar cogió un expe-

diente... "además, consta en el testamento de don Abdón Somoza, que la hijuela deslindaba al norte con el Purapel; al sur con Cerro Viejo y..." Cerró el legajo sin entender palabra. Debía hacer algo que tuvo patente al levantarse. ¿Qué era? Buscó por el lado de su salud. No. Podía decir, a Dios gracias, que su cuerpo no le preocupaba y —mirando hacia el escritorio de Sofanor, donde éste escribía sin levantar la cabeza— estiró suavemente una y en seguida la otra pierna; igual hizo con sus brazos. Se inclinó. Miró a izquierda y derecha torciendo el cuello. Todavía era flexible. ¿Cuántos podían decirlo a los cincuenta y ocho años? Hay infelices, y no por trasnochar o excederse en la comida y los licores, que desde antes padecen de un órgano u otro. Si no tuviera que ser respetable, agradecería al Señor, a gritos, este bien impagable, sí, ante testigos. En adelante, lo juraba, no faltaría ni un domingo a la iglesia y pagará el diezmo. Este placer no pueden dárselo los brutos que no creen.

La certeza de su buena salud causó tal contento que silbó. Rápidos se acercaron el ayudante y el mozo. El mismo quedó un tanto asustado de su reacción. ¡Y qué bien estaba! Recordó a Estefanía. ¡Qué mujer Estefanía! Abrió el código, lo dejó. Súbitamente le vino a la memoria el anuncio de su arrendatario. ¿Este era el motivo de su in-

consciente desasosiego? "Hernán —se dijo—, qué tonto eres". Y metió sus dedos entre los documentos.

En ese momento entra el cartero. Don Hernán abre un sobre al tuntún, pero el siguiente no puedo dejar de elegirlo. Contenía una hoja delgada, sin firma. ¡Esa sí que era la copia! Qué le importaba ese papelucho insulso. Abiertos los demás y apenas ojeados, púsolos en mano de Sofanor.

—¿Ha leído el escrito de Illanes?

—Sí. Nunca he visto mayor acopio de necedades —respondió Sofanor.

—¡Qué terminante es usted! ¿Le encuentra alguna falla?

Antes de retirarse guardó el "papelucho insulso". Al promediar la tarde asistió a dos comparendos, estuvo con amigos, fue a reunión de directorio del Partido Conservador, comió con algunos de éstos y la gula le deparó un mal sueño, pues volaban sobre su cabeza papeles delgadísimos, iguales, al parecer con la misma escritura. Creíase en su estudio y pensó que olvidaron cerrar la ventana. Despertó a los gritos de su esposa.

—¡Hernán! ¿Qué te ocurre, por qué manoteas?

Al salir, conocidos que rara vez veía, le detuvieron. Los empleados del notario ponían plumas nuevas, preparándose

para escribir con esa letra abierta que tanto encarece los documentos.

Cuando arribó a su despacho echó un vistazo a los escritorios, las gavetas y debajo de los muebles. Todo hallábase en su sitio.

Platicó en calma con su primer cliente. Retuvo al segundo y hasta le preguntó por su familia. Pronto quedó solo. Tomaba un legajo, mirábalo ligeramente y asía otro. No quiso decirse por qué no iniciaba su trabajo como ayer, como el mes pasado, como siempre.

A la llegada del cartero suspiró satisfecho. Después de sopesarlo separó un sobre. Sólo entonces pudo enterarse de las cartas siguientes. Abrió la separada, aunque sabía que era la copia. ¿Hasta cuándo el maldito joyero seguiría enviándosela? Y él, que se creía tan serio, nada hizo en su espera. ¿Qué cabe hacer? Una presentación al juez lo convertiría en el hazmerreír de los demás abogados.

Fue al escritorio de Sofanor y le pidió:

—Lea estos papeluchos y me da su opinión.

Abandonó su oficina porque deseaba andar. Se detuvo ante una vitrina llena de cuchillos. Más allá un reloj daba las doce. Camiones, automóviles, carretelas, ciclistas, carritos de mano, hombres con bultos iban, venían. Las aceras con procesiones de mujeres portando paquetes, muchos o pocos, dificultaban la corriente opuesta. Surgían a menu-

do jóvenes de divino rostro y otras, sin quererlo, les servían de marco. Tras mujeres opulentas caminaban individuos escuálidos, acaso astutos, porque así, en línea, sin presentar blanco, evitaban tropiezos.

Don Hernán advirtió el letrero de una dactilógrafa y se empeñó en fijar su pensamiento en algo placentero. Hasta la esquina no había sino depósitos de paño. Rara vez transitaba por ahí y cuanto veía resultábale curioso, inesperado. Era bueno dejar el trabajo y seguir un rumbo diverso al habitual; ver otras caras, algo distinto.

En la ventanilla de un tranvía vio el rostro de pepino de la señorita Silva. No sintió agrado. Por ella recibía tantas copias e imaginó a su arrendatario escribiéndolas sin cesar. ¿Reiría a veces el joyero Urriola? Insistía demasiado en las tejas, en la gotera del pasillo y la humedad que éste rezumaba. La historia del gato era peor. Ya estaría seco e inodoro. ¡Es increíble lo delicados que son los pobres! Si se atendieran sus peticiones, más barato sería regalarles las casas. La mayoría cree que los pobres, por serlo, son resistentes y duros. ¡No hay engaño más grande! Viven quejándose. Todo lo quieren de la mejor clase: alimentos, ropa, habitaciones. ¿Qué no ansían, qué no se les antoja? El rico en cambio, el verdadero rico, qué sobrio es, qué medido. Gasta una pequeñez por conservar la paz doméstica. Mas, si está solo, aguanta, economiza, evita entreteni-

mientos fútiles. Es verdad que si una razón de prestigio lo lleva al teatro, compra palco. Los jornaleros van a galería, pero lo hacen con tal frecuencia que en el año gastan más que los pudientes.

Si el pobre roba es para ayudarse; hurta por un móvil materialista. ¿Quién, seriamente, puede condenarles? Cuando lo hace el rico, que gracias a su prudencia está libre de necesidad, no hay condescendencia.

El orden descansa en los ricos —prosiguió cavilando don Hernán—. Es más fácil protegerlos porque son contados. Por los pobres no se puede hacer casi nada. Todo lo echan a perder con su número. Decir pobre es decir innumerable.

Maravillaría una sociedad formada solamente de ricos. Antes sería menester el invento de miles de maquinitas que eviten las fatigas del trabajo: maquinitas que cocinen, hagan mandados, atiendan la puerta; ya las hay que cuentan, dividen, multiplican, cantan, confeccionan ropa. ¡Sería hermosa la vida! Se oprime un timbre y en un suspiro la maquinita repara el muro, pega las tejas, incinera el gato maloliente, suprime las copias y aplica un par de moquetes al que las escribe, y uno en el hogar, tranquilo, lee, contempla o duerme la siesta.

Sintió más fresco y liviano el aire. Sonrióle a un pequeño que pasaba con su niñera. Hallábase sentado, ha-

bía muchos árboles en torno y le llegaba el murmullo del río. Miró su reloj y se encaminó a la plaza. Allí apenas pudo abrirse paso. Innumerables pobres obstruían las aceras y apretujábanse en los vehículos. Preferible era llegar a casa andando.

Al día siguiente entró a su oficina alrededor de las diez.

—¿Qué opinión se formó de esas copias, Sofanor?

—Me gustaría conocer la razón que las motivó. ¿Es verídico el arrendatario?

—Administro la propiedad de la señorita Silva. La arriendo por departamentos y uno lo habita el joyero. Le he prometido reparárselo, pero los albañiles cuestan un ojo de la cara, y si uno gasta todo en arreglos, ¿en qué consiste el negocio? Además, la señorita Silva, usted la conoce, con su vocecita suave y pedigüeña me repetirá que es huérfana; el huérfano con renta es insoportable; tenga por seguro que me sugerirá cubrir la mitad de los gastos con mi comisión. ¿Para qué trabaja uno entonces? La propiedad no es nueva, por eso el canon es bajo.

Sofanor miró hacia un punto invisible y palidieron sus mejillas. En ese instante la sangre fue a colorear sus ideas.

—La carta revela educación. Hasta se pudiera decir que la envía porque no aguanta más. ¿Cuántas copias ha recibido? ¿Tres? Si fuera una habría que aceptar que él

cree en la deficiencia del correo; pero si su plan es mandarle una diaria, hay malicia, pretende presionarlo. Como no figura ninguna palabra irrespetuosa, la descortesía consiste en repetirla un día y otro; tiene en vista, quizás, renovarle la sensación de disgusto. De alguna manera fluye de la conducta del joyero, menosprecio. Sin embargo, me pregunto: ¿Si él ha sufrido la pudrición del gato, la gotera y el barro, anomalías inaceptables en cualquier vivienda, no hay al menos desidia en una de las partes? Es natural que reaccione contra el causante, pero, lo perverso del artífice es su manto de urbanidad.

Desde el comienzo, don Hernán experimentó un asombro apenas refrenado. Sofanor no pudo advertirlo porque habló con la vista baja, acaso para conservar la ilación.

—¡Admirable, don Sofanor! Se pudiera creer que usted es el abogado del joyero y no el mío. ¿Quiere devolverme esas malhadadas copias?

Se las entregó en silencio.

Don Hernán se vino a su escritorio y aunque deseaba olvidar sus penosas reflexiones, no pudo. De sopetón entró el cartero. ¡Qué pesadilla! Abrió una carta del banco y ni siquiera le consoló la abultada suma anotada a su favor. Al mirar, prevenido, el sobre siguiente halló que todas las letras expelían frío. Abrialo poco a poco y al palpar el delgado papel se le aflojaron los dedos.

Con brusquedad cogió el guía de teléfonos.

—¿Con el señor Urriola?

—Ha salido. ¿Se le ofrece algo?

—¿Con quién hablo, entonces?

—Con su esposa. El tardará en llegar. ¿Quiere dejarle un recado?

—¡Ah, muy buenos días, señora! Dígale a su marido que recibí la carta y varias copias. Sin falta, después de almuerzo, irán dos operarios con orden de arreglarlo todo, pero, ¡por servicio! pídale que me suprima las copias.

—Así se lo diré, pero la de mañana ya fue puesta en el buzón.

—¿Que fué puesta?

Don Hernán soltó el fono y se mordió el labio con violencia, signo inequívoco con que el civilizado contiene las injurias que le anegan la boca. Cruzó los brazos sobre la mesa y en ellos cayó, abatida, su cabeza.

SENSIBLE EXPROPIADOR

A Germán Perotti.

JULIÁN ALVAREZ aguardaba tranvía. Era bajo, delgado, de rostro anguloso, color cobre. Sus ojos, coronados por cejas pobladas, tenían un mirar intenso, mirada de juez, de jefe, de persona que necesita formarse rápidamente concepto del otro.

Apenas puso el pie en la plataforma delantera del tranvía, sintióse lanzado sin violencia al extremo contrario y, sin que pasaran sino segundos, vino a dar al punto de origen. Tenía razón de extrañarse. Parecióle que mediante un movimiento de rotación, hecho por el hombre de la entrada, fue expedido hacia el fondo y de ahí, por el mismo artificio, devuelto.

De ser justa su inferencia, en eso había un propósito. Por hacer algo —sus semejantes le inspiraban pesimismo— encontró bueno palpase los bolsillos. Ya no tenía la billetera.

Examinó a los pasajeros de una ojeada, liberando de sospecha a los contiguos. El individuo alto, situado a la izquierda de la plataforma y el sujeto del lado opuesto, también alto, sí que le preocuparon.

Comparándose con éstos la diferencia en su contra era abrumadora. El primero podía ser el cómplice. Más fornido aún era el de la diestra. Miraba hacia adelante con indiferencia. Una leve cicatriz, que bajaba del ojo al labio, dramatizaba su expresión. Además, temblábale levemente la barbilla. Entonces sospechó que ése era el carterista. Una puñalada no se recibe en la iglesia. ¿Por qué tiene trémulo el mentón? Su aire formidable permitía desechar la certidumbre de un tic, achaque de burgueses. Este proceso, tan cabal, duró un minuto.

Al sopesar tales factores causábale inquietud que ese prójimo, sindicado por él de ladrón fuese tan fornido. Recibir, además, una fractura no era económico. Más prudente sería, si aquél pretendiera concluir el incidente con un puñetazo, situarse lejos de su alcance, y observarlo.

Lo miró fijamente con deseo y temor de hacerle reaccionar. Mientras se mantuviera inmóvil su certeza estaría más cerca de la conjetura que de la verdad. Le agradó advertir que el temblor facial iba en aumento. El hombre no pudo sustraerse a su taladrante mirada y torció la cabeza, como para reposar la vista en los jardines.

Julián Álvarez giró un tanto para enfrentarlo. El sospechoso le atisbó de soslayo, fugazmente, y volvió a su quietud. Sólo las mujeres, cuando viene del hombre, toleran la mirada insistente; la aceptan como homenaje o juego

de imprevisibles perspectivas. De varón a varón es casi injuriosa y alguna vez basta para que el afectado responda con un bofetón.

El punga no ataca aunque tenga la seguridad de vencer. Se resigna a ser golpeado por sus víctimas, perseguido por la policía, asediado por el pesquisa, condenado por el juez, oprimido por el carcelero. Estas vicisitudes alteran sus nervios. El miedo lo hace tímido, le afina la atención hasta un grado que no alcanza ningún semejante, le pone trémulo y movedizo. Quien haya visto apalear a un cartamista conoce el rostro del terror. Si éste hiciera gala de entereza, devolviendo cada golpe, su existencia sería brevísima.

¿Por qué roba si su vida es tan azarosa? ¿No le valdría más aprender oficio? Sin duda, pero...

El obrero madruga; es paciente, sobrio y puritano a la fuerza. Cuando un vástago le nace sin esas virtudes, y sí con sus sentidos despiertos en demasía; cuando es goloso, pero no genial ¿cómo podría en una labor monótona, mal pagada, conquistar el medio de satisfacer su sed de goces?

Le quedan únicamente la vagancia y el hurto.

El vagabundo se ve precisado a ser más parco que el artesano. Se mantiene con sobras. Alienta porque es soñador y el quid de su vida consiste en hollar los caminos.

Impaciente es el goloso misérrimo. Sólo el robo se ac-

moda a su urgencia. En lo demás puede ser sociable, generoso, y entenderse a maravilla con sus semejantes.

El ratero actúa con valor impar porque atraca a sus prójimos. Su orgullo radica en no ser advertido. Desliza sus dedos hasta el fondo de un bolsico y extrae, limpiamente, la billetera o el reloj. El prestidigitador a su lado es un mero aprendiz. Si no se le siente, el manilargo se incorpora a la multitud; pero basta que le tiemble la mano, o alguien lo note, para que le lluevan bofetadas. Triunfa cuando no pesa ni se le ve. Mientras sus aciertos sean prodigiosos, su existencia será anónima. Alcanza nombra-día si, a empujones, lo encierran en la cárcel.

No pudiendo defenderse, una vez descubierto, su recurso es huir. Al ser rodeado, su ética le consiente lamentarse, gritar, excitar la piedad. No faltan testigos sensibles que intercedan en favor suyo o que con sus voces impongan la dulzura.

Sus actos son reprobados porque sustrae bienes sin dar nada en cambio. No obstante, el actor, el ilusionista, el conferenciante tampoco dan y la sociedad los mantiene. Se arguye que éstos crean valores sociales, mientras que el ladrón es sólo un parásito activo; si algo crea, son engaños.

Como todo individuo anhela vivir seguro, es violento con el expropiador; no le reconoce mérito alguno, aunque hurte del bolsillo de su enemigo jurado.

La víctima, acaso por inmodestia —y porque la condición de tal es juzgada deprimente— querría que los latrocinios se efectuaran con aviso previo. Así la posibilidad del hurtador sería tan peregrina como en un juego de azar.

El vigilado seguía inquieto. Apenas llegó a la plaza arrojóse a la calle, procurando disimularse entre la gente, pero Julián Alvarez, guardando distancia, le siguió. Su sentido de propiedad era demasiado firme para considerar la sustracción en broma.

Su mirada insistente debió hacerle mella porque el grandote empeñóse en contemplar la plaza, como si fuera suya y quisiera apreciar el crecimiento de cada palmera. Mas, indefectiblemente, terminaba hallando el ojo implacable del perseguidor, y le pareció notar que unos alemanes, tan fornidos como él, y con esa mirada fría que da el antejo, también le examinaban desconfiados.

Chocábale que el hombre delgado y bajo no llamara al carabinero, cuando éste permanecía cerca pasándose el bastón de una mano a otra. El callado asedio acusaba hombría. Era evidente que pretendía verse a solas con él. Sentíase perplejo y crecía su sensación de peligro. La ventaja era de su perseguidor, pues, en cualquier momento, podía gritar, denunciarlo. Luego, esa mirada ardiente, tan dura, penetraba en sus mejillas. Veíase detenido, camino del re-

tén; de ahí a meterlo en el calabozo, no sin recibir en el intervalo moquetas y puntapiés, mediaba sólo un rato.

Su víctima estaba a unos pasos y cuando él quería darle su espalda, como por casualidad, aquélla volvía a ponersele adelante, abrumándole con su pupila clavadora. Tal conducta, insólita en su vida de carterista, tenía de deprimido. Por suerte acercábase otro tranvía. Sin transición saltó a éste, penetró al interior y adoptó un aire angelical junto a las personas ensimismadas que allí iban.

Después, por mera comprobación, aguaitó. El hombre delgado y bajo lo había seguido y lo acechaba. ¿Hacia dónde escapar? Hallábase rodeado por graves individuos que se le echarían encima si aquél gritaba: "¡Al ladrón!" El tranvía volaba. Además, él comenzó a sufrir un calorillo insoportable en sus párpados. Los de su perseguidor eran ojos de fuego. Notó que éste llevaba la mano en el bolsillo del pantalón y sospechó que el relieve correspondía a un revólver. Acaso estuviera equivocado. ¿Y si era verdad? No veía cómo salvarse y, en medio de la más grande angustia, buscó los ojos del hombre delgado y bajo, luego verificó que nadie reparaba en uno ni otro, y sacó la billetera. Se la alargó en silencio, no sin darle una mirada de profundo reproche, que trocada en palabras podía significar: "¡Qué cargante es usted!"

Recibióla Julián Alvarez como si estuviera convenido;

comprobó que nada faltaba, porque era minucioso, y la guardó satisfecho. Al momento, en vez de elevar preces al Altísimo, sintió ira. Habíase visto obligado a una tonta persecución por algo que era suyo. Tuvo el impulso de agredir al ladrón, pero éste ya había saltado a tierra y se internaba, rápido, por una callejuela, con la cabeza escondida entre los hombros, al parecer abatido.

MIENTRAS EL TREN CORRIA

Para Alejandro Cuevas.

APENAS se detuvo el tren, el pasajero Illán Navarro bajó a estirar sus piernas. Esperaba que le hicieran la cama para dormir profundamente.

En la pequeña estación una esposa, llorando, se despedía de sus dos niños y de su marido, hombre curtido por el sol.

—Ojalá afloje el viento —dijo éste, enfadado con el latiguillo invisible que, sin doler, mantiene tensos los nervios. Con esfuerzo pudo sonreír a su cónyuge.

Cuando el tren echó a correr, Illán Navarro tornó a su asiento, en el coche dormitorio. Halló a la señora que, a través de sus lágrimas, miraba hacia lo alto.

—¿Qué la aflige? —le preguntó él.

—Busco mi cama.

—Las tienden mientras los pasajeros van al comedor.

Como no cesara de llorar le ofreció la suya, que era la de abajo. La señora agradeció. Sus lágrimas, sin merma, se embebían en las solapas de su blusa. Suspiró.

¿Se sentía mal? No, por suerte; no estaba enferma,

pero viajaba sola por primera vez. Debía firmar una escritura en su pueblo.

Illán le dijo que si los suyos se hallaban bien, ella hasta ganaría con el cambio. Ver a los parientes, mirar de nuevo el lugar donde se ha vivido la niñez, ¿acaso no es agradable?

La señora confesó que su marido se encargaba de todo. Ella obedecía y le daba gusto. Su conocimiento de los hombres era escaso. De las mujeres, bueno, sabía lo que las amigas dejaban entrever. Así es que el viaje la llenó de aprensiones; temía que pudieran engañarla, robarle o morir. Ante lo más insignificante la abrumaba la indecisión. ¿Qué dirá su esposo si hace esto y no aquello? De no encontrar al señor Navarro, qué confundida hubiera estado, y lo recompensó con una mirada oscura y afectuosa, muy húmeda todavía. Su pañuelito casi goteaba. Illán Navarro le ofreció uno de los suyos.

En seguida, con la iluminación de la juventud, habló él. Por segunda vez iba a quedarse una temporada en el aserradero de su padre. El bosque era hermoso, pero qué soledad, se vivía a lo salvaje. Esa existencia endurece. Se piensa, se revisan las ideas. Muchas se desechan, y a las buenas se les agregan matices y excepciones, porque a los quince años no se concibe sino lo absoluto. La cabeza se ordena. "Pareces otro" le había dicho su madre, al volver

la vez anterior. El lo atribuyó a lo tostado de su piel. Después advirtió que su comprensión era más amplia.

Veía en la señora un halo maternal, algún rasgo de sus tías, al menos de una pariente, en su intento inicial de individualizarla. Sin embargo, la sentía criatura, y él se hallaba más hombre de lo que era, poderoso también, aunque ella tuviera, quizás, cuarenta. ¿Será que las mujeres vuelven a ser niñas cuando uno las ve llorar? Debía tranquilizarla, velar por ella. Tal vez en su casa fuera mujer, pero en el viaje apenas era muchacha. A él pasábale al revés. Su madre y sus tías lo mimaban, lo veían pequeñito, y de no ser por su padre, que le hablaba como igual, se creería, no de veintitrés, sino, a lo sumo, de catorce. No obstante, en los viajes, en el aserradero y con desconocidos fácilmente engolaba la voz, aparentando una madurez que no tenía, para hacerse valer, porque es penoso que a uno se lo pasen a llevar, pero le daba risa actuar así y, cómo ocultarlo, un poquitito de vergüenza. ¿Por qué será imposible expresar lo que se siente, mostrarse tal como se es y ser respetado en su verdadera naturaleza? Esa virtud debió perderse cuando el paraíso terrenal quedó deshabitado. Desde entonces lo puro, lo espontáneo, se mantuvo latente dentro de cada cual y hubo que ajustarse una máscara para comunicarse y vivir. ¿Tal será la causa de

que al no participar en una conversación, ni atenderla, parezcan los otros fantasmas o sonámbulos?

A pesar de la desazón que engendra ser tenido por simple o candoroso, no pasan tantos días sin que uno hable o proceda con naturalidad. En segundos hasta uno advierte que viene el conflicto o el menoscabo de sí. No cabe sino internarse en la morada del alma, en que alternan las más discordes sensaciones, los pensamientos más atrevidos o más dulces, todo en formación y desarrollo, todo corregible, en donde el pecado no pesa tanto y la virtud lo es menos. Al tornar a la realidad externa se vuelve ufano, como al llegar a país nuevo, y los prójimos también parecen recién hechos, pero como no recibieron el beneficio de sumergirse en sus propias almas al unísono, en el transcurso de horas, hasta de minutos, se les ve ir y venir con sus disfraces, y el que acaba de regresar suspira y, con fastidio, se coloca el suyo.

Lo atraía el acento sincero de la señora, pues no usaba fórmulas y sus palabras, dichas a veces con vacilación, fluían de su espíritu sin edad. Mientras durase esa transparencia la sentiría, a ratos hermana, a ratos tía, sobre todo de la familia ideal que él se iba formando, más por instinto que decisión, puesto que su familia natural constaba de ciertos parientes, por suerte escasos, que, bien mirados, lo eran por azar.

Le hizo preguntas discretas.

Esa vibrante afinidad que causan los viajes, la evidencia de que uno u otro bajará pronto y el saber inconsciente que la confianza aligera el espíritu, movieronla a franquearse, con tal libertad que a ella misma no dejó de sorprenderla. Era una fiesta o un sueño.

Como refrescara, Illán Navarro se despojó de su manta y cubrió las rodillas de la señora. Se había aquietado pero no podía reprimir algún suspiro. La nueva atención del joven le sugirió que existen seres muy buenos, y él era uno, además de expresarse con tanta delicadeza. Se depende de los padres, después de una tía o de un hermano y al fin del marido. Quedarse soltera sería cómodo, pero vivir aislada es tan penoso. Los solteros se me figura que están de visita en el mundo. Tenía la vida hecha, un buen esposo, hijos, agradables quehaceres. Así será siempre. ¿Qué echa de menos? Al pensarlo caía en esto, eso, lo de más allá. Se busca lo lejano, lo que no existe.

Volvieron a llamar a los del primer turno. Había caído la noche. El trayecto podían medirlo por las lucecitas, bastante separadas entre sí, que sugerían una sucesión de haciendas, caseríos y pueblos. El ánimo más expansivo de los que ya se alimentaban, las risas y la lejanía, despreocuparon a la señora. Bebieron un sorbo por los ausentes, otro por el encuentro. A ratos se quitaban la palabra, luego

parecía que todo se hubiera dicho, cada uno se metía en sí mismo. Era como si una súbita desconfianza los hiciese más prudentes. Cuando ella tenía bajos los ojos, él la observaba. La señora, de soslayo, echábale un vistazo fugaz. ¿Era él como parecía? ¿Ella era natural? Tras el silencio una reflexión íntima o grave daba brío a la conversación. Quedaban nuevamente cerca, se podían tocar, los acercaba más aún la simpatía, y no como en el último minuto en que, por ensimismarse, dieron la impresión de haber huido hacia atrás, con asiento y todo, y mirarse de extremo a extremo, viéndose solamente el bulto.

Ella era así, quizás si algo mejor que cuando estaba entre parientes y conocidos, porque en la vida ordinaria se sufren disgustos, desengaños, duele físicamente algo y esto trasciende al tono, o ha disminuido el respeto mutuo y se dicen palabras que ya nunca se pueden recoger. Ahora veíase ante un joven, en mucho semejante a un hijo que no se ha criado, del que todo se ignora, salvo lo que emana de su presencia; tal vez no habría que hablar de hijo, sino de un muchacho que pudo serlo, en fin, un ser amable, que empieza a vivir, acaso sin otras experiencias que las puramente juveniles.

Al volver a su coche hallaron las camas listas. Illán Navarro aproximó la maleta de la señora.

Se fue a la plataforma y aspiró bocanadas de aire con

humo de carbón de piedra. Empezó a olerlo cuando, en la niñez, iba a la estación. Es un olor viril, si cupiera tal distinguo, como también lo es el del alquitrán y acaso el de los mangos. Aunque el aire se enfriaba seguía latente su necesidad de dormir. Pensó que la señora ya estaría traspuesta, y regresó sin ruido, pues los pasajeros yacían en sus camas. Al entreabrir la cortina, fue cogido por la voz medrosa de la señora.

—Temí que fuera alguien, equivocado. Me dio susto. Al acostarme creí que dormiría inmediatamente, pero se me espantó el sueño. Vamos por un trayecto de curvas porque menudean los barquinazos.

—Entonces conversaremos un momento —expresó Illán, aunque desde largo rato se veía tendido, durmiendo. Subió, y mientras se cambiaba de ropa miró con melancolía su encumbrado camarote. Pudo dar las buenas noches a la señora. Descendió y sentóse en una punta de la cama.

—Por favor, fume. Así me haré la ilusión de que sigo en mi casa. Estoy acostumbrada al humo. Mi marido se acuesta, enciende un cigarrillo, abre su libro de agricultura y no tardo en transponerme. Apenas estemos en línea derecha me dormiré, es seguro.

Illán habló de su familia. Ella también, pero menos. Cerrábasele los ojos y de tanto en tanto los entreabría. El se quedó en silencio. Si no fuera descortés dejarla, qué

alivio sería entregarse al sueño. Sus amigos, al saber que se iba por meses al asserradero, lo convidaron a sus casas y las comidas terminaban tardísimo. ¡Ya tendrás tiempo de dormir en pleno bosque!

La tez de la señora era morena y pulida y la expresión candorosa. ¡Qué indefenso es el dormido! Sólo un bellaco osaría alterar su sueño. El subconsciente le sugirió una acción varonil. Ahuyentó con enojo el mal pensamiento y, como la señora parecía en verdad transpuesta, se puso de pie, muy digno.

—No puedo corregirme —dijo ella abriendo los ojos—. Soy tonta. Antes que usted llegara tenía susto. ¿Qué hago, me dije, si entra un desconocido? ¿Debo gritar? Ahora, con usted me siento segura. ¡Quédese un ratito más!

Los cuartos de hora se iban con pocas palabras. Por instantes se adormecía y luego le daba una mirada de premio.

Illán Navarro, soñoliento también, con cabeceos intermitentes, creyó deber suyo velar. Experimentaba un vago placer en hacerlo. El sueño le musitó: "Si hubieras sido menos oficioso ya estarías en cama". Rechazó esa consideración egoísta. Santo no podía ser, pero caballero sí. Militar tampoco. Dar órdenes, gritos reglamentarios, ser tremendo, no entraba en su carácter. Mas, toda historia caballeresca lo conmovía. Cuando la dama de París está a

punto de bajar de su coche, tres señores de España, al ver cuán enfangada está la acera, tienden sus capas y exclaman: "¡Aquí se pisa, señora!" Illán Navarro daría, qué no daría, por tener oportunidad semejante. ¿Y cuando el paje y la noble doncella se extravían en el bosque? Comunicándose sus hermosos sentimientos se ven rodeados de oscuridad. El paje apenas acierta a dar con una cabaña. Se la entrega por aposento a la doncella y él reposa atravesado en la puerta, con la espada desnuda para defenderla de cualquier peligro. Que digan los cínicos cuanto quieran, pero proceder así ¿no es elevar la condición del hombre? Calcularlo todo, no hacer sino lo que personalmente conviene, ahogar las buenas intenciones por miedo al ridículo, es una amputación. Sólo se justifica la vida del prójimo que trasciende en sus actos para bien.

La respiración de la señora era profunda. El joven caballero intentó levantarse. Ella no abrió los ojos, sino que instintivamente sacó una mano y lo retuvo. Cuando el tren se remecía, la presión de la mano era más intensa.

La calma aumentó su letargo. ¿Cómo desligarse de la mano antes que el sueño lo hiciera caer de bruces? La acarició larga y suavemente, sin disgusto ni urgencia, porque él también se adormecía. Los dedos se aflojaron bajo la caricia, pudo libertar la suya y comenzaba a enderezarse cuando lo detuvo un ¡no! La señora le clavó los ojos, él lle-

vóse un dedo a los labios, señalando los camarotes paredaños. Pareció entenderlo, mas nuevamente le cogió la mano y bajó los párpados. Aunque mujer, y bien mujer, así, dormida, no era más que niña. ¿Qué era él? Un protector obligatorio. Sentíase más blando que nunca y para sus embriones de sentimientos, que lo hacían dichoso, a pesar del sueño, no encontraba definición. A menos de pensar en una idea y seguir su contorno, qué de sensaciones locas pasan por la frente. Por segundos se es severo, tierno, duro, dulzón, un poco mujer a veces, generoso, sentimental, niño o viejo. Mientras la voluntad manda uno sigue cierta línea coherente, acentúa tal o cual rasgo para encaminarse a lo deseable, pero se adueña de sí lo emotivo y ¿qué es uno entonces?

Logró desasirse con movimientos tenues, alzarse y subir un peldaño. ¡Maldita escalerilla! ¿Por qué crujía? La señora, sólo con la voz despierta, susurró:

—¡Me da miedo!

No podía desoírla (¿Qué harán de mí las mujeres?) Era tanto su sueño que apagó la luz y, cuidadosamente, apiadado de su propio animal, se introdujo en la cama. Era inaudito lo que hacía, se acostaba junto a una persona sin consultarla, abusando de su candor y desmentía sus pretensiones de caballero. Pensó esto con una milésima de

su cerebro, las otras dormían y su sensibilidad estaba con llave.

Se deslizó por el lado derecho, pasó el brazo, que le incomodaba, bajo el cuello de la señora, y cayeron ante su conciencia difusa, cortinillas oscuras. Lo último que sintiera fue cómo la dormida, por gravitación, se adhirió a los huecos de su cuerpo. Otras cortinillas más densas apagaron su leve vida consciente, tanto que no supo más de sí, salvo una dulce sensación de alivio.

El aliento del alba penetraba al camarote. Luego la luz trajo gorjeos, el desperezamiento del campo, mugidos, rumores aurorales, y él seguía sumido en la paz del sueño.

Sólo cuando el sol estaba alto percibió una vibración deliciosa en los párpados. Era el anuncio del despertar que aún tardó. Al verse, sonrieron, sin asombro. Los dedos de la señora continuaron el rito ¿amoroso? maternal. El sintióse niño, realmente niño desde que era adulto y, complacido de no pensar, se abandonó a ese puro deleite. Había minutos en que caían en inmóvil placidez, respirando con pausa, oyendo la palpitación tranquila de sus corazones, y después, con los párpados entornados, él la iba descubriendo y ella lo descubría, comunicándose por el tacto lo que las palabras no pueden expresar, y si algunos anhelos los traspasaban, eran anhelos del paraíso, pues sólo ahora eran libres, verdaderamente iguales, y de ellos, con

espontaneidad, fluían intenciones que son la flor del ser humano.

Avanzaba la mañana, comenzaron a moverse en los demás compartimientos, y les vino la pesadumbre por el tiempo ido. En el transcurso de una hora volverían a tener pasado, edad, nombre y obligaciones, y conceptos; a ser juguetes de la vida exterior y, entonces, suavemente, se unieron más, mucho más.

CERTIFICADO DE SUPERVIVENCIA

A Elena Caffarena de Jiles.

Y llamarás hermana — y llamarás en vano — a través de mi sueño —
estará tan lejano, — que ni a gritos, ni a besos — me podrás despertar.

MANUEL ROJAS.

EN LA NOTARÍA hay varios empleados escribiendo. Otros reciben y dan papeles. Lautaro Monardes se acerca a un señor opulento, que es precisamente el notario:

—La asignación familiar se consigue...

—... con un certificado de supervivencia —responde el notario.

Monardes lo mira con los ojos muy abiertos, mientras a velocidad piensa: “resucitar, vivir mucho más o más que otro ¿como será al fin?”

El notario conoce gente igual, que ante ciertas palabras se queda alelada. ¿Qué pasará por la mente de éste? Lo mira con fijeza para que sus gestos y su flúido óptico lo ayuden a entender, y expresa, separando las palabras:

—¡Es un documento en que conste que está vivo! Además, se requieren dos testigos.

Monardes sale con el alma dispersa. Las ideas giran locas detrás de su frente. ¿Qué es estar vivo? ¿Cuándo y

cómo se vive? ¡Qué terrible sería que no lo estuviese, ni su madre, ni sus parientes; que su niñez, sus amores, sus amigos, hayan sido ilusión!

Siente que su cabeza se llena de niebla, pero el animal que hay en él no se resigna a la angustia metafísica. Saca la lengua, habla, hace movimientos desusados. Quiere convencerse de que está vivo y que cuanto le dijo el notario es absurdo.

Empero, al exigirle constancia de que está vivo, lo hizo con reservas, quizás creyendo que no lo está. ¿De dónde proviene su seguridad para dudar de la existencia ajena? ¿No es tan mortal como los otros? ¿Y si él tampoco viviera?

La obligación de presentar testigos, sujetos a morir en cualquier instante, que aseveren que uno vive, es atrabiliaria. Ellos abren la boca y son creídos. ¿Es justo, es honrado proceder así? ¡No, mil veces no!

¡Vaya que es raro cuanto le ocurre! Siente la vida en torno suyo. Razona. Puede adoptar esta o aquella actitud. ¿Cómo entonces no estar vivo? Si quiere mover la cabeza, la mueve; si piensa en una palabra, la dice; si desea extender sus brazos, los extiende; si manda a su pie que pise firmemente, así pisa. Y, sin embargo, para el señor notario, no es suficiente.

Con asombro ve que le rodean transeúntes y vehículos.

Oye, por fin, que el carabinero le ordena subir a la acera. Sumergido en sus difíciles pensamientos se ha detenido en la mitad de la calle, sin oír la algazara de los choferes, sin reparar en que obstruía el tránsito. ¿Cómo pudo abstraerse de tal manera?

—¿Que no me oye, señor? Si no se retira lo llevo al retén.

Se abre paso asediado por la excitación de los espectadores. A su espalda alguien pregunta:

—Señor: ¿acaba de llegar del campo?

Ve el letrero de una cigarrería. "Entraré a comprar", se dice. Su doble le sugiere: "Si estás muerto, ¿qué utilidad tendría?" La vendedora, sin reclamarle papel ninguno, le entrega los cigarrillos. A él lo embarga tal gratitud que le diría las palabras más buenas. Buscándolas se le van segundos. Esto no es usual y la vendedora abre tamaños ojos. El escapa, presumiendo que ella se ha dado cuenta.

Alguien atraviesa por su camino y le saluda. Contesta apenas. El saludador, ser candoroso, también puede estar muerto. Y lo más seguro es que no lo sepa.

Vaya por donde vaya, sus pasos lo alejan para siempre de un mundo de personas, sentimientos, sucesos, visiones; de lo estable y de lo transitorio. Mientras camina hacia un fin, cuántas cosas van muriendo a sus espaldas. Esa corriente poderosa de hechos y dramas de la vida universal, que a

diario se registra en su conciencia, a diario desaparece. Lo que más lo mueve o hiere suele surgir del pozo oscuro de su memoria pero, ay, en el acto vuelve a hundirse en el pozo oscuro.

¿Y lo que está delante de él, y lo de más allá de sus sentidos, en realidad existe? ¿O todo es apariencia? El llegó con sus pies a la notaría, dijo lo necesario y, no obstante, ignora si es o qué es. Sólo piensa, pero ¿quién ve el pensamiento? Si uno imagina una mesa, el pensamiento asume forma objetiva, social; mas, las ideas que no pueden materializarse, ni quedan escritas, existen sólo para quien las concibe; son fatalmente privadas.

Cuando llega a la plaza —algo abandonada en esa hora— siente alivio. Los paseantes solitarios le miran absortos. Las muchachas le saben a estampas. Otrora, a la vista de sus formas acusadas, habría sentido ese deleite que va del nirvana a lo selvático.

Las primeras sombras de la noche y cierta inquietud lo impelen a reemprender su camino. Atraviesa hasta el correo y allí, en un ángulo de la puerta, ve a don Juan José Gutiérrez, que antaño sirviera altos cargos y cuyo nombre cayó en olvido. Lo suponía muerto. Y el falso difunto conversa. Tiene un pie en la acera y el otro en la grada. Se acercó unos pasos para verlo mejor. Esa cara blanca, esos bigotes negros, recortadísimos, que le agregan un men-

tido aire juvenil, ese mirar sin fuerza, eran de él. Seguía con su encogimiento y su traje pulcro. Y sus manos exangües, movidas por el gesto de modelar algo, sin conseguirlo, porque nunca dejó huella, eran sus manos. No cabía dudar. Y Monardes hubiera seguido si no lo detiene una seca mirada del ex muerto, molesto por tan impertinente examen.

Tuvo que irse. La resurrección del señor Gutiérrez lo tenía intrigado. ¡Qué mucho entonces que el notario le exigiera certificado de viviente, si él daba por extintos a seres que seguían en pie! A cierta edad la memoria destruye incontables imágenes. Cuando éstas corresponden a semejantes es como si se les asesinara.

Absorbido por las penosas sensaciones de la tarde, no repara en que se halla próximo a su domicilio. En la esquina tropieza con un prójimo de borrosa figura.

—¡Fíjese en donde pone el pie! —rezongó aquél.

—¡Usted es un animal! —contesta Monardes, traicionando su tímida naturaleza.

El animal le asesta, sin discurso ni duda, una bofetada que lo hace trastabillar. Monardes experimenta agudo dolor pero, en vez de odio, su faz adquiere esa dulzura de los santos. El hechor, al percatarse de su semblante gozoso, siente un temor indefinible y se aleja casi a la carrera. Monardes infiere que ese individuo, en el último instante, ha visto en él algo raro.

La posibilidad de conseguir la asignación familiar lo tenía contento. Ahora renunciaría a tantas cosas por recuperar la fe en sí.

Entró a su casa. Después de lavarse por mero automatismo, ocupó su sitio en la mesa. Su madre lo interroga:

—¿Qué tienes, hijo, por qué esa palidez?

—Me duele la cabeza.

Su madre le ofrece una tableta. Hasta una piedra se echaría al cuerpo. ¡Qué más da! Conversa sin gusto. Le parece que su espíritu tiene un kilómetro de profundidad y que de lo más hondo debe traer las palabras. Desde un marco antiguo le mira apaciblemente su padre. Los minutos venideros serán difícilísimos. ¿Cómo ocultar a su madre su pavoroso secreto?

Entra y cierra su cuarto, no sin percibir una figura luminosa junto al ropero. Comienza a desvestirse. Al mirar de nuevo no hay sino sombra. Se acerca al espejo: está amarillento. Sus ojos parecen congelados; la calvicie aumenta, sólo conserva mechones en los aladares. Abre la boca y repara en el vacío que dejaron sus muelas. Es una manera de acabarse. Entre la vida y la muerte no hay las diferencias que uno suele atribuirles. Se nace con una buena cabellera y se la pierde pelo a pelo. Igual pasa con los dientes. Otra vez es una gran cicatriz que se enquistó en la piel; un dedo amputado; un ojo que no ve y tales o cuales

músculos que se adormecen; el oído sordo, un brazo inmovilizado, las piernas que se tullen. Y esto en lo corporal. Por dentro comienza la muerte a chamuscar anhelos y pensamientos. Ideas de hálito victorioso parecen apenas se comunican. Los sentimientos de amistad, libertad o justicia se empobrecen al asomar las canas. A veces coincide el desgaste físico con el agotamiento del espíritu. Es la muerte cabal.

Sentado en la cama atisba sus piernas delgadas, sus huesudas rodillas, su busto enteco y descubre que, además de su flacura, tiene color adecuado para estar muerto. De no tratarse de él, encontraría razonable que lo enterrasen.

Es probable que no duerma. ¿Qué consuelo puede hallar en el sueño? Frente a su lecho el viejo reloj reza su tic tac. Piensa que si a la izquierda, en el punto a que llega el péndulo, se pusiera *muerte*, y *vida* en el extremo opuesto, no habría cómo definir o qué nombre dar al centro.

En la mañana Monardes vio, más allá del escritorio, parte del paletó oscuro, la corbata, el cuello, el rostro serio, los lentes y la cabellera renegrida del jefe del registro civil.

La nobleza de su faz inspiró confianza a Monardes, una como certeza de que ese hombre podría decir una palabra decisiva para su alma. En ese momento, mientras se mira-

ban, parecía que el equilibrio del mundo pendiese de lo que ambos pudieran decirse.

El jefe chupó su cigarrillo mirando por el cristal un pedacito de torre lejana.

—Sí. Fumar, hacer un negocio, ir de visita, enojarse, reír, pedir limosna, lo que sea, se reputa propio de los vivos. Es costumbre pensar así. Pero, qué diverso es cuando se aplica un concepto jurídico. Entonces todo es difícil porque los hechos no se ajustan bien a la definición legal. El código no habla de vida, sino de existencia, término que comprende también al difunto hasta el minuto en que su osamenta desaparece. Todos nacemos, ¿qué duda cabe? El acto de nacer se perfecciona cuando la criaturilla se separa enteramente del cuerpo materno o da un vagido. Esto debe ser visto u oído por el testigo. Los motivos de fenecimiento: pobreza, enfermedades, acción policial, accidentes, fuera de otras causas —que llaman telúricas—, pero de todos modos propicias al desarrollo de los cementerios, abundan. Es lógico creer que nosotros tenemos constancia de los que viven. Sin embargo, no es así. La ciencia administrativa habla de nacer. Si vienen dos testigos, decimos que fulano ha nacido. Somos ministros de fe y anotamos hechos de valor legal. Inferencias de que un nacido vive se pueden hacer en familia, en conversaciones, en novelas, en el teatro. En el registro civil eso no cabe, escapa a nues-

tra órbita porque el vivir no es algo específico. Antes se hablaba menos de vivir y la gente lo pasaba mejor. Hoy se emplea mucha palabrería.

La ley atiende la relación entre personas. Lo puramente individual no entra en su texto. Que un individuo viva es bueno para su familia y sus amigos. Es algo personal, una miserable transición entre el nacimiento y el deceso. Sabemos cuándo una persona está en sus cabales, mas vaya usted a definirlo y se volverá loco. A propósito de éstos: por el dinamismo que desarrollan se creería que tienen mayor vitalidad que los cuerdos. No obstante, su acción es de sentido íntimo, bastante hermética si se la considera racionalmente. No se ajusta a ninguna definición. El demente puede ser más viejo que Matusalén y es forzoso tenerle por menor de edad. La gente, no sé si con razón, les llama muertos vivos. ¡Adónde iríamos a parar si hiciéramos las inscripciones por pareceres, por darle gusto a nuestra fantasía! Después del nacimiento uno certifica que mengano casó con zutana. Basta con que llenen los requisitos. He ahí otro acto preciso, que se acomoda a la ley como el guante a la mano.

Cuando un cristiano se vincula a una mujer, incurre en un hecho perdurable, aunque el propio interesado —a poco andar—, querría que fuese más transitorio. Si su sentimiento es imperioso, el remedio está a su alcance: anula el ma-

rimonio. Supongamos que se arrepiente, que el amor nuevamente lo abrasa, ¿quién puede impedirle volver a matrimoniarse? Y así suceden los hechos pero no se corrigen. La viudez también es materia de inscripción. Si media la prudencia, es dilatada y conmovedora. El deceso, tan neto, es verificable, ya por el médico, ya por testigos, y permite cerrar la inscripción sin anotaciones erróneas. No crea que la ley mira únicamente lo tangible. A veces sabe elevarse. Por ejemplo: ahí tiene la muerte presunta; desaparece un sujeto de su hogar por tantos años; se le cita a comparecer. Si no se presenta y nadie dice haberle visto, declaramos que es muerto presunto. Es una circunstancia que ampara por igual a la sociedad y a sus parientes. Su mujer puede llorarlo con fundamento legal, heredarlo y casar si tal es su voluntad. No obstante, el muerto presunto puede residir en otro país, con nombre supuesto y pequeños cambios en su apariencia, pero desbordante de alegría. Este tipo de muerte favorece, de preferencia, a marinos, soldados y andariegos, cuando es presunta, se entiende.

Diverso es dar certificados de supervivencia. Serían mera ficción. Vivir es algo que cambia de ser a ser. No hay cómo tomarlo. Los médicos dicen que reproducirse, adaptarse, nutrirse, son características de la vida. Conforme, pero hay más: lo imponderable. Los hindúes pasan meses sin comer y siguen viviendo, los ancianos viven y no se

reproducen. Todo es un gran lío. Y no nos hemos referido a la parte que el Altísimo debe de tener en esto. Si tuviéramos tal obligación sería salir de una vergüenza y caer en otra. Damos un certificado y el portador muere de un ataque en la calle. ¡Y nuestro papel con firma y sello, en regla, diciendo que vive! Seríamos el hazmerreír. No, esa es labor de notarios. Ellos dejan constancia de lo que se le ocurre al pagador de la escritura—.

Un funcionario, respetuosamente, puso ante su jefe una ruma de documentos. Monardes se despide con una sonrisa económica.

Cuán difícil es salir de las tinieblas.

“El muerto yace —piensa Monardes—. Está bajo tierra y, si alguna vez se le descubre, no conserva sino sus marfileños huesos. A pesar de todo varió de posición, le crecieron las uñas y el cabello.

El cataléptico está yacente. Puede, como el difunto, ser enterrado y si sus deudos se desprecupan quedará en la sepultura, ay, igual en todo al verdadero cadáver, de donde se infiere que la posición no es prueba.

¿Está realmente vivo el durmiente? A cierta distancia no es dable percibir su respiración. No oye los pasos de quien se aproxima. Vano es hablarle porque ni comprende ni podrá responder. Aunque se le ofrecieran los más exquisitos manjares, a semejanza del fallecido, permanecerá iner-

te, ajeno a los halagos de la nutrición. El genio de la especie no manda en sus sentidos. ¡No lo conmovería ni una danzarina sin velos! En potencia no difiere del soterrado. El nexo que conserva con los vivientes efectivos es la costumbre de levantarse cada mañana.

Todo invalida la posición como peculiaridad del muerto auténtico. No hay diferencia aparente entre un cadáver y un durmiente, sino abstracta.

Ni la voz, de naturaleza tan espiritual —simbolizada en la palabra—, es atributo del vivo, ya que el dormidor, aunque se halle fuera de la realidad, suele hablar.

¿Y qué decir del sonámbulo, el más activo durmiente, pues camina sin ver, esquiva el peligro de escalas y azoteas, ignorando qué lo circunda y cuándo abandona el lecho y en qué minuto torna a él?

Ni el dormido silencioso, ni el hablante, ni el andariego se ajustan a las características vitales.

En medio de su perplejidad, Monardes recibe orden de servir en distinta oficina y, ¡tardío bien! un ascenso.

Antes de ponerse en duda, qué feliz habría sido. Empero, el traslado le ofrece una ventaja: encontrarse con funcionarios que nada sepan de él, puesto que comienza, si así pudiera hablarse, su existencia de difunto o, al menos, de vivo dudoso. Tal vez no se afane en su tarea. Un muer-

to carece de aspiraciones, mas, él debe mantener su casa y (es para reír) satisfacer necesidades forzosas.

Se rasura cuidadosamente, cepilla su traje y quiere causar buena impresión. El atavismo del vivo mueve su voluntad.

Los funcionarios cuelgan sus sombreros, se ajustan las manguillas negras, hablan y miran con angustia los rimeros de papeles acumulados en los pupitres. Observan con inquina a los mozos que van y vienen repartiendo otra remesa. Esa es su tarea: recibir certificados, calcularlos, enviarlos a la firma del jefe y hacerse cargo de la ración diaria de nuevos papeles. Unos examinan la mitad y alegres rompen el resto; otros, a escondidas, dejan una porción en el pupitre del vecino. La noción de que trabajar bien sirve al país aún no les conmueve; pero hay héroes que los toman para sí y verifican en silencio, hoja por hoja, sin levantar cabeza hasta la hora de irse. Son pálidos y van adquiriendo el color del papel. En sus pláticas, de manera falaz, terminan expresándose con palabras de formulario.

Lautaro Monardes llegó donde el jefe, vejete de cara arrogante y ojos de león, que lo examinó, preguntándole cuál fue su quehacer, cómo usó el feriado y, cuando supo lo de la asignación familiar, casi salta.

Quizás si lo estuvo mirando sólo un instante, pero lo

que recordó, pensó, maldijo y sus intentos de penetrar en zonas escurridizas que entreveía apenas y se le esfumaban, cabría en un tomo.

El parecido de Monardes con un santo de palo, su palidez, su figura menuda, traíanle el recuerdo desagradable de Zaldívar, cuya sola presencia le descomponía el ánimo, a quien hubiera echado de no mediar su asombrosa laboriosidad.

—Sígame —y le dio una mirada severa—. Estará muy bien, pues el señor Zaldívar es como usted. No habla, no se alegra ni se enoja. Trabaja solamente. Es de carácter muy parejo.

Al ruido de los pasos, Zaldívar levantó su cabeza.

—Le traigo al señor Monardes, que será su ayudante. Espero que se entiendan. El también se ha preocupado de... la supervivencia —y salió mirándolos de soslayo.

—Ocupe esa mesa —le indicó Zaldívar con su voz desmayada—. Todo consiste en comprobar si lo cobrado se ajusta a la tarifa. Cuando hay error se manda un reparo —y le entregó unas pocas guías.

Al alzarse Monardes para coger nuevas papeletas, se encontró con los ojos de Zaldívar. No se sabe cuánto rato estuvo uno sumido en la mirada del otro. Se miraban fijamente, sin parpadear. La tremenda fijeza les hizo verter lágrimas, que rodaban a su antojo. Sin cambiar palabra se con-

fieron tal vez su secreto y, como si naciera de un acuerdo, se fueron acercando y se echaron los brazos al cuello, como lo harían dos desconocidos náufragos al descubrirse en una isla desierta.

EL RABINO BENJAMIN

A Samuel Bronfman.

MI TRABAJO estaba atrasadísimo y quise aprovechar un día feriado para adelantarlo. No había en la Universidad más que el portero de turno. Prevalcía un silencio conventual. Alrededor de las cuatro sentí pasos en la galería y entró, de sopetón, un hombre serio, de cabellos rojos, que se presentó como el Rabino Benjamín. Un grupo de norteamericanos se hallaba en la ciudad, y en la lista de nombres, que diera la prensa, indicábase el de éste.

Le señalé una silla. Tomó asiento y habló en inglés. Mientras monologaba no dejó de admirarme la seguridad con que los estadounidenses, sin saber castellano, vienen a los pueblos del sur. Cuando no encuentran quién los entienda, la estada debe dejarles la sensación engañosa de haberlos visitado de noche.

No conozco de la lengua inglesa más de cien palabras. Y de éstas casi solamente sustantivos. El Rabino se expresó con ardor, en el tono que se emplea para las verdades eternas, y con cierta rapidez. Aunque escuché muy atento, sólo adiviné su deseo de conversar con un jefe. Aspiraba a una beca (¿sería esto?) para la hija de un alto educador, tal

vez decano en su país. Consideré imprudencia tener por fiel mi pobre versión. En su breve discurso usó gran número de vocablos para mí desconocidos. ¿No podía tratarse de algo enteramente distinto? Todo era posible. ¿Y si en vez de solicitar ofrecía una beca?

Le pedí excusas por no responderle en su lengua. Tímido, con el rubor que causa la propia ignorancia, agregué que no entendía sino castellano, limitación que en ese instante era para mí una desventura. Le dije que el rector, por ser día de asueto, no vendría.

Miróme con fijeza y con la gravedad de los hombres que disfrutaban de poder. Comprendí que su fuerte no era la mansedumbre. El Rabino Benjamín no había entendido palabra. En consecuencia, nuestra entrevista no podía tener más eficacia que si se efectuara en el limbo.

A pesar de todo, movido por la tenacidad que tan grande ha hecho a su nación, se quedó. Insistía en que lo comprendiera y, acaso para ser más claro, se valió de la forma interrogativa. Por desgracia no empleó sino cuatro de las palabras que me eran conocidas. Cuán desconcertado quedé. Al concluir aguardó mi respuesta erguido en su asiento. ¿Cuál podía ser? ¿Qué decirle sin sospechar siquiera el sentido de sus preguntas?

Ojalá nadie se vea en trance parecido. Como en alter-

nativas semejantes el silencio es angustioso, y hasta puede inducir a la violencia, me sentí obligado a responderle.

Le hablé de la Universidad. Sin palabrería, tan sobriamente como pude, le conté cuándo se fundó, le describí a sus hombres ilustres y entré en varias menudencias.

Es frecuente que, al dialogar con desconocidos, deba esforzarme para encontrar los términos precisos. Esta vez hablé seguro y, apenas me atrevo a decirlo, con cierta elocuencia. ¡Nunca llega uno a conocerse!

Sin embargo, no abusé de mi facilidad casual. Puse fin a mi relación mostrándole un grabado que representa a don Andrés Bello. El Rabino Benjamín consintió en mirarlo a la ligera. También era cortés.

Tras un instante de mutismo advertí que el grado de su perplejidad no podía ser mayor. Me examinó con insistencia y luego sus penetrantes ojos se clavaron en los míos, diciéndome (posiblemente): ¿A qué viene cuanto ha dicho?

No despegué los labios.

El bajó la cabeza y así estuvo unos segundos. Meditaba. No demoró en alzarla; era la suya una testa imperiosa, y empezó a discurrir separando una palabra de otra, tal como suele hacerse cuando el interlocutor es de escaso entendimiento.

Su intención, sin duda, era buena. Movíale el interés de ser comprendido. En su plática, que escuché con empeño

casi doloroso, no figuró ninguna de las voces de mi repertorio. ¿Cómo hacérselo saber? ¿De qué modo sugerirle que saliéramos en busca de un lenguaraz? No podía insinuarle que volviera porque, en la mañana siguiente, su barco zarparía. Rogarle que se fuese era impolítico. Debía atenderlo.

Habló tres veces. Por consideración a su persona, aunque no supe qué dijo en la tercera, debí nuevamente responderle. ¿Qué decir? Híceme la ficción de que sus preguntas se referían a la índole de mi labor. Pude expresarme en lenguaje prudente, sin caer en lo prolijo y sin dar a mi tarea categoría especial. Fue la parte más difícil porque el Rabino dio en la mala práctica de mirar las paredes, el techo, los muebles. Hubo un momento en que, con muestras de disgusto, quiso interrumpir bruscamente mi relato. No tardé en callar.

Cerré, pues, mis labios y él, en vez de reconocer mi conducta hospitalaria, empezó a mirarme con tremenda severidad, con indignación para decirlo todo, y yo era el dueño de casa. ¿Por qué no aceptaba que hablara en mi lengua? Encontrábame en mi país. ¿No era perdonable que no supiese su idioma puesto que él, persona de educación superior, desconocía el mío? Por último, era él quien llegaba a un pueblo de habla castellana y fluía que era deber suyo entenderla.

Nada adelantaría reclamando de su muda y despectiva

testarudez. Estábamos en una encrucijada, hablando por darle gusto a la boca, y esto no tendría término sino cuando él resolviera irse.

Se me expandió el pecho al verle ponerse en pie. Me alargó la mano por fórmula. Véíase en sus ojos que no ponía voluntad. Me lo confirmó al no mover los labios para decirme cualquier frase de cumplido. Saludo más económico no recibí jamás. Podía explicarme que no sintiera placer en mi compañía, vano sería desearlo, pero Dios sabe que no le asistía sino la mitad de la razón.

Alejóse con paso ligero. Al llegar a la puerta, que comunica con la galería, volvió el rostro, receloso, como si temiera un ataque. Entendí entonces que me había tomado por loco.

LADRON DE MEDIODIA

A Pedro Prado.

ERAN LAS TRES de la tarde. El caballero leía, embelesado, en su escritorio. Su espíritu flotaba a gran altura, pero traíale a tierra un rumor intermitente. ¿Quién podía producirlo cuando a esa hora hasta las criadas dormían la siesta?

El caserón, situado en las afueras de la ciudad, tenía, en los extremos, dos alas que avanzaban hacia el jardín delantero, también extenso, con una fuentecilla al centro y profusión de arbustos, macizos de flores y árboles añosos. Los ruidos de la calle llegaban a las habitaciones muy amortiguados. Sin duda allí se vivía bien. Detrás de la mansión había más árboles y varias hectáreas de buena tierra de sembradío, de modo que la comida la daba el terreno. En uno de los costados del caserón elevábase una torre.

No le faltaba razón al caballero para sorprenderse del ruido, por apagado que fuera. Aunque su familia era numerosa —bellas hijas, adolescentes unas, entrando en la juventud otras, y un par de donceles de buena estampa— imperaban costumbres antiguas, la del reposo al término del almuerzo era una. Los muchos aposentos permitían a

cada cual, grande o chico, aislarse. El escritorio del caballero hallábase inmediato a la despensa, sitio muerto, salvo en las comidas. Porque en las demás horas era mudo, lo había elegido para leer y escribir en paz.

El dueño era persona pudiente. Aparte de casas de renta, poseía campos que se prolongaban hasta el cordón de cerros. Desde joven fue gran lector y, paralelamente, escribió poemas, ensayos y prosa narrativa. Era pues persona de variado saber, quizás si un poco conservador, pero de espíritu abierto, comprensivo, con inclinación al panteísmo, también merodeador de la sabiduría hindú; de buen porte, rostro de acentuada nobleza, hermosa voz y temperamento de artista y filosofador. Unía a tantos dones un humor alegre, que aliviaba su seriedad.

El rumor era extraño y lo impacientó. En puntillas se fue acercando al lugar de donde parecía nacer y así alcanzó la puerta de la despensa, entornada en ese momento. Por el orificio que hay entre ésta y su marco vio un bulto. Después, por un movimiento de aquél, enteróse de que era un individuo delgado. Este sostenía con una mano un saco harinero, y con la otra, lo más silenciosamente que le era posible, colocaba en el fondo cuchillos, tenedores, cucharas, sin poder evitar que al soltarlos algo sonaran.

Tan silente como llegó, el caballero anduvo hasta la pieza de su hijo mayor. Con éste hizo levantarse al segundo,

que partió en busca de un carabinero. Padre e hijo se acercaron sin ruido a la despensa; sin ruido la abrieron y callados entraron. El sorprendido visitante clandestino no acertó a decir palabra, porque el caballero y su hijo tampoco las dijeron. Cogiéronle, sin violencia, de un brazo cada uno, después de privarlo del saco. Y lentamente, sin cambiar palabras, lo condujeron de habitación en habitación hasta el jardín delantero. El ladrón era bajo, hundido de pecho, cariaguileño, de ojos vivos y alertas. También podía ser de mal carácter. La primera vez que robó pudo vivir un mes sin trabajarle a nadie. Le pegaron en varias ocasiones. Cuando estuvo un trimestre en la cárcel, creyó que era más seguro trabajar, pero al hacerlo, añoraba los golpes, que dolían sólo horas, de suerte que tuvo y le venía la tentación.

Ni el caballero ni su hijo querían pegarle, pero ansiaban darle un susto o lo que fuera por haber violado la intimidad familiar.

Miráronse padre e hijo al reparar en la fuente. El ladrón no se atrevía a decir nada para no empeorar su causa. Le había entrado miedo por la tranquilidad y el mutismo, ni siquiera severo, de sus aprehensores. ¿Qué pretenderían hacerle? Sintió nuevamente una presión en sus brazos y todos tres se echaron a caminar hacia el jardín. Llegaron a la fuentecita, detuviéronse un instante y, tras otra mirada de

los caballeros, a una lo echaron a la fuente, que tendría una cuarta de agua.

El ratero cayó de costado y se mojó del hombro a la pierna. El dueño y su hijo mirábanle a poca distancia. Con cuidado, sin apuro, el hombre evitó mojarse más, se tomó del brocal y, midiendo la disposición de los caballeros, despaciosamente salió, pues no quería descontar aún el peligro de que lo patearan. No podía defenderse contra dos y no le convenía levantarle la mano ni a uno, porque éstos se hallaban en su casa y el castigo de la justicia podría ser peor, aparte de la paliza que, de seguro, le anticiparan los carabineros. Buena la había hecho y qué convencido estuvo del éxito. Lo malo es que el patrón se saltara la siesta.

Se enderezó sin alzar los ojos y quedóse agazapado en sí, con la absurda esperanza de inspirar piedad y ser perdonado.

De súbito volvió a ser cogido y lo empujaron a la fuente, cayendo esta vez de espalda. Disimuladamente repitió sus movimientos para salir sin empaparse el resto del cuerpo. Los caballeros se alejaron unos pasos y él los siguió con la vista. Venía entrando el carabinero, guiado por un joven que se parecía al señor de más edad.

El hurtador logró ponerse en pie y se sentía mal con esa mojadura por partes. Veía claro la burla y esto le molestaba más que si le hubieran pegado.

Los señores hablaron con el carabinero. Luego éste se aproximó al mojado con expresión nada halagüeña.

—¡Y tú! ¿Qué tienes que alegar?

El ladrón adoptó un aire entre severo y sufriente:

—Mi carabinero: lo que yo tengo que decir es que ésta no es una casa seria —y se miró las mojaduras.

EL TAMBOR METAFISICO

A Hernán del Solar

ERA UN CASERÓN de dos pisos. Arrendábalo un español pequeñito, de bigotes poderosos; uno de esos peninsulares que emigran en la niñez con la intención de crecer aquí.

En su taller de calzado, al anoecer de un día cualquiera, surgió, junto al caño, un guerrero con uniforme tablicense, tocando a la sordina su tambor. Don Casimiro, el español, lo creyó ardid de algún zapatero ansioso de robarle. Y le disparó. La aparición hundióse, pero en la siguiente noche, allí mismo, arrancaba al parche un son seco y dramático.

Dos policías vinieron a inquirir la causa de los estampidos. La explicación de don Casimiro no les satisfizo. Pidióles que volvieran al oscurecer. Entonces les condujo sigilosamente por el pasillo y, al asomarse al patio, les pareció ver una figura y oír un son. Don Casimiro apretó el gatillo y aquélla se hundió.

Personas hubo que repararon en la constancia de la aparición. Esta quería señalar un tesoro oculto. Procedía

extraerlo para que el alma en pena fuese admitida en el cielo.

Don Casimiro desestimó la sugerencia. La aparición fue para él como ese tío viejo que suele habitar en la última pieza, al cual no se le ve a menudo, pero se le siente toser y tosiendo sirve de compañía.

Al crecer su intimidad con la aparición, ésta caía en licencias como la de reaparecer, un instante después del disparo, al son fragoso de su tambor. No era delicada, pensaba él, o sentíase urgida. Acaso él tuviera un tanto de culpa en su sujeción a la tierra. ¿Quién podía ser? Tal vez un soldado que soterró sus bienes en vísperas de la Independencia.

Una mañana empezaron a cavar. De noche emergía del hoyo la aparición. Los clarividentes dieron por cierto que el tesoro ocultábase ahí. A medida que los barreteros ganaban en hondura debían subir más seguidamente a respirar. Don Casimiro, dada la profundidad de la excavación, consideró inútil continuarla.

Adivinaron los consejeros que el entierro se había corrido. En verdad no toda persona puede descubrirlo. ¿Por qué? Esta es la pregunta sin respuesta. Se anda para allá, se anda para acá y surge algo de naturaleza incomprensible. El haberse quedado el fantasma cerca del hoyo era indicio de que el tesoro no podía estar lejos. A veces la

liberación de un alma está sujeta a plazo. ¿Qué mortal conoce su término?

Solía venir algún curioso a ver la aparición. Don Casimiro accedía gustoso. Avanzaba en puntillas, respirando apenas; al desembocar en el patio, mirando a su seguidor, cruzábase la boca con el dedo para señalar el bulto que, al lado del caño, tocaba roncamente. La admiración del neófito lo conmovía. Echaba mano al revólver, escapaba la bala, hundíase el ánima y cesaba el toque. ¿Quién podía jactarse de algo semejante?

—¡Hay un más allá! Los ateos deberían ver esto. ¿No le parece? Vivimos rodeados por lo misterioso. ¿No aseguran que los santos ven todo lo escondido?

Don Casimiro tomaba el partido del silencio.

Posteriormente sufrió gran contrariedad. Al llegar con un acompañante cesó el tamboreo y, aunque esperaron, el fantasma no se hizo visible. La visita, sujeto quejumbroso, poco urbano, comentó:

—Si yo decía que era imposible. Las ánimas son una forma de alucinación. En buenas cuentas no existen, pero a ésta me la ponderaron tanto que decidí comprobar con mis ojos. ¡Cómo se van a reír de mí! En todo obro según los dictados de la razón y, por hacer caso a ciertos amigos, doy un traspié, ahora, a mi edad.

—Y si le aseguro que la veo cada tarde, y de esto no hace un mes, sino seis, ¿qué diría?

—Bueno, bueno, si en realidad pudiera verla, tendría que creer, pero mientras no ocurra...

—¿Lo pone en duda? ¡Dígamelo! —quería irsele al cuello.

—No tengo razón para dudar que usted la vea. Por lo demás, cada cual es libre de creer o no en lo que no ve. Si la viera, no una, sino varias veces, diría que existe.

Al quedar solo, don Casimiro maldijo a la aparición. No bien ésta se hizo evidente con el consabido toquecito, disparó y volvió a disparar.

Desapareció por unas cuantas noches. "Debe creerse indispensable" pensó don Casimiro con resentimiento. En una madrugada despertó atemorizado porque el fantasma pretendía cogerle los bigotes. Fue pesadilla, sin duda, ya que al incorporarse nada vio, mas, sospechando que éste hubiera prescindido del cuerpo para burlarse mejor, anduvo por el dormitorio dando manotazos al tanteo.

Una tarde sintió barretear en la casa contigua. Fue, y tras un momento de espera, salió el vecino y quedó desconcertado al verle.

—Me encuentra abriendo un hoyo. No quise anticipárselo, pues quería sorprenderlo. Pensé que por haber sido

este lado parte de su casa, pudo el tesoro moverse hacia acá. Estoy probando suerte.

—Lo curioso es que mi ánima ha desaparecido.

—Es muy factible. He sentido, sin embargo, el retintín, bajito. No he visto la aparición. Tal vez se presenta cuando uno está despreocupado. En esto de las ánimas y sus enredos se procede a ciegas. ¿En qué podemos afirmarnos?

A la semana informó a don Casimiro que no proseguiría la busca. El ripio se presentaba tan compacto que parecía no haber sido removido jamás.

Por la noche, mientras don Casimiro trabajaba en su libro de cuentas, presintió que el fantasma había llegado. Al asomarse a la ventana lo vio en su sitio, en actitud de tocar, pero silencioso.

Transcurrió el siguiente mediodía, salieron los operarios y, al cerrar la bodega, hallóse con la aparición, que fosforescía, tocando levemente, casi sólo para acusar su presencia. Extraño era que estuviese ahí y a hora todavía temprana. ¿A qué podía obedecer tal capricho?

De mañana acercósele, azorado, un aprendiz:

—¡Patrón, patrón, en el taller se oye tocar!

Acudió. Los zapateros, de pie, a cierta distancia del muro, lo miraron con receloso interés.

—¡Sale de la pared!

—¡Parece cosa de brujería!

—¿Qué sale?

—El toque de tambor.

Don Casimiro los miró, serio.

—Es verdad, señor. Uno de nosotros fue al patio para ver quien tocaba. No había nadie. Ponga el oído, todavía se oye apenitas.

Aunque no pudo oír, el hecho no le supo a inverosímil. ¿No se dejó ver en la bodega tan inesperadamente?

—¡No hagan caso! —exclamó sin convicción.

Desde el escritorio cúpole observar que seguían escuchando.

Pasó una hora y el mismo muchacho gritó:

—¡Ahora el toque es más fuerte!

Siguióle don Casimiro y no pudo menos de oír el seco son del tambor. Producía la evidencia de irse desplazando dentro del muro. Cesó luego.

—Parece que le tuviera respeto a usted. El que toca, digo yo, porque cómo entonces.

—Deje usted eso y ¡que todos se pongan a trabajar!

Los zapateros seguían conversando en espera de... Sin provecho llegó la hora del almuerzo. Al salir miráronle con intención, anhelantes unos, preocupados los otros. El patrón comió sin apetito. Veía cómo el taller se alborotaba. Era de creer que también las ánimas enloquecen.

Retornó el personal a la jornada de la tarde. Cada cual

avanzaba recelando, con la mirada en fuga. Sonaron los martillos, chirriaron las máquinas, oyóse el sordo rumor de las poleas y el canturreo con que los trabajadores se dan ánimo.

Don Casimiro fue al retrete, que tenía un ventanuco en la altura. Abrió tamaños ojos al ver que, en el rayo de sol que caía, tomó cuerpo el fantasma y empezó el toqueo.

—¿Cómo? ¿No hay respeto ni para esto?

Seguía el rayo de sol cayendo a sus pies, transparente. ¿Había sido alucinación?

Los operarios, con la rara experiencia mañanera, quedaron sensibles, atentos sólo al ruido misterioso que trascendiera de la pared, temiendo y con ansias de volver a escucharlo.

Elcías Mendoza, individuo huesudo, de faz ascética, lector de libros desencuadernados, era incommovible y no atendía sino lo obligatorio. Sus compañeros lo consideraban, pero no lo querían por ser aguafiestas. Cuando cierto aprendiz creyó que el retintín recomenzaba, lo enfrió con su mirar.

Avanzó la tarde sin alternativas. En el último minuto salió un oficial dando alaridos.

—¡Ahora corre por la muralla! ¿Oyen cómo el sonido se aleja?

—Sí. Va moviéndose por este lado. ¿Qué diablos será?

—¡Llamen al patrón!

—¡Esta casa está embrujada!

—¡Parece que subiera al techo!

—¡Falta sólo verla! ¡Buen dar con el ánima maldita!

Caminaban en pos del ruido, no porque fuese patente, sino por la orientación que daba el inquieto oficial.

Elcías Mendoza, ajeno al barullo, seguía claveteando. Su conducta indignaba a los creyentes y desasosegaba a los tímidos. Su desertión, que destruía la unanimidad, hacía ilusorio cualquier hecho, aunque fuese tangible.

Acudió don Casimiro, cejijunto:

—¿Ustedes son hombres o maricas? Eso es lo que pretendo saber. ¡No siento ningún ruido y espero que no me hagan venir en balde! ¡Ea, vamos trabajando!

Salvo Mendoza que asintió, los de mente rural exclamaron:

—Como él está acostumbrado a ver el ánima, ¡qué le importa! Para nosotros no es lo mismo. ¿Quién podría seguir tranquilo oyendo ese tamboreo dentro de la pared? ¡Ni de palo que fuéramos!

Al concluirse la faena don Casimiro se situaba en la puerta. Gustábale que saliera cada operario tan esbelto y grácil como llegó. Así le duraban más la suela, los clavos,

la cera, la lija, las lonjas de cabritilla o charol y hasta las hormas.

Menudeaban las mujeres que venían a esperar a sus maridos. De no hacerlo dejarían su salario completo en las tabernas. El día siguiente era festivo. Al reunirse los cónyuges debió aceptar que aludían al ánima. A hurtadillas le miraban, como si fuese obra suya el fantasma y sus consiguientes extravagancias.

Todavía duraba la claridad. Anduvo por el patio rumiando su inquietud, anheloso de entender el singularísimo humor del aparecido. ¿Por qué surgía en tan diversas partes? Los obreros se despidieron con un tono que no era el habitual. ¿Qué les pasaría?

El lunes la asistencia fue menguada. La achacó a que los bebedores amanecen con dolor de cabeza o descoyuntados. Sin embargo, el martes también faltaron tres de los mejores zapateros. Lo curioso es que éstos no bebían. Nadie supo qué responder acerca de los ausentes. En la tarde un aprendiz se le acercó:

—Patrón, los maestros quizás no vuelvan. Les oí decir que con la bolina del ánima el trabajo les rindió poco.

Elcías Mendoza, sin dejar la costura de un botín, peroraba:

—Las apariciones son puro embuste. ¿Por qué no las veo yo? ¿No soy de carne y hueso como los demás? La

diferencia está en que yo leo y razono. El proletario que no estudia es que ha nacido para burro. En esto me afirmo.

—Usted puede estar en lo cierto, pero las más de las veces habla por darle gusto a la lengua. Cuando se mentó al tambor, lo sentí clarito; después de anunciarse que el sonido se corría, también. No digo que lo cause el ánima; ¿podría decirme usted, que es tan gallo, quién toca dentro de la pared?

—¡Se siente en este rincón! —gritó un muchacho. Acercáronse varios un tanto prevenidos con las palabras de Elcías.

—¿No soñará usted? —arguyó alguien que no oía.

—¿No lo oye muy bajito, como que se pierde?

—Mejor es que me prepare el claite y se deje de tontearías. Las ánimas no nos van a dar de comer.

Una comisión se apersonó a don Casimiro:

—Señor, va para dos semanas que el maldito fantasma no nos deja trabajar. Nadie nos obliga a cruzarnos de brazos, pero ¿quién puede quedar indiferente al darse el aviso? La consecuencia es que hemos ganado una miseria y así no nos conviene seguir trabajando a pieza. Necesitamos aumento. Usted sabrá que en los otros talleres se han alzado los salarios, y son talleres corrientes, sin este embeleco de ánimas.

Llegó la señora de un trabajador:

—Mi marido no ha podido venir. Se puso nervioso con lo que pasa, tanto que despierta de noche gritando. Desde el martes ayuda a un hermano, zapatero de banco. ¿Por qué no da cuenta al señor cura? ¿No podría él bendecir su fábrica o decir un rezo que sirviera de contra al fantasma?

Al anochecer llegó el vecino:

—Le traigo una nueva. He sabido que el dueño de la lavandería, cuyo fondo colinda con esta propiedad, acaba de encontrar el entierro. Lo supe por un barretero. ¿Qué le parece dar una vuelta por allí?

Ante la lavandería, cerrada, había un corrillo.

—Yo le encuentro razón —decía una anciana—. ¿Quién puede obligarle a declarar lo que hay en los dentro de su casa? Si encontró algo es cosa suya. ¿No le parece? Creo que desenterró, así dicen, una caja grande, como las de antiguamente, claveteada, que sacaron apenas entre dos hombres, y eso que eran fornidos. Si se entierra una caja así, no será para guardar trastos viejos.

De vuelta, no bien don Casimiro entró al dormitorio, el fantasma desprendióse de la pared y tocando jubilosamente avanzó hacia él. Aunque lo sorprendió, tuvo el coraje de dispararle a quemarropa. Luego, confundido, salió a comer.

La sobremesa fue larga y paladeó unas copitas de pisco, pues comenzaba el invierno. Volvió tarde. A pesar del

licor seguía intranquilo. Cuando, soñoliento, fue a cerrar la ventana, pudo entrever al fantasma fulgurando con intermitencia. Reparó en que junto a éste hallábase una figura borrosa, como quien dijera un ángel.

Don Casimiro se quedó arrobado, mirando. Esta vez no tuvo necesidad de disparar porque, repentinamente, ambas figuras desaparecieron en el aire frío.

No pudo conciliar el sueño. Sentía que ese momento para alguien lo era todo.

COMUNISTAS DE MELIPILLA

Al Jefe Indio.

ME HABÍAN convidado a pasar unos días en las afueras de la pequeña ciudad. El caserón tenía delante un hermoso y cuidado parque. Detrás, perdíase de vista un viñado.

Conocí, entre los visitantes, a un joven sano, de esos que hacen exclamar: "¡Irá lejos!" Cabe decir que parte del viaje, la más difícil, la tenía hecha. Llegó de funcionario; fijó sus ojos en él una señora, ignoro si viuda o vastamente soltera. Quienes la querían le hubieran calculado más de cincuenta años. Era delgada, graciosa y espiritual. Poseía una casa opulenta y, en las cercanías, un fundo. El mocetón, seducido por la dama, no tardó en amarla entrañablemente y casaron. Convirtiósese en burgués poderoso. Pudiera ser que burgués lo fuera antes, porque entre los pobres también los hay. No se ve la razón de que lo sean, pero existen y en mayor número de lo que sería previsible estimar.

No obstante, contra los treinta años de él, de verme en el disparadero de elegir, me quedaría con los cincuenta de ella. Su alma estaba labrada. Adivinábase que por encima de los bienes terrenales, tenía ojos y sensibilidad y pala-

bras suyas. El era joven nada más, socialmente infantil y movíase entre apariencias. La vida tendría que cepillarlos mucho para que emparejase con su mujer.

Promediaba la tarde de un domingo. El joven burgués llegó desalado en automóvil a visitar al dueño de casa.

—¡Figúrese! Va ganando el panadero Sandoval, y lejos. Los pililos y los rotos no caben en sí de gusto. ¿Cómo será si triunfa?

—¿Quién es Sandoval? —pregunté, sospechando se tratase de un malvado.

—No le conozco, pero es comunista. ¡Qué locos son los pobres! Habiendo tantas personas de buen nombre, propietarios, gente con responsabilidad, votar por un cualquiera.

El anfitrión y su esposa nada respondieron. Eran apacibles, prudentes y quizás si tímidos. Hallábanse más próximos al nuevo propietario, pero debían suponer que mi posición era otra y no querían agraviarme. Algunos de mis conocidos creen que digo lo primero que se me ocurre. Los que me desdeñan van más lejos: ven en mis actos el deseo de singularizarme. Empero, soy admirador del buen sentido. Mi falla podría estar en que no creo que los intereses puedan más que la razón, sino cuando es tarde. De lo que hablo no todo puede ser atinado, porque hablo a raudales. La conversación es un balbuceo, algo así como el taller donde se maceran las ideas.

Blasonando de ecléctico (y cada vez lo soy más) tenía que hacerme gracia la elección del panadero, cuya voz discreparía en el coro municipal.

No soy ciego para negar que terratenientes y rentistas son educados y suelen tener mundo; sé, además, que la educación es anteojo de larga vista si se tiene buena cabeza; pero me costaría asegurar que aquellos son más inteligentes que el pobrerío. Esta virtud no se sabe cómo ni a quiénes es transmitida. Basta con tener años para recordar, no a uno sino a muchos iletrados ocurrentes y de criterio.

¿Por qué asombrarse de que sean elegidos tales o cuales trabajadores? Son los más, forman muchedumbre. Lo que hay es que los ricos no quieren igualarse a los jornaleros, los ven como subordinados. Si los pobres fuesen consecuentes y actuaran como pobres, llegarían al municipio sólo proletarios, salvo algún personaje de prendas excepcionales, pero sucede que no votan así: votan como hombres, como seres humanos y, es paradójal, hay menesterosos que tienen en mucho ser conservadores. ¿Cuántas sirvientas tienen orientación popular? Hay que descubrirlas. Escasean.

El joven burgués, demasiado inquieto y emotivo, partió a seguir las peripecias de la elección.

Salí al parque y dí vueltas y más vueltas. Con intermitencia pasaban individuos; verlos podía, oírlos no, porque

el polvo del callejón es tan molido y denso que el pie se hunde ahí sin eco.

Una hora más tarde regresó el mocetón. ¡Qué expresión tan dichosa la suya! De haberse sacado la lotería no estuviera tan radiante. Barruntaba que lo bueno para él no lo era para mí.

—¡Ganó don Moisés Larraín en la parte rural! Los fundos votaron por él como una tabla. En la plaza están los comunistas sin decir esta boca es mía.

Los dueños de casa no dijeron casi nada, pero sus gestos eran tan amables que valían por una viva felicitación.

—Voy a dar la noticia a otras familias. Después del susto esto reconforta. A ver si traigo a la Agustina en la semana.

Ver me entretiene más que meditar, tal vez medite con los ojos. Tomé el camino del parque y paseaba de la casa a la verja. El panadero Sandoval, acaso por representar lo inusitado, y lo es que un obrero llegue a regidor, permanecía en mi memoria. Aunque siempre tomo partido por algo o por alguien, lo más tierno que hay en mí es para el vencido.

La luz disminuía. Iba desapareciendo todo lo distante. Se adelgazaban las líneas de las cosas. Al rato surgió en el callejón una mancha de campesinos. En el centro de la fila cabecera, un hombre entrado en años, raído, llevaba

en alto un cañita con un trapo rojo tremolando en la punta. Junto a él y en las siguientes, avanzaban otros hombres y mujeres, algunas con criaturas en los brazos, y más abajo, pegados a la pollera o al pantalón, seguían también chicuelos y perros. Grandes y chicos caminaban mirando el polvo, sin una sonrisa, sin una palabra, lentamente, como en un duelo; fundidos unos con otros, llevando como oriente el trapito rojo, por no oírseles, bajo la tenue luz de la tarde, parecían un grabado oscuro y triste.

Algunos le aconsejaron:

—Para qué se atana por encontrarlo en Berlín? Valparaiso reside Hans von Berta que fue su amante. Luchewasser, el maestro más famoso de Alemania.

Encontrábase von Berta leyendo en el instante en que le anunciaron al rector de la universidad. No bien se saludaron, este le preguntó con simpatía:

—¿Es usted filósofo?

—Medio en las tardes —respondió gravemente Hans von Berta.

—¿Quería enseñar en la universidad?

—Por ningún motivo.

HANS VON BEBRA

A Eduardo Cruz-Coke.

EL RECTOR necesitaba un catedrático de filosofía. El primero le pidió un sueldo que no gana ni el Presidente. Los demás exigieron algo parecido. Temían anular su carrera, desvincularse y vegetar en una pequeña república todavía en pañales, quizás si con mayoría de salvajes. ¿Qué compensación imponer? Por lo menos la fortuna a corto plazo.

Alguien le aconsejó:

—¿Para qué se afana por encontrarlo en Berlín? En Valparaíso reside Hans von Bebra, que fue ayudante de Fuerenwasser, el maestro más famoso de Alemania.

Encontrábase von Bebra leyendo en el instante en que le anunciaron al rector de la universidad. No bien se saludaron, éste le preguntó con simpatía:

—¿Es usted filósofo?

—Medito en las tardes —respondió gravemente Hans von Bebra.

—¿Querría enseñar en la universidad?

—Por ningún motivo.

El rector no era persona que se amilanara. Con cejas de magistrado, ojos oscuros, ademanes agradables y continuos, vivaz, sabía cautivar a los tímidos y a los empecinados. No se supo qué le dijo ni qué le prometió. Hans von Bebra, a pesar de su severidad, deseo de aislamiento y ojeriza contra el género humano, aceptó. Una vez consigo se extrañó de haber sido tan blando.

Hans von Bebra abrazó el naciismo ardorosamente, pero a la vuelta de unos años se le oyeron críticas, cada vez más ácidas. Llamáronle los jerarcas. Von Bebra no era hombre que dijera algo en la calle y lo negase al ser encarado. Repitió los cargos. Demostráronle que sus decires eran precipitados, le ordenaron reflexionar y que señalara él mismo a qué castigo era acreedor. Prometió hacerlo. Al comparecer nuevamente, reconcentrado y pesaroso, reconoció su tremendo error. Merecía —según sus palabras— un castigo duro, por ejemplo, verse privado de participar en los grandes hechos del Reich y ser desterrado a España.

Los jerarcas apreciaron su coraje al proponerles España como sanción. Considerábanla detenida en el tiempo y habitada por haraganes de grandes sombreros, que no hacían más que saludarse ceremoniosamente. Era, pues, una prueba terrible y serviría de advertencia a no pocos nacistas tímidos, y hasta cobardes, que ni siquiera dieron un papirotazo a un israelita.

Hans von Bebra, con gran entereza, partió a España. Allí, para comenzar, cayó en gracia al cochero que lo condujo al hotel. No le cobró un centavo. Hans von Bebra anduvo de la mañana a la noche, observando, con el oído atento también. Descubrió que los españoles eran un conglomerado de seres libres, dispuestos a morir por una idea, apenas unidos entre sí y con alma más profunda que los demás mortales. El vino tampoco le supo mal. Encontró la comida apropiada para héroes. Había que estarse ahí. No le causó disgusto el ritmo de la jota. Y noche tras noche era el primero en llegar a los sitios donde se baila. Al levantarse, la ensayaba, corrigiendo sus movimientos frente al espejo. Llegó —según su parecer— a bailarla decorosamente. Y cuando gente amiga pidióle participar en un baile colectivo, lo que hizo con gusto y temor, fue cumplimentado. A solas consideraba este acto el más notable de su vida. Se dijo emocionado: “¡Pensar que pude morirme sin conocer este país!”

Meditando llegó a la conclusión de que en su nación todos obedecían a uno, todos aprueban lo que éste hace. En España no había asentimiento para nada, virtud que evitaba un sin fin de errores derivados de la acción. En sociedades a que se le invitara, observó que los retrasados, harto precavidos por cierto, preguntaban: “¿De qué se habla para oponerme?”

Los españoles saben practicar la duda metódica —fue otra de sus observaciones— y, por ello sólo, son aptos para seguir los vuelos de la filosofía. En lo recóndito de su espíritu se afincó la idea de no moverse. Había empezado a entonar melodías primarias del cante hondo y abrigaba la certeza de hacerlo, con estudio, no como salvaje, sino como aficionado respetuoso.

Mas, como la felicidad tiene sus sombras, inesperadamente fue víctima de un asalto. Los desalmados no perdieron energía en hablar y sí la aprovecharon en no dejarle hueso bueno. Tuvo que guardar cama por largos días, ignorando quiénes fueron sus victimarios, porque usaron antifaz. No podían ser peninsulares. Sólo tenía amigos entre éstos. Es verdad que había abandonado la correspondencia con sus jefes. ¿Qué pensaba ahora del Führer y sus principios? Nadie lo supo.

Un amigo de colegio empezó a escribirle desde Chile. Era persona acaudalada. Convidábale, elogiando el clima, su variedad de frutas y, a la vez, el temperamento apacible de sus habitantes. Para tentarlo le mandó pasaje. Podía vivir allí sin compromisos; de sentir ganas de enseñar, fácilmente las satisfaría pues no eran abundantes los profesores de alemán.

Por casualidad, Hans von Bebra, volvió una noche a sufrir un encontrón con varios desconocidos. Esto parecía

fortuito, pero quedó molido, sin aliento; sentía sueño y no lograba dormir.

Lió sus bártulos y se embarcó calladamente. Al arribar, su amigo de la infancia y la familia de éste esperábanlo en el puerto. Pasó días deliciosos. Filtróse la noticia de su llegada y un colegio le pidió enseñar elementos de filosofía. Se presentó a clase con traje y guantes negros. Su estampa era severa, algo funeraria también y, por desconocer la sonrisa, sus alumnos le cobraron miedo.

No era alto, ni ancho de espaldas, sino mediano, cuerpo de intelectual al fin. La fuerza residía en su cerebro. Veía claro en los libros. Podía de un pensamiento escrito seguir sus incontables derivaciones. A esto sumaba una memoria absorbente. Su lugar en la realidad le era impenetrable. No obstante, el sentimiento de su propia valía jamás se le debilitó. Contrariábale que los demás tardaran en reconocérsela.

Al poner las notas del trimestre, a la mayoría les puso uno; dos a varios y estuvo avaro con los tres. De esta calificación no pasó ninguno. Vinieron a montones las madres. Decíanle al director que sus hijos obtenían cincos y seis en los otros ramos. Sin duda el profesor nuevo era atrabiliario, y neurasténico, pues a las niñas les cargaba más la mano aún. A ellas les dolería cambiar a sus hijos de escuela. El profesor importado, con ese traje y esos guantes negros, no

podía menos de cohibir a las criaturas. Los usaba sin razón. Habían averiguado que no estaba de luto. ¿Con qué derecho decía a los pequeños que eran indios rubios? ¿No sabía acaso que descendían de alemanes por lado y lado?

El director les daba vagas excusas. No se atrevía a pensar mal de Hans von Bebra. Su fama era portentosa. Desvelábase imaginando cómo retener el dinero de las matrículas.

Una mañana Hans von Bebra avisó que no haría clase. Súpose que había sido asaltado y magullado hasta lo increíble. Sin embargo, no hubo medio de averiguar quiénes fueron los malhechores. Hans von Bebra no había proferido juicio alguno acerca del nazismo. ¿La paliza fue ordenada de allende el mar?

El director del colegio le expresó, en carta enviada a su lecho, cuánto lamentaba el asalto, pero que, por constituir una querrela política, desgraciadamente debía privarse de sus servicios, en verdad inapreciables. Aquél almorzó con apetito, se fumó un puro, en la tarde dio un paseo con su mujer. ¡Qué satisfecho sentíase por haberse librado de ese temerario pedante! Mañana, cuando las madres lo supieran, sería felicitado. Llevó al cine a su esposa y estuvo cariñosísimo con ella hasta el minuto de dormirse.

Hans von Bebra no respondió. Distrajo su convalecencia desterrando a lo más oscuro de su memoria al director,

sus colegas, la chiquillería y el colegio. No le costó pasar ante uno u otro tal un huso, ignorándolos.

Evitó salir de noche, en las esquinas eludía la pared; no entró a lugares de entretenimiento y miró, prevenido, a cualquier sujeto rubio, aunque tuviera pinta de inglés. Si alguien, desde el frente, en el hueco de una puerta o en otro sitio, le miraba con insistencia, retenía su imagen. Defendió su intimidad con cerrojos y a los postigos les hizo colocar travesaño. Además, pasaba días en el fundo con su amigo de la infancia.

En marzo se acercó en la capital y, al iniciarse el curso de filosofía, se presentó a sus alumnos de levita, guantes blancos y una camelia en el ojal. El auditorio componíase de buen número de doncellas, de unas cuantas señoras y de mozos vestidos corrientemente, fuera de un grupo con camisa abierta y alpargatas. Eran seguidores de Marx y en algo querían asemejarse a los obreros. El profesor los tuvo por desfachatados. Ellos lo encontraron ridículo.

Von Bebra preguntó:

—¿Cuántos de ustedes saben griego?

Bajaron la cabeza los más; otros miraron a través de la ventana.

—¿Ni siquiera conocen el latín?

Muchos quisieron ocultarse tras los bancos. Oscuramente aceptaron que von Bebra los tenía cogidos.

—¿Alemán tampoco lee ninguno?

Dos alzaron la mano: una joven celestial, con hermosura en los ojos, y un muchacho espigado, de cabellera revuelta.

El profesor los miró con gratitud, mas no perdía de vista a un mozalbete de cabellera ensortijada y rostro de medallón, que le miraba con discreto desdén. Sus compañeros estaban seguros de que sería un gran filósofo. Para el profesor era sólo un hermoso indio fatuo.

Los meses pasaron sin otra alternativa que una huelga de profesores universitarios.

—Les sorprenderá que me halle entre ustedes —expresó von Bebra—; yo estoy asombrado de la escasa asistencia de alumnos. Estimo que los huelguistas, para lo que saben, están pagados en exceso —y comenzó la clase.

Hans von Bebra entrevió al día siguiente que su aseveración se había divulgado. Uno de sus colegas mirábase la punta de sus zapatos cuando él pasó; otro, más allá, examinaba una cornisa. Al terminar el semestre von Bebra era invisible. ¿Quién lo saludaba? Ninguno.

Llegó la hora de poner notas. Reflexionó, hizo una invocación a la justicia para que guiara su criterio, pero, dado su temperamento absoluto, otorgó un cuatro a la muchacha celestial, un tres al joven espigado y, en un raptó de acentuado desprendimiento, un uno al de rostro de me-

dallón. A las señoritas, señoras y demás discípulos, con o sin alpargatas, les marcó un cero grande, calificación inexistente que él incorporaba a la escala de notas.

A cuantas y cuantos obtuvieron un cero, les agregó:
—No vuelvan a mis clases. ¡Ninguno de ustedes tiene condiciones para la filosofía!

Erguido, adusto, abandonó la sala oyendo sollozos, lamentos y palabras aspérrimas.

Sin embargo, hubo ex alumnos que partieron al sur con mira agrícola; otros, más duros, fuéronse a las minas del norte y alguno a forestar los bordes del desierto.

Entre las señoritas, casi todas, viraron de lo abstracto a lo concreto en un santiamén, y daban de soslayo vistazos a los varones, para separar a los que las miraron por mera delectación o vicio, y gratificar con mirada estimulante a quienes pudieran interesarse por ellas, personalmente, con exclusión, en lo previsible, de cualquier otra beldad. ¿Triunfaron? Tal vez.

De las casadas, las más soñadoras se inscribieron en distintas escuelas. Las de menor empuje asistían a conferencias, jugaban a las cartas, leían novelas amorosas, cargaban la mano a las sirvientas; poníanse exigentes en la educación de sus niños y atisbaban las idas y venidas de sus maridos.

No tardaron los empecinados en presentar al rector una

queja en contra del desapacible Hans von Bebra. Naturalmente, no se le renovó el contrato.

El afectado se mantuvo sereno y displicente. Viéronle leer sin apuro *Así hablaba Zarathustra*. La joven celestial y el muchacho espigado le rogaron que les hiciera clase, tanto a ellos como a dos nuevos alumnos. Hans von Bebra los adoctrinó en su propio cuarto un día y otro. Parecía contento.

—¿Usted pensará, seguramente, en publicar libros?
—preguntáronle una mañana en que estaba más luminoso que nunca.

—No puedo negar que algo escribo, pero legaré a la posteridad cuanto haga. Esta generación tiene los ojos puestos en estupideces y brutalidades. Da vergüenza vivir y muchas veces he pensado en... ¡bueno, sigamos la clase!

Hans von Bebra vislumbró, tras unos meses, que a la joven celestial y al muchacho espigado no les separaba la antipatía ni la indiferencia. Veíales en todas partes. Podían hablar horas sin que el manantial interior se les agotara, y cuando la necesidad de respirar los sumía en el silencio, el silencio de ellos llenábase de arrullos.

Al terminar la clase, suponía von Bebra, con tristeza apenas reprimida, que iban a lugares amenos. Sin embargo continuó queriendo a sus discípulos por separado. Al verlos en pareja los ignoraba. Púsose más reconcentrado y ca-

viloso. Sentía una muda conjuración en torno suyo. Para donde fuera tropezaba con un muro de resistencia, con un cerco cada vez más estrecho.

La joven celestial no lo encontró un lunes. Le entregaron un cajoncito lleno de libros y una carta vaga y atormentada. Comprendió. Ella era culpable, aunque sin quererlo. Partió con su enamorado al puerto. Recorrieron a lo largo y a lo ancho el fundo en que Hans von Bebra viviera. Fatigados de andar, sin esperanza, con la amenaza de la luz que iba bajando vieron, por fin, al borde del barranco, un bulto. Era von Bebra. ¿Cayó o se tendió allí?

La autopsia reveló que había ingerido una abismante dosis de veneno.

Entre los papeles que Hans von Bebra legara a su discípula, la joven celestial, figuraba un tratado manuscrito, sin ningún rasgo vacilante, cuyo título correspondía a esto: *Prolegómenos de una metafísica que será clara en el porvenir.*

LA INCOGNITA

A Fernando Puig.

LA VITRINA mostrábase repleta de libros curiosos, primeras ediciones casi todas de comienzos del siglo. ¿Qué esperan los bibliófilos? me pregunté. Atarantado me fui a la puerta, pero no pude penetrar hasta el fondo. No era una librería común.

Sin verla cuesta imaginar por qué se distinguía. Al ojo su local era un rectángulo de ocho metros de ancho por cinco de profundidad. A la izquierda queda la vitrina. La puerta, de ésas que se enrollan en la altura, se halla a la derecha y es amplia. Hay un mostradorcito entre la vitrina y la puerta. La estantería del fondo llega al techo y la de los extremos igualmente.

Pude ver, no bien me repuse del asombro, un gran *Quijote* en la tabla más alta, de ésos que se leen en atril; tomos de Rivadeneira, obras de historia, todo con buenas encuadernaciones. En los estantes de los costados divisé lomos y líneas de oro.

Era imposible llegar a cualquiera de ellos. Delante, a distancia, alzábase metro y medio un cúmulo de libros a la rústica, por uno de profundidad.

Al comienzo los clientes pasaron por un lado u otro a curiosear a la estantería, y el librero podía sacar y poner libros en la vitrina, hacer sus cuentas en el mostradorcito cercano a ésta y sentarse, pero hubo de comenzar otro montón, y pareciéndole más espacioso y a trasmano el lado izquierdo, lo comenzó ahí. Debido a que su pasión acumulativa no tenía límite, creció rápidamente. Viendo que el montón toparía con la vitrina, lo guió por delante, dejándola aislada y asimismo al mostradorcito, que también cubrió de volúmenes, tanto que de poner otro resbalaría. Para ir a la parte trasera y abrir la vitrina había que hacer un rodeo por la derecha.

Tal vez pensó el librero en hacer estantes parados, de dos caras, y amontonó impresos provisionalmente, hasta reunir dinero. ¡Qué lo iba a reunir! Era un comprador incontenible.

No bien vendía uno de la vitrina o de los estantes murales, aprovechaba el espacio para colocar varios, uno encima del otro, taconeados. Mas el gran montón no disminuía ni tampoco el de la izquierda. ¿Cómo verlos? En una tarde no habría sido posible consultar ni un tercio del cúmulo y ¿dónde dejar los vistos? Quizás el librero no permitiera porque se daba maña para que no se desmoronasen.

Se vio obligado a empezar otro montón, a la derecha, partiendo de la mole del fondo. Cuidó que ésta quedara

separada de la pared. Con los meses creció en altura y longitud y vino a empalmar con el muro exterior. La parte trasera: estantes murales, mostradorcito y vitrina, fueron inaccesibles. Acaso pensara él que los libros emparedados eran bastante valiosos para que el tiempo no los depreciara.

En el momento en que llegué, la mole y sus alas formaban una U abierta y tendida hacia la calle, que no excedía de ocho metros lineales.

Ahí permanecía el librero, figura de Zurbarán. No parecía afligido. Era pálido, su cabello iba desapareciendo y esforzándose en mirar más allá de todo, como si de horizonte tuviera la pampa. Debía de haber pasado la cincuentena.

Al ver tal baraúnda de pensamiento impreso, amontonado, secreto, qué no parecía raro. El librero era igual a miles de sujetos salvo en su aire de no estar allí enteramente.

La Incógnita, como nombre de librería resultaba un contrasentido. Está bien que sean incógnitos el oro y las joyas para que su dueño los conserve, pero los libros. Empero, esa palabra de misterio actuaba, oscurecía el local, dejaba los volúmenes reducidos a cantidad, se veían y no se veían.

¿Qué pudo inducir a un hombre, sin alma de plata, a ejercer ese oficio? Tal vez al pensar desinteresadamente cayó en sus manos un libro y se impuso, en minutos, de

una verdad que por meditación personal hubiera tardado años en descubrir. Eso debió cautivarlo a tal punto que resolvió hacerse librero.

Su negocio aparentaba ser el depósito de varias librerías, supongamos en peligro de incendio, que hacinaron su existencia allí, al azar, con la intención de retirarla en horas o días.

Un prójimo silencioso, que no sonríe, armoniza con los demás si también permanecen callados. Quien se le acerca siente que las palabras pueden perturbarlo. ¿Cuál será su reacción? No cabe preverla. Se teme que pegue y hasta que dispare. ¿Cómo saber entonces por qué su librería es como es, es decir, incógnita?

El hombre hojea las obras que le ofrecen, avalúa y paga. Lo poquísimos que habla lo dice en la oreja del cliente. Después, sin entusiasmo, las deja en el montón y mira a no se sabe dónde.

—Me interesa el *Facundo*, ése de pasta azul.

Lo pide un argentino, pues en esta capital la mayoría lo es. Su tono es seguro, alborozado.

—Ah, sí, el de la vitrina —confirma el librero.

—¿No lo vende?

—Claro que sí, pero, ¿cómo? —levanta y deja caer sus brazos.

Observa el mozo ese cúmulo y comprende que sólo con andamio podría ser sobrepasado.

—¡Qué lastima!

Al irse aguaita intensamente al dueño. Algo no comprende.

Ese día ni los restantes pude olvidar aquella babel, ni menos a su dueño, aunque visité museos, vi calles opulentas e innumerables argentinos que se dirigían a sus respectivos teatros, ensayando, al caminar, diálogos y gestos.

De noche estuve con amigos. El librero, no, su apariencia, mezclábase a todo. Pasaba, reaparecía, miraba desde lejos. Al bajar mi vista al plato sentía su presencia. Inclusive al acostarme, y cuando salí de la cama, disfruté de su compañía. No vayan a suponer que me molestara. Me fue ligeramente simpático. Digo ligeramente porque apenas lo miré y sólo dos veces dijo contadas palabras, casi para que las oyera el interesado.

Debe de haber en un individuo cierto olor o irradiación que otros, unos pocos, aspiran o perciben con simpatía. Entonces desaparece la necesidad de hablar. Se sienten no más y se acabó la historia. Y en esto no influye que uno sepa griego y el otro sea analfabeto.

Un rato en la mañana y otro en la tarde, pues me quedaba en el camino, pasé a la librería. El dueño no dio señales de reparar en mí. Siempre pensaba algo difícil, in-

geniándose, además, para no ver a los curiosos. Les respondía de lado, como si él también fuera comprador.

No pude dejar de preguntarle, valiéndome de circunloquios, si sabía qué obras hay en cada montón. Repuso, sin notorio pesar, que distinguía las muy solicitadas.

Justamente entró un muchacho a comprar una botánica. El librero miró de arriba abajo el cúmulo y, con no menos delicadeza que si estirara un brazo roto para dejar los huesos en su sitio, asió un texto de por el medio del montón, mientras su diestra sostenía la masa de encima. Lo había envuelto en papel celeste. Sólo entonces pude cerciorarme de que a cada ramo le fijó un color.

Con el dinero de los textos adquiría sin tasa obras de diversa índole, y nunca reunía lo indispensable para construir los estantes parados.

Su examen no era prolijo: hojeaba, leía un párrafo y, si era de su gusto, dándole una palmadita al volumen lo empujaba más allá de la cima con el propósito, supongo, de no hallarlo hasta que dejara el negocio y se fuese a leer, solamente a leer, a una casita de campo, para completar sus pensamientos, pues no hacía más que meditar.

Los libros eran su única pasión visible. Solía mirarlos en conjunto, como si fuesen un hermoso edificio.

—¿Tiene las *Bases* de Alberdi?

—Hay tres o cuatro —respondía mirando el cúmulo,

esperanzado en que el volumen, por autodeterminación, saltara a sus manos.

A mediodía pasaba yo por la acera del frente. El librero comía en un rincón, tan separado de las cosas como si estuviera en un desierto.

Los madrugadores lo encontraban allí y los que regresaban del teatro también. Era posible que careciera de esposa y de hijos. Le habrían exigido quedarse más tiempo en el hogar. Podía habitar con una sobrina. Su traje no mostraba manchas.

Volaba el polvo callejero a depositarse entre la estantería y el montón. En diez, en veinte años ¿cuánto se habrá acumulado? Los de buen olfato aspiraban un olor áspero y seco.

En mis visitas, sobre todo en horas de escaso movimiento, lo vi leer a Lao-Tsé y, en otra oportunidad, un folleto sobre cómo respirar. Veíase lívido porque llegó tal vez a la parte en que se revela el modo y él, por despreocupación, lo hizo la vida entera al tuntún.

Vino un arbitrista, miró el torbellino de impresos, la poquedad de espacio libre y, atrevidamente, achacó a inercia del librero que los volúmenes se desbordaran a su antojo.

Con notoria indiscreción, puesto que el librero no daba alas para ninguna ingerencia, exclamó:

—Con lo que hay podría surtir dos librerías. Tal vez más. ¿No lo ha pensado? Arrienda otro local, espacioso, y vamos ganando dinero. Yo lo haría. También es viable una liquidación.

Quizás dónde estaba el espíritu del librero.

No tardó el entrometido en encararlo abiertamente:

—¿Cuál es su opinión?

—Sé mi negocio —y le volvió la espalda.

El imprudente se fue hablando de locura y parecidos disparates.

Quedarían unos cinco metros desocupados. El librero hubo de formar otra hilera delante del cúmulo. Me dolía comprobarlo. Cuando se hallaba solo paseábase por la acera. Su afán comprador era tremendo y su finalidad no trascendía.

Lo peor es que tuvo conciencia de cómo los libros lo echaban a la calle. Cuando se reunían varios compradores, los de atrás quedaban con la espalda fuera.

No miraba ya a la distancia, sino al espacio oscuro existente entre la estantería y el cúmulo. En dos o tres ocasiones advertí que seguía con la vista fija en ese vacío. Era su último recurso. Arrojando los impresos a esa cavidad evitaba hacer nuevas hileras. Acaso cupieran unos mil.

En la semana hubo gran demanda de textos y el montón central algo bajó. El hombre, a su manera, mostrábase

más animado. Disponía de nuevos recursos para su vicio y conservaba el espacio.

A la derecha, en un rinconcito próximo a la puerta, juntaba clásicos argentinos, encargos, seguramente, porque al atardecer caballeros con aspecto profesoral se los llevaban complacidos.

Fue un buen período. La calle estaba vibrante. A ratos grupos de transeúntes corrían seguidos por policías a caballo. Libertad, libertad. En la esquina los universitarios cantaban el himno nacional. Libertad, libertad, libertad. Al llegar al último verso seguían con el primero. Libertad, libertad. Los policías manteníanse tiesos con la diestra en el quepí. Las voces enronquecían más y más. Libertad. Y cuando les vino el agotamiento y quedaron en silencio, los policías silenciosamente los atacaron con bombas lacrimógenas.

Hube de ausentarme por unos días. No bien regresé acudí a la librería a grandes pasos, como si fuera socio comanditario. Por la calle, entrando y saliendo de restaurantes, camiserías y tiendas, veíanse militares jubilosos.

Jóvenes y obreros maduros, no sin antes mirar con recelo a las bocacalles, penetraban, vendían su lote de libros y se iban disimulándose. En las carátulas se leía: Sociedad Moribunda, Anarquía, Dogma socialista, Bakunin, Engels, Jaurés, Kropotkin. Sus poseedores también estarían ven-

diendo sus relojes, sus trajes, cuanto era dable reducir a dinero para ir en pos de la libertad y traerla.

El librero ponía el ojo en la cavidad. Sentíala llenarse y le espantaba que esta avalancha la cubriera, pero regocijábale pensar que con la vuelta de los civiles estos libros se venderían más que los textos.

Me ocupé en visar mi pasaporte y ajustar otros asuntos. En el hotel y en cualquier sitio oía: ... si el Presidente se queda en el mar ... pero si hay tanta corrupción ... cuando los militares hayan gastado el último centavo se irán ... la libertad es pobre.

Los ricos esperaban que la dictadura pusiera coto a las exigencias de los obreros, pues ya no había medio de contentarlos. Veían a sus jefes, los burócratas de los últimos grados, huyendo o expulsados de sus cargos. El proletario futbolista soñaba en que los militares limitarían las utilidades de los ricos, y cientos, acaso miles de sujetos anónimos, sin esperanza, sin entretenimientos, sin redención posible, no cesaban de preguntar: ¿han apresado a otros, a cuántos habrán muerto, quemaron más locales? El edén flotaba en la gran ciudad.

Cuando, tras unos días, volví a pasar un rato con el librero, había compradores en la acera. El fondo convertíase en torre. El librero formaba nuevas hileras, acuñando los impresos para que no se desmoronaran. Las alas lo te-

nían inquieto porque se estrechaban contra la puerta. Fuera de él cabían tres compradores solamente. Los mirones obstruían el tránsito. En días más tendría que cerrar.

Una noche, apenas bajó la pesada cortina, tuvo la sospecha de un escurrimiento.

En la mañana la reja estaba rígida. La había levantado por tantos años y costábale convencerse de que ya no pudiera hacerlo. A cada forcejeo sentía que nuevos deslizamientos la obstruían y cargaban. Sentóse largo rato, extrañado, y se enjugó el sudor.

Se le acercó un vigoroso vecino y ambos intentaron levantarla. Fue peor. Con la vibración el cúmulo central se desmoronó inconteniblemente, contra la reja. Entonces puso los candados. Quiso irse a un lugar tranquilo y pensar. Tal vez habría que traer un cerrajero. ¿No sería preferible arrojar la llave y librarse de tanta preocupación?

Al enderezarse se vio ante un par de individuos ceñudos que le mostraron una orden para requisar libros subversivos.

—Queremos ver la librería.

—Es imposible abrirla.

Los pesquisas se dieron una mirada de comprensión, y respondieron secamente:

—Eso lo dirá al Comisario.

Le ataron los brazos y partieron con él.

DON JENARO

Para Abraham Schweitzer.

CONVALECÍA de una gripe que le dejó endeble. Mientras duró su enfermedad, estuvo pensando en las complicaciones, podían ser muchas. Empero, sus dolencias disminuyeron. Preparábase para las bromas sin fin que le harían sus amigos, pues sorprende que un médico enferme.

Era delgado y bajo.

Se había recibido en los últimos años. Antes de almuerzo servía en el hospital. Cada tarde esperaba en su consulta, leyendo, a uno que otro cliente. Solían llegar conocidos que, por no ofenderle, jamás le pagaron. Alguna noche venían a buscarlo del cerro inmediato.

Tuvo un llamado temprano. Débil y todo partió al cerro Barón y entró al almacén "Calabria". Detrás del mostrador atendía una señora gorda, muy blanca, de aspecto triste. Apenas lo vio, limpiándose las manos en el delantal, preguntóle:

—¿Usted es el doctor, verdad?

—El mismo.

Sin más lo introdujo en una pequeña bodega comunicada con el interior. Fuertes olores de pimienta, vinagre y

charqui formaban una atmósfera densa, casi desinfectante; llegaron a una puertecita oscura. El médico bajó con cuidado tres peldaños y se encontró en una habitación con dos camas. En las paredes colgaban retratos de seres bigotudos y hembras opulentas, todos con algo común en la fisonomía: miraban con fuerza. En lugar de realce veíase al rey pequeñito que fuera Víctor Manuel. Al costado una ventana, sin barrotes, dejaba contemplar un huerto en pendiente, que lindaba con una calle solitaria y empinada.

En el lecho había un hombronazo, semicubierto por una frazada. Respiraba poderosamente y los pelos de su bigote se movían a cada aspiración. Como no se enderezara, le interrogó, inclinándose:

—¿Siente algún malestar?

—¡Nada siento! —respondió con voz pletórica.

—En todo caso le tomaré el pulso —e intentó asirle la muñeca, pero debió retroceder. El italiano habíase echado fuera de la cama, fulgían sus ojos y sin más le asestó una tremenda bofetada. El doctor se sintió lanzado por el aire y cayó en el otro lecho. El italiano le arrojó un rollo de arpillera. Es probable que en el acto, por haber quedado la víctima cubierta, olvidara su fechoría. Volvió a su cama y se arropó.

El facultativo permaneció inconsciente varios minutos. Al fin hízose cargo del sitio en que yacía, sin intentar nin-

gún movimiento. Miró al extraño paciente y, como le viera inmóvil, dio un salto, digno de presenciarse, abrió la puerta con la precisión de quien se juega la vida, echó la armella por fuera y, a tropezones, llegó al negocio. El susto se le trocó en indignación. Hallábase molido y agotado.

—¿Por qué no me avisó que se trataba de un loco?

—Ay, doctor, si yo misma no sé cómo estoy viva. Lleva dos días en ese estado. Suele asomarse y me tira lo primero que halla. Tengo que huir. Mi cuerpo está imposible de moretones. En los ratos en que vuelve a su sano juicio trabaja y todo lo resuelve bien. Le había pedido que viera médico y no me hizo caso. Hoy me pidió *La Unión* y puso un dedo en la lista de profesionales, ordenándome: "¡Llama a éste!" Vi que decía doctor Juan Soto, pero cómo figurarme que él no lo conociera a usted. Tiene que disculparme. Estoy tan afligida que no tengo cabeza para nada.

El galeno la miraba con encono, sin quitar el ojo de la puerta interior. Su espalda sentíala dividida en secciones que le dolían de manera diferente. El pecho tal vez lo tuviera hundido. Costábale respirar. Lo dominaba una gran indecisión. ¡Loco salvaje! Y ocurrirle en plena convalecencia. No era raro que le viniesen complicaciones. Si el demente estuviera al borde del precipicio ¿vacilaría en empujarle? Y qué curioso es el cuerpo. Mientras está nor-

mal parece inexistente. Mas, basta que un insano le aseste un golpe en el pecho para que éste asuma la más dolorosa realidad y sepa a pecho ajeno. No queda sino denunciar al demente por fea que parezca cualquier denuncia. Si no, acabará matando a alguien.

—¡Señora Martina! —gritó un muchacho de piel oscura— don Jenaro salió con la escopeta y está forcejeando por abrir la puerta del jardín.

—¿Cómo ha podido verlo? —preguntó el doctor.

—Vivo en la casa de arriba.

La señora Martina puso cara de pavor.

El médico, aunque se hallaba quebrantadísimo, huyó como si brotaran llamas a su espalda. La calle descendía con brusquedad. Pensó que no podría detenerse hasta el plan. En su conciencia febril veíase entrando al mar. Si al menos pudiera caerse sin gran daño. Sus piernas movíanse con ritmo perfecto, como si fueran de acero y sus movimiento estuvieran regidos por un mecanismo de precisión.

No obstante, sus poco halagüenos presagios fallaron. En la primera vuelta de la callejuela se estrelló con un asno. Cayó sentado y perdió en seguida el conocimiento. El asno se alejó a pacer más allá.

De un bar vinieron, a la carrera, dos gañanes. Miráronle y, pasando sus manos por debajo del cuerpo, se lo llevaron.

—¡Qué caballero tan bueno para correr! —aseguró el más joven—. Don César, traiga una copita de fuerte. Bien, ¡señor, si no es nada! Cualquiera puede caerse. Tome un traguito para que se anime.

El señor jadeaba. Después de unos minutos bebió. El cantinero, demócrata de tipo mapuche, pestañeaba inquieto:

—¿Qué será? ¿Qué puede ser? ¿Será cosa grave?

—Tome otro trago. ¡Eso es!

En la puerta había un corro de mocosos y mujeres de expresión lastimera. Espiaban en silencio, pero, a la vez que el médico se reponía, ellos fueron recuperando el habla:

—¡Es bien futre! Fíjense en el terno. Es nuevecito. ¿Quién será? Dicen que venía corriendo. ¡No parece loco! Mañoso tampoco puede ser. Andaría desastrado. Los ricos también suelen perder la cabeza. Conocí un rico. ¡Véanlo cómo mira! Una vez mi marido. ¿Querrá hablar?

—¡Vayan a freír monos a otra parte! —amenazó alguien del bar.

El doctor miró con angustia. Le dolía el pecho igual que si le hubieran pegado con martillo.

—¿En dónde estoy? Debe haberme pegado mucho. ¡Qué hombre tan peligroso! ¿Ya lo detuvieron? Es terrible.

—No ven. ¡Está desvariando! Debe ver algo. porque, dicen que venía solo, corriendo. Quizás han querido

asaltarlo. No hay nadie en la calle ni han pasado a ningún preso. Es factible que esté algo tocado. Otro rico que conocí... Quizás si lo mejor fuera llamar un guardián, pero no se merecen.

—¡No les dije que despejaran la puerta! ¿A qué viene tanta bolina? ¡Ya mocosos, raspen el cacho! —irrumpió la misma voz del interior.

El corro se alejó unos pasos.

Apoiado en uno de los gañanes partió el facultativo. No miraba. Durante un rato fue seguido por los chiquillos. Luego se fueron quedando rezagados porque el espectáculo no variaba. La pareja se perdió calle abajo.

En la esquina el médico se encontró con un guardián.

—Soy el doctor Juan Soto y vengo del *Almacén Calabria*. Su dueño, un tal don Jenaro, está loco furioso. Al examinarlo casi me mató. Vayan a buscarlo y lo llevan al Hospicio. Aquí tienen mi tarjeta. En seguida iré a dar cuenta.

—Ah, se trata de don Jenaro —dice el policía, sin entusiasmo. Pónese grave y sin más pitea. Aparece otro guardián.

—Hay que detener a don Jenaro. Le ha vuelto la malura de cabeza. Casi mata al doctor, ése que va ahí —al recién llegado se le avinagra la faz.

—Ah, don Jenaro... y con el calorcito que hace —y

saca su pito y le arranca un son doloroso. La figura de otro policía se acerca.

—Tenemos que conducir a don Jenaro al Hospicio —explica el primero.

—¡Caramba! Es forzudo y muy tragedioso.

Todos tres avanzan hacia el *Almacén Calabria*. Al divisarlo retardan el tranco, como si fueran de paseo. Don Jenaro vende y se le ve sereno. Sin embargo, no bien entran, él apoya sus manazas en el mostrador y salta al encuentro. Su mirada fulgura y su respiración dilata su velludo pecho. Los policías entienden que se defenderá. Uno avanza por la derecha, otro a la izquierda y el tercero a retaguardia, sin despegarle el ojo.

—Tiene que acompañarnos, don Jenaro.

El italiano no responde y aguarda. Los policías, temiendo que cualquier vacilación les resulte adversa, se precipitaron colgándose de sus brazos. Don Jenaro forcejó bravamente y a uno le arrojó lejos, pero el de la retaguardia se le fue al cuello. Cayeron todos y se revolvían entre los sacos de frutos del país, no sin derramar el de trigo. El que le tenía cogido de las piernas, libertó una mano para tomar de su cinturón la manea. El italiano recogió sus extremidades en ese descuido y las estiró brutalmente, disparando al guardián. Con este movimiento logró zafarse también del que le tenía sujeto del cuello, agre-

gándole un cabezazo conmovedor. Don Jenaro recibía golpes, sus mejillas estaban violáceas, pero aplicando codazos, bofetones y puntapiés pudo saltar mostrador adentro y ocultarse.

Los policías, perplejos, se sacudieron y se miraban (de hallarse en un bosque don Jenaro no sale tan bien librado).

Cerca de la puerta había una cortina humana. Por esa tácita solidaridad de los civiles contra sus semejantes uniformados, nadie ayudó a detener a don Jenaro. Los más revelaban punible complacencia.

El cabo, dándoles una mirada hostil, les gritó:

—¿Qué velas tienen en este entierro? ¡Sigan su camino! —y echó mano a su yatagán. Ninguno de los curiosos denotaba tristeza.

Los guardianes, disgustados, sin saber qué hacer, fumaban.

—Es requeteforzado el loco. A ratos me comían las manos, pero, ¿cómo se le va a pegar a un demente? Vendría el reclamo de los bachichas. A un chileno se le baja el moño no más. En seguida mejora. A los extranjeros hay que tenerlos en la palma de las manos.

—Así es. ¿Tendremos que irnos con las manos vacías? Y golpeados. De algún modo hay que llevarlo. ¿No les parece?

—Una vez le metieron cuchillo a unos yanquis que se

propasaron, eso cuentan. Su gobierno mandó buques y hubo que saludarlos para que no siguieran enojados. Ningún marino quería hacerlo. Tuvo que cumplir la orden un teniente. Este se puso muy formal, lo hizo y no demoró en darse un balazo. Así pasan las cosas. Cuando hay que aguantar, se aguanta. ¡Y no hay más!

—¿Qué hacemos, entonces?

—Usted manda.

—Digo que hay que llevarlo, buscándole por la buena, por el lado del negocio. En todo caso consultemos al oficial de guardia.

Todos echaron a andar a paso acompasado.

Regresaron al siguiente día en traje de paisanos. El italiano atendía a sus clientes, empaquetaba, cobraba, daba vueltos. Sin antecedentes, nadie habría supuesto que dentro de don Jenaro, melancólico y corpulento, primaba otro, capaz de vapulear a varios hombres, incendiar, matar a su mujer, disparar con su carabina a cualquiera porque sí, es decir, un insensato.

Al parecer recibió a la comisión sin malicia. El cabo con voz indiferente le pidió cigarrillos. Luego le preguntó:

—¿Qué tal anda el negocio?

—Se vende, siempre se vende —respondió el italiano mirando a la lejanía, como si esa circunstancia, la venta, no le afectara sino remotamente.

—En la comisaría quieren hacer una fiesta en grande. Andamos consultando precios. Se le comprará al que venda con más cuenta. ¿Le convendría a usted?

—¿Si me convendría? ¿Es al contado? Siempre conviene.

—Creo que si va ahora mismo a tratar con el oficial, podría quedarse con el pedido.

—¡Qué me cuesta! Se vende aquí, se vende allá. Todo es igual (y miró hacia Italia). Voy. ¡Martina... tráeme —y don Jenaro hizo un gesto a su mujer, que lo observaba desde lejos. Volvió trayéndole el paletó y el sombrero. El italiano acompañó muy animoso a la comisión.

Sólo al llegar a la Comisaría y sentir que cerraban tras él la puerta, comprendió. Sin tardanza una nube de policías lo había fajado como un precioso bulto y, con cierto quebranto en las costillas por resistir, fue conducido al Hospicio, en siniestro cochecillo cerrado. Allí lo recluyeron en un cuarto sólido. Resollaba, gemía, gritaba en balde. Mozos tan aventajados como él trocaronle las ataduras por una camisa de fuerza.

Desde fuera de su celda, con intermitencias, podían oírse sus gritos poderosos y sus blasfemias, pero otros insanos, excitados por su voz tonante, gritaban también y todo se transformó en bullicio anónimo.

DIEGO SILVA

A Pepe Moreno.

DIEGO SILVA perora desde una estatua. Muchos obreros ansiosos de algo nuevo le escuchan. Si el orador ataca la autoridad, el capitalismo y la religión, aunque use frases hechas, encuentran que no está mal. Diego Silva gesticula con arrebatos y expresa ideas que nadie tiene urgencia de oír. El aire trae frases aisladas: "los mármoles de Grecia", "cuando cada hombre sea una personalidad", "la divina mano de Fidias". Al descender suenan mezquinos aplausos. —Esto es hablar por darle gusto a la lengua —asegura un descontentadizo.

Yo tenía pocos años y era un dechado de ignorancia. Cuando dijo Silva me pareció glorioso. Tenía hechura de obrero y maravillábame que pudiera hilar tan seguidamente sus pensamientos, y que usase expresiones tan elevadas. Varias de sus palabras las oía por primera vez. Sentí, pues, admiración por su persona y desaprobé la frialdad de los demás. Lo felicité casi llorando.

Tras meses de no divisarlo lo hallé pintando un letrero. Sonrió esplendorosamente. Empezamos a vernos en el *Café de la Andaluza*. Era bajo, proporcionado, muy mo-

reno, con dientes blancos y ojos oscuros. También era bizco. Al hablar vacilaba, las palabras no le fluían con facilidad, sino en sentencias breves, atropelladas, pero el tono, los gestos y las repeticiones fascinaban al oyente, se entiende que en la conversación.

¡Qué hacinamiento de oposiciones hay en él! Los hechos más comunes los vierte en lenguaje sublime. Contrasta la majestad de su pensamiento con su traje, que puede caérsele a fuerza de estar roto y estropeado. Si pierde un botón, se ajusta el paletó con una trabilla de alambre. Claro que es pobre, mas trabaja y podría vestir mejor, desde luego sin manchas. Lo más seguro es que no se ve, o quizás se vea a las pérdidas y vuelva a olvidarse. Lo horrendo sería que estuviera resignado. No es el único en andar así. Los demás desastrados, al menos, viven en un rincón y no propalan fines tan altos. ¿Su tía no ve tampoco o carece de aguja?

Al mirar sus manchas, por instinto, le evitan. Y de cuanto dice apenas si aceptan algo. Creen en sus manchas. ¿Por qué no hablar con sencillas palabras?

¿Cómo habría sido Diego Silva sin la manía de copiar el lenguaje de Vargas Vila? Posiblemente amistoso, bebedor y anónimo, pero alguien o muchos le hubieran creído. Fuera de su bondad, a menudo rechazada, es original, aunque el modo de serlo acuse una pizca de desatino.

En su cuarto tiene varios tomos desencuadernados de sociología, de ensueños libertarios y de su ídolo. Debe leerlos en las escaleras, en su mísero lecho, en los bancos públicos. De ellos coge la verba relampagueante y vesánica con que pasma a unos y desata la risa en otros.

—¿Cómo van esos mármoles de Grecia? —preguntábase algún anarquista risueño.

—¡No hablo con imbéciles ni ignaros de m...! —replicaba violento, retirándose en seguida a un sitio distante. Era serio, con disposición para lo dramático, y tal vez orgulloso.

En una discusión teórica sí que participaba con pasión, mezclando ideas sensatas con frases de libros.

Al caminar con su significativo paso, dentro de sus harapos, mirando bisojamente, hacía un efecto grandioso y cómico.

—Tú eres mi hermano en acracia —solía decirme—. Eres joven. El mundo te pertenece. ¿Te queda un cigarrillo? ¡Qué bien! Hay que ser como los espartanos. En ellos la idea creatriz se transforma en acción.

En esa parte su lengua hervía, y sus manos dibujaban fugaces parábolas, frente a un vaso, en el *Café de la Andaluza*.

Tras el mostrador ésta va y viene. En la amplia sala hay mesas. Un espejo grande copia el movimiento. Oleo-

grafías decoran las paredes con damas inmaculadas y galanes arrodillados; con cazadores en trineo, que se deslizan por la estepa seguidos por manadas de lobos; con reyes pe-
tizos y reinas de porte real; con turcas de opulentas caderas que resucitan a los muertos.

El dueño, don Pío, viejecito vestido invierno y verano de borlón café, paseábase en torno de las mesas, golpeando con levedad la espalda de sus parroquianos. Dice en señal de desagrado: "¡No puede ser!", y en las demás circunstancias: "¡Tiene gracia!" Es derecho, calmoso, con el labio inferior labrado por la pipa.

Cuando alguien pone la mano en una de las mozas, increpa al propasado:

—¡Salga usted, que esta es una casa muy honrada!

No hay apelación. El pelafustán tiene que irse y si quiere maldice la independencia de sus manos.

Mas, café, dueño, servidoras y contertulios no son sino el marco de la Andaluza, hermosa y sagrada, igual a las doncellas de los cuadros antiguos. Su cabellera de azabache parte de su frente, en una masa, hasta la nuca dorada, donde se bifurca en moños ovalados. El rostro muestra unos ojos inocentes y una boca, de sutiles comisuras, en maduración para la palabra y otros requerimientos masculinos. Habla con infantil seriedad. ¿Qué pensará, qué sentirá? Se creería que nada. Hasta puede ser una cria-

tura de mero adorno, algo deshabitada. Empero, por donde vaya no habrá varón que no alabe sus perfecciones.

Diego Silva, si escaseaban los clientes, solía halagarla:

—Desperté al amanecer y vi cómo la aurora batía las sombras. Y la aurora me miraba desde la lejanía tal como usted me mira.

—Ya está con sus fantasías —replicaba ella entre grave y sonriente. Era honor verla iluminada por la sonrisa.

Sin asomo de sentimiento amoroso, lo distinguía. ¿Hacía gracia su estrafalario lenguaje? Lo cierto es que Diego Silva encontraba en ella, en verla, en mirarla, una dicha inextinguible. Mantenía soterrada su pasión. No supe que mencionara a la Andaluza delante de nadie. Si alguien podía advertirlo, no la miraba. Su pudor era igual al de un adolescente. El pobre no tenía a favor más que su sonrisa.

Diego Silva, en otro lugar, no se cohibía ante las mujeres. En la penumbra daba mucho de sí, porque no predicaban en su contra ni las desgarraduras ni las manchas de su traje. Allí las hacía reír y alguna se le sometía para empresas pasajeras.

Consiguió un tratadito de Petronio, otro de Barbey d'Aurevilly y tales o cuales páginas de Ruskin. Más de una semana anduvo con la nariz pegada a la letra, por-

que así leía, ya sentado en un banco, ya junto a una pared o bajo un farol. Le creció más el pelo, perdió algún botón y aumentaron los piquetes en su chaqueta. Con qué gusto seguía leyendo.

Pasaron otros días y, al anochecer, en el salón de los anarquistas, estuvo hablando sobre la elegancia, transfigurado, con la cabeza muy alta y con ademanes amplios. Derrochó las palabras preciosas. A ratos costaba creer que su ropa no fuera de púrpura.

Al concluir, un pintor de nocturnos y de escenas coloniales, cáustico y despiadado, le espetó:

—¡Qué hablas tú de elegancia cuando te amarras los pantalones con un cordel!

—¡Y tu madre, hijo de...!

Hubo que sujetarlo. Otros voluntarios lleváronse sala afuera al provocador.

En los corros menudeaban las objeciones.

—Este, con lo desastrado que es, nació para rico.

—Sí. Otra vez habló de mármoles. Le gusta lo caro.

—También nombró a los dioses inmortales. ¿Cómo no va a saber que Dios no existe?

—Si lo dejaran planear la sociedad futura, todo lo querría de primera. ¡Es muy exigente!

—Y cuánto ha leído; devora libros pero ¿qué hace? Mi principio es leer y, si descubro una idea sencilla, la

realizo, no le quito el hombro mientras dependa de mí. Después sigo leyendo.

—¿Quién le negaría que habla con facilidad? Lo malo es que no habla de lo urgente: liberar al proletariado.

—Lo que ustedes dicen es verdad, pero, ¿no se aburren a veces de oír las mismas críticas? También interesa saber lo que los burgueses piensan. Muchas de nuestras opiniones nacieron en la mente de ellos.

—Usted, compañero, sería bueno para diplomático. Todo lo combina tan bien.

Una noche la Andaluza no apareció en el café que, por ese hecho único, veíase desierto, lúgubre también, aunque gente había tanta como en otras noches.

Diego Silva mostróme unas láminas arrugadas, nada impolutas.

—Mira bien —dijo alargándomelas. Eran retratos antiguos, de jóvenes hermosas, casi irreales—. ¿No es verdad que ninguna puede comparársele? ¿Qué dices tú? ¿Por qué no ha venido la Andaluza? ¿Se hallará enferma?

Alguien, mirándole de soslayo, expresó cínicamente:

—Debe estar haciendo una necesidad.

Diego Silva no pudo contenerse y se arrojó sobre el malvado y, en seguida, sin dejar de injurarlo, salió. A medianoche se hizo presente. Don Pío tampoco estaba. De

mesa en mesa, en un instante, ¿pero quién? avisó que la Andaluza se había casado en la mañana.

Diego Silva, tan hablador, quedó confuso. Entretanto el piano eléctrico nos invadió con el sonsonete de sus canciones. La conversación, entre nosotros, moría. Mas, inesperadamente, Diego Silva se alzó vociferando:

—¡Estúpida humanidad!

Sin otro agregado salió a largos trancos. Su exclamación a varios movió a risa.

—Para loco le falta un pelo —expresó alguien.

Sabía que no lo era. El amor lo remecía de la cabellera a los pies. Por no verse, a lo mejor considerábase agraciado y de buena presencia. Más aún: podía creer que la Andaluza lo adoraba. Un hombre, casi aislado, puede sustentar de sí y de los demás ideas muy peregrinas. Los otros, en cambio, lo hallaban mal dotado, sin tino y sucio. En donde estuviera recibía un rechazo amable. Diego Silva, por todo esto, conservaba su amor intacto y era muy desgraciado.

No vino en los días siguientes.

La Andaluza reanudó pronto su labor de hada. Cuando rápidamente repasaba los rostros de sus parroquianos, supuse que era en busca de alguien.

Fui a casa de Diego Silva. Su tía, que nunca me recibiera sin gesto agrio, me ofreció asiento.

—Salió temprano —díjome—, pero hasta ayer pasó encerrado. No le funciona bien la cabeza. El primer día no se levantó, ni quiso almorzar, ni me hizo el menor caso. Le oí llorar. Se movía. Varias veces puse el oído en la cerradura. Debe estar muy trastornado pues decía, a menudo: “la diosa esto”, “la diosa estotro”. ¿Los libros lo tendrán así? Le tengo dicho que con esos papeles perderá el juicio. Además, él es un obrero y no un abogado para que lea tanto. Le hablo y es hablarle a un burro. ¡No sé qué hacer! ¿Por qué no lo aconseja? El le tiene cariño. Con esas palabras que le llenan la cabeza, ¡tan rudas no! dice que usted es su hermano en... ¿cómo es? Cuando lee me da risa. Parece que las letras estuvieran en gringo. A mí no me importaría que bebiera, y tuviese por ahí su ¡como todos los hombres! Suele dirigirme palabras muy bonitas, ¡se lo aseguro! y como pone cara de enojo pienso que son retos. Para cura sólo necesita sotana, pero debe ser evangélico. ¡Si le oyera cuando ataca la religión! Le digo que con Dios no se puede jugar. ¿Por qué le saldrán a los pobres hijos tan raros? Y cuando no son así —y se llevó el dedo a la sien— resultan borrachos, mañosos, flojos también. ¡Aconsejelo! ¿A quién habrá salido, Señor?

Resultó inútil buscarlo. No se asomaba por ninguno de los sitios que antes frecuentara. Tal vez le cohibía ha-

berse puesto en ridículo o la certeza de que yo hubiese adivinado su pasión.

Por casualidad, después de mucho, lo descubrí en el café de un ruso alto y macizo. Había enflaquecido y al verme se mostró receloso. Su traje ostentaba nuevas manchas y los cabellos le habían crecido a su antojo. Delante de sí hallábase una taza, el *Zarathustra* de Nietzsche. El trazaba en un cartón esta arrebatadora leyenda: *Té y Café a Toda Hora*.

Nos conversamos dos botellas de cerveza.

—La idea creatriz está aquí —con el dedo señaló la obra—. El hombre fuerte, sin prejuicios, misántropo, se va a la montaña. La ciudad queda a sus pies con su gente ignara. El vive junto a las águilas. Tú sabes que las águilas no cazan moscas.

Entonces, inspirado, propúsele irnos a un molinó solitario.

—¡Gran idea, hermano! —exclamó exaltado.

Partimos de mañana, a los pocos días. Ni a él ni a mí se nos ocurrió llevar víveres, ni menos alguna ropa. Anduvimos más de una hora por la ferrovía. El sol pegaba firme y el aire, oloroso a yerbas, producíanos un intenso placer animal. ¡Y tan poco que uno alterna la ciudad con el campo! La ciudad es para más tiempo, acaso porque en ella se forja lo nuevo. En el campo se bebe silencio y buen

—Salí temprano —dijo—, pero hasta ayer pasó el aire, desaparece la apretura, pero falta la comunicación de asuntos inesperados, pues se habla de lo que siempre se habló, prevalecen las ideas que hubo y que seguirán enraizadas a la mente campesina, aunque el tren lo una a la ciudad en minutos.

Bajaba el terreno. Los torrentes invernales habían cavado mil hondonadas y grietas. Sólo ralos cardales interrumpían la quebrada superficie.

Surgió por fin la silueta del molino. Nos sentimos contentos. Al acercarnos oímos voces, palabras que salían de las entrañas, un lenguaje endiablado. No eran pocos los gitanos que nos habían tomado la delantera.

Nos alejamos al azar.

—¿A dónde vas? —le grité a mi compañero, tratando de asirlo por un brazo.

Me apartó con alguna violencia y me dirigió una mirada inamistosa.

—No tengo nada que hacer en la ciudad. Me voy, quiero separarme del bullicio y de tanto estúpido. Mi sitio está allá —la línea azulada y lejana de la montaña. Partió y luego desanduvo sus pasos. Hurgó en sus bolsillos y alargándome el rollo de las beldades, dispuso:

—¡Tómalos! ¿Para qué me sirven?

Se fue con paso resuelto y la cabeza erguida. Lo miré alejarse. Al rato se divisaba apenas. Sentíame de alguna

manera determinante de su suerte. ¿Debería avisar a su vieja tía?

Regresé desalentado. En seguida tuve que ir al sur. Allí se apoderó de mí el ambiente y tardé años en asentarme, pues vagué de un pueblo a otro. Esa vida era un tremendo estímulo para mis sentidos. ¿Qué no imaginé, qué maravilla fue ajena a mi fantasía?

Nunca supe que Diego Silva hubiera muerto, pero tampoco pude averiguar qué había sido de él.

Mientras viva veré a ese amigo, que admiré, caminando rumbo a la montaña.

¿FAR VUS SEÑOR CRENOVICH?

A Hortensia Bussi de Allende.

PRIMERO entró el abogado y habló con un señor bajito. Nosotros aguardamos en la puerta de la peletería. El bajito era don Elías Pincas, el dueño. Luego avanzamos hasta el centro. Fuera de don Adolfo Crénovich —mi patrón—, encontrábanse allí el comerciante Angel Morgesqui, un individuo sin nombre y yo.

La tienda era angosta pero profunda. A la diestra, adosado a la pared, existía un armario anchísimo con abrigos. Algo más afuera, paralelo a éste, estirábase el mostrador hacia el fondo y, antes de alcanzarlo, torcía a la derecha y se empotraba en el muro. En el lado izquierdo veíanse los probadores, los sillones y el altillo del taller, en ese momento solitario.

—Podemos comenzar, señores —dijo el abogado.

Las tiendas hallábanse abarrotadas porque los deseosos de comprar carecían de dinero. ¿Qué se había hecho? Parte emigró y el resto reposaba en las bóvedas bancarias. Unos cuantos prójimos buscábanlo briosamente en el bolsillo de sus semejantes.

Los mayoristas debían a los proveedores del extranjero;

imploraban postergaciones los comerciantes al detalle. Los falsos caballeros, que adquirirían pieles a plazo para halagar a sus esposas, excusábanse sin abonar un centavo. Optaron, los mayoristas, por recuperar la mercancía. Así podían conmovier a los gerentes con inventarios más densos. Esta era la razón de nuestra visita.

Morgesqui pidió primacía en la elección de su parte. Debía regresar sin tardanza a su negocio. El abogado accedió. Mosgesqui era un pecador de rostro triangular, amplia frente, ojos irritados, nariz aguileña y agudo mentón. Tenía color rojizo y expresión entre severa y piadosa. Flotábale el chaleco en su pecho hundido. Su aire era de enfermo. El acompañante sin nombre podía ser su socio o su empleado de confianza. Era pálido, cariancho, fofo y común en estatura y personalidad. Todo en él parecía esfumarse. Manteníase sin mirar a ninguno, ni tropezar con nadie, silencioso, diluido, pero íntimamente en guardia. Sin hacerse notar le aproximaba a Morgesqui paletó tras paletó; después de una estola otra estola; tras un zorro negro otro amarillo.

Mosgesqui, que tasaba un abrigo de murmel, de coste cercano a los ochocientos pesos, inició su salmodia:

—Paletó de murmel, de tercera, quinientos.

El abogado anotaba. Luego, sonriente, seguía un ritmo con el lápiz. Empero, cuando transcurrió un rato, fue en

busca del señor Pincas, que permanecía inmóvil en la curva del mostrador, mirando a través del muro, de modo que nos daba la espalda.

—¿Por qué no viene a comprobar si el avalúo corresponde a su costo?

—Caballero —respondió don Elías—, padezco del corazón y no puedo sufrir molestias.

Se mantuvo en su lugar, muy erguido, echando bocanadas de humo. Era flaco y apergaminado.

¿De dónde surgió esa mujer llorosa? Con su cuerpo maternal, su faz blanquísima y su encendida cabellera avanzó cual abeja desorientada.

El tendero Morgesqui seguía calculando, con pesimismo, las piezas que el sin nombre le acercaba.

—Estola imitación nutria, de tercera, doscientos.

La mujer, ¿era la esposa de don Elías?, con voz de llanto interpeló a Morgesqui:

¿Far vos, señor Morgesqui?

Esta pregunta, cuyo sentido desconocía, me aflojó el ánimo. ¿Cuál era su significado? ¿Por qué, al decirla, su tono se henchía de sufrimiento?

Morgesqui, de temperamento más estable, le dirigió una mirada heladísima y larga, reanudando al segundo la tarea de recuperar lo suyo con apetecible plusvalía.

La señora del dueño, sollozando, dejóse caer en un sillón.

Mi patrón, apartándose un tanto del grupo, adoptó una rigidez que no se compadecía con su naturaleza. Era alto, con algo de cortesano, expresivo. Le hubiera encantado negociar hablando, no de mercaderías, sino de lecturas y de viajes.

El abogado requirió al dueño:

—Es necesario, don Elías, que intervenga y diga si está bien la apreciación que estos caballeros van haciendo.

El dueño no quiso ni volver su cabeza. Habíase empeñado en mirar una oleografía. Rusos barbudos, envueltos en pieles, corrían en trineo bajo el asedio de terribles lobos negros.

—Paletó de colinsqui japonés, de segunda, mil novecientos —canturreaba el bueno de Morgesqui. Solía soplar la piel para ver el fondo. Y luego quedábase convertido en adobe.

—Don Elías: insisto en que venga a cerciorarse de la tasación —expresó el abogado con voz firme y considerada.

—Sí, sí, roben —contestó desde su lejanía.

La esposa arreglaba cualquier objeto, movíase sin rumbo, con el rostro mojado de lágrimas y un sollozo intermitente.

Llegó a término el trabajo de Morgesqui. El sin nombre hizo dos o tres líos y desapareció con ellos. Morgesqui, luego de firmar un documento, saludó con gravedad. La señora de don Elías, al verle partir, dio un alarido.

Nos llegó el turno. Reemplacé al sin nombre y traía un abrigo y otro; un paquete de zorros, napas de astracán, de todo.

Mi patrón anunciaba:

—Un paletó de colinsqui ruso. tres mil. Dos zorros plateados, seis mil, diez napas de nutria hudson, tanto.

Es justo indicar que mi patrón indicaba precios equitativos, según mi conocimiento de sus costos.

—Ahora aparta mercadería el señor Crénovich. ¿Quiere, don Elías, enterarse? Usted es el dueño. No me gustaría que reclamase después.

No respondió. Aunque estaba en el mismo sitio parecía símbolo. Su mujer, en cambio, corrió presurosa, llorando como si recién lo hiciera.

—¿Far vus, señor Crenovich? ¿Far vus, señor Crenovich?

El efecto de su interrogación fue abrumador. Había enronquecido y el acento era más profundo y lacerante. Sabía yo que esas palabras son de la lengua idish, pero ¿qué significan? ¿Por qué las repetía invariablemente? Lo

cierto es que se me metió en el cuerpo la idea de estar participando en un robo.

Mi patrón trabajaba con celeridad, sin abandonar el cigarrillo y esquivándose a la terrible inquisición de la señora.

Esta rondaba en torno de él, trémula:

—¿Far vus, señor Crenovich?

Sin saber por qué, yo mismo temía afrontar su mirada. ¿Qué diablos quería decir en su yargón? Comprendí que no era el instante de preguntarlo.

¿Far vus señor Crenovich?

—Señora, usted debe comprender que estamos cumpliendo una orden judicial. Su actitud hace más enojosa nuestra tarea. Le ruego moderarse —advirtiéndola el abogado.

Ella no comprendía este lenguaje y miró el ropero semivaciado ya.

—Un paletó de nutria natural, cuatro mil.

—¿Far vus, señor Crenovich?

Mi patrón encendió otro cigarrillo, hizo el ademán de alejarla y desganado prosiguió su labor. Al fumar tanto y tan seguido era evidente que su sensibilidad le traicionaba. Contra el llanto nada podía.

El dueño paseábase dentro del mostrador, sin mirarnos. Parecía centinela abstraído.

La esposa hizo vibrar su acongojada pregunta:

—¿Far vus, señor Crenovich? ¿Far vus, señor Crenovich?

Su instinto le avisó que no se equivocaba. Aunque su desesperación era sincera, inconscientemente tal vez, el estribillo servíale de herramienta. Su demanda y sus roncossolozos iban desarmando a mi patrón, que interrumpió su faena para encender un nuevo cigarrillo. Caminó hacia la puerta, pero la señora siguióle con su pavoroso far vus.

Por fortuna, había separado alrededor de cincuenta mil pesos, suma poco menor a la autorizada por el juez. Se firmó el acta. Conseguimos llevar las pieles al automóvil, no sin que la esposa intentara detenernos, amén de sus lamentos que perforaban los huesos. Desde la calle oíase el llanto con que la mujer nos despedía. El viaje fue silencioso. Durante el trayecto, el señor Crénovich encendía un cigarrillo en la colilla del anterior, respiraba anhelante, igual que si acabase de terminar una lucha.

Ya en su casa pusimos las pieles en la antesala, que está a la entrada, en el lado derecho. Nunca se pudo aprovechar esa habitación. Se puso el piano, pero se veía mal. Fue trasladado al salón y quedó tan bien que ganas daban de tocarlo el día entero. Entonces volvió a surgir la necesidad de darle destino al cuarto. Lo alhajaron con media docena de sillas, una mesa de centro y un florero suntuoso. Tampoco resultó. Lleváronse esos muebles y trajeron un sofá y dos

sillones hermosos; además colgaron cuadros que invitaban al ensueño. El efecto no varió. La salita no tenía gusto a nada. Dándose por vencida, la familia retiró muebles y cuadros y la dejó cerrada. Fue peor. Hubo que entreabrir la y sólo así quedó bien. Brillaba el encerado y un halo sugerente se esparcía en ella. Era agradable, de vez en cuando, asomarse. Al dejar dentro los atados de pieles la pieza cobró un aspecto asaz extravagante.

En el hogar de mi patrón los almuerzos eran alegres. Sentábanse a la mesa no menos de diez personas y cada una tenía ideas que comunicar. Salvo el señor Crénovich y doña Luisa, su mujer, los demás hablaban fuerte, seguido y al mismo tiempo. Se producían conversaciones cruzadas y cada cual oía solamente a su interlocutor, excepto un abogado de gruesos lentes que, sin perjuicio de hablar con singular entusiasmo, solía oír todos los diálogos. Quien no fuera ducho, aunque hubiese estudiado en La Sorbona, perdíase en ese océano de palabras.

Mi patrón contó en forma escueta nuestra actividad mañanera. No estaba contento. Probó los platos apenas y antes del café subió a dormir su breve siesta.

Pregunté y supe que far vus es semejante a por qué, pero de lava ardida aquél, y el sinónimo castellano, hasta en los momentos más dramáticos, no pasa de rescoldo. La

palabra far vus y otras del idish conmueven como notas de violoncelo. Extraña que todos no las digan llorando.

Pasamos a la biblioteca a jugar dominó. Por el gran ventanal de esta sala veíase el jardín y la calle.

Cuando terminamos la partida miré, despreocupado, y vi que la señora de don Elías, con los hombros cubiertos por un chal amarillo, asíase de la verja a dos manos y llorando miraba la mansión. Era tremendo verla. Mis compañeros, no muy inclinados a la tristeza, no pudieron sobreponerse a la impresión y quedaron silenciosos después de mirarse unos a otros. Era seguro que, tan pronto como se abriese la puerta, con toda la fuerza de su garganta gritaría su frase de vida o muerte. Padecer durante la mañana el azote de tal muletilla no fue fácil; para volver a sufrirla en el mismo día ¿quién tendría aguante?

El señor Crénovich se extrañó de encontrarnos tan callados, pues no era esa la costumbre. Con un gesto le señalamos la verja. Todo fue ver a la señora y llevarse sus manos a la cabeza.

—¡Pero esta mujer no me dejará vivir! Es atroz. ¿Por qué se meten en los negocios las mujeres?

Me levanté para seguirlo, pues debíamos irnos a la peletería. El fumaba con prisa y, nervioso e irresoluto, daba pasos al azar. Salió y se detuvo en el pasillo, caviloso.

No pude auxiliarlo con ninguna sugerencia.

Había visto bien a la esposa de Pincas y comprendió que su terrible pregunta la tenía apretada en los labios. Esperaba allí, temblorosa, herida por la incertidumbre. Apenas él se dejase ver irrumpiría con su ¿far vos, señor Crenovich? ¿Con qué nueva y lastimera entonación la espetaría? Sentíase incapaz de resistirla.

Tras fugaz vacilación avanzó y, sin ruido, abrió la puerta. Antes que la señora notase su presencia, gritó a todo pulmón:

—¡Venga! ¡Lléveselo todo!

La mujer se transfiguró, dio un vuelo hasta la esquina y volando trajo una carretela. De otro vuelo entró a la antesala; cogía brazadas de pieles y partía, y volvía, y partía. En minutos la antesala recuperó su atmósfera sugerente y desierta.

EL TOCADOR DE ARMONICA

Para Arabella Plaza

MIRABA cachivaches en la feria. Un vejete producía rancos sonidos en una armónica que supuse llena de mohó. Hallábase junto al cambalachero, frente a mí, pero algo distante porque el mesón era ancho.

El tocador bordearía los setenta. Era de escasa estatura, flaco, de rostro vivaz, cobrizo, y de bigotes y moscarralos. Hasta sus arrugas denotaban astucia. Tocábase con una gorrita negra.

Ensayó la armónica una y otra vez, luego la dejó para hablar con el cambalachero. Pensé que deseaba comprarla, creyendo que la había descubierto entre los objetos que allí se exhiben. No sin dificultad alcancé a escucharle:

—Los que oyen son muchos, pero entienden uno o dos. ¿No es dicho de gran músico? Era un pillo o un sujeto común, iluminado con esa vanidad infinita que se da en los artistas.

Sólo entonces comprendí que el pequeño instrumento era suyo. Varias personas buscaban no se sabe qué, acaso enseres que les robaron.

El vejentón se irguió, adoptando el porte del orador del

sacerdote o del artista, que da tiempo a la inspiración para que divinice lo que ellos saben de sobra, y sólo después de esta silenciosa espera se llevó la armónica a los labios. Tocaba bajito, pero era una composición con variedad melódica y riqueza de acentos que se oía nítidamente. Nunca escuché algo tan hermoso ni pensé que la música de boca fuera tan expresiva.

Cuando cesó, puse en sus manos un billete. No hubo imitadores. El tocador de armónica mostróse entre despectivo y jocosos y, mal agradecido, expresó a mis espaldas:

—Hay que recibirles para que no se acostumbren a mezquinos.

Debí darle más, pero había resuelto brindarle esa suma por tocata. La originalidad trae molestias. Me quedé en silencio, simulando mirar fruslerías en el mesón de atrás, de modo que le daba la espalda. Deseaba seguir oyéndolo. No tenía ningún quehacer y la música, aunque no la entiendo a las derechas, me convierte en su esclavo. Gustaríame comprenderla como las palabras familiares. Estas pueden englobar varios significados, pero el tono, la frase en que figuran y hasta los gestos del hablante precisan en cual recae el sentido.

No la comprendo, la siento y nunca deja de enriquecer mi ánimo. ¿Cómo explicarlo? Quizás suponiendo que uno también esté formado de cuerdas, y que éstas vibran

aún después que la música exterior termina. Estas vibraciones se transmutan seguidamente en propósitos puros, trascendentes.

Quando mi espíritu se empobrece, me asemejo al quisco de tierra baldía que, si tarda demasiado la lluvia, a pesar suyo, renuncia a su cuerpo visible y mantiene su savia en las raíces, pero basta un son armonioso para que me encienda, para que revivan tantos valores que otrora me conmovieron. El disfrute melódico me llena de intenciones generosas y creo una vez más que se vive para algo.

Por hallarme de espaldas, apartado, no supe si el vejentón proseguía en sus decires mordaces. Gozaba aún con el eco de esa deliciosa composición, que debió crear un músico culto. Era una filigrana. ¿Cómo joya igual llegó al oído de un hombre tan humilde y se le grabó?

Mas, de nuevo sonaba la armónica. Me volví para no perder nota y también por respeto al artista anónimo, que el diablo se lleve. No hizo sino verme y separó la armónica de su boca con ademán de rechazo. No fue necesario que dijera: "¿De modo que usted quiere un concierto por diez pesos?" porque ese era el fondo de sus aspavientos. A su mal espíritu unía un arranque sádico. ¿Qué músico, aunque se requetesobrestime, no es consecuente con su público? El vejete debía creerse por lo menos descendiente de Orfeo. Puso su armónica en una gastada cajita, la guardó en el

bolsillo interior y se alejó, muy orondo, con una sonrisilla insoportable para quien estuviera en el secreto.

A pesar de su engreimiento anhelaba escucharle otras melodías. Era alguien, me conmovía y acaso, tocando, se purificara de su tonta manera de ser.

Anduvo en línea recta en busca de nuevo público. En cada venta había curiosos. Lo seguí a distancia. Cuando encontró un lugar concurrido y adoptó su aire de inspirado, un cambalachero alto, macizo, con desprecio por sus propios y los demás oídos, movió el conmutador de un altavoz. Emitió ruidos metálicos atronadores, desacordes, que despertaban el deseo violento de tener un martillo para destruirlo.

El viejo de la armónica se apoyó en un poste, agriado. Podía estar la mañana entera sin esperanza de hacerse oír, aunque lo suyo fuera tan grato al oído y al entendimiento.

No me asocié a su callada desesperación y, mientras escapaba del pavoroso altavoz, no quise encontrar malo que el tocador de armónica se hubiera ganado ese disgusto.

CASA VERDE

A *Marta López Maturana.*

ESA CALLE era la espina dorsal de un barrio de manufactureros y comerciantes. Si mil o cinco mil prójimos, desnudos, entrasen de sopetón en su variadísimo comercio, podían salir vestidos, con muebles, vajilla, comestibles, herramientas, enseres para todas las necesidades, y muchos en bicicleta. Sólo para adquirir edificios, buques o tierras de labranza tenían que ir al centro de la ciudad.

Hallábase en la tercera cuadra la Casa Verde, vendedora de música noble, religiosa, profana, vulgar o lamentable. Cerca existían escuelas de donde egresaban, cada año, profesores, guitarristas, cantores, pianistas, sujetos que manejan instrumentos de percusión y de viento, cuyo destino era repartirse por el país.

Todos, de cerca o de muy lejos, acudían en procura de novedades a la Casa Verde, siempre repleta de clientes. Su dueño, don Fabián Delgadillo, con la prosperidad adquirió cara de luna, busto opulento y fornidos brazos.

En la segunda cuadra quedaba la Imprenta Maragall. Su pared lucía un verde intenso. El propietario, don Pau Más i Pi, alto, de rostro severo y alargado, también pros-

peraba. Imprimía libros de contabilidad, revistas, planillas, facturas, almanaques, lo que cayera. Si el interlocutor era paisano suyo, Más i Pi expresábase solamente en catalán, con arrebató, con unción, durante horas. Eran sus momentos más felices, pues temía olvidarlo.

No pocos de los melómanos que buscaban la Casa Verde, se metían en su imprenta, engañados, acaso, por el color del muro. La cajera gritaba:

—¡Más adelante! En la esquina inmediata.

Dicha señorita, porque los preguntones eran incontables, vociferaba la misma respuesta ante quien se presentara, sin excluir a parroquianos o conocidos del impresor, debido a que todo hablante asociábasele a la pregunta: “¿Esta es la Casa Verde?” que oía a diario, veinte o más veces. Ante el estupor de uno que otro, no sin dificultad, superaba su automatismo. Al cierre de la imprenta, ya anocheciendo, mientras se dirigía a su hogar, si su mente no vibraba con una preocupación íntima (el ansia de ser amada desde su cabellera, sin exclusión de nada, por un joven alto y rubio) repetía, sin poder evitarlo: “¿Esta es la Casa Verde? Más adelante. En la esquina inmediata”. Era un tormento.

Una mañana el señor Más i Pi descubrió que a ese río de billetes, monedas y cheques, en viaje permanente a la Casa Verde, podía hacérsele un reguero que desembocara

en su imprenta. Buscó los pro y los contras situándose en ángulos diversos. Había más, pero muchos más pro que contras. Era una idea seductora. ¿Le pondría el hombro?

Visitó a don Fabián Delgadillo.

—Durante el día entero mi cajera da su dirección a los que entran a comprar música.

—¡Hombre, le agradezco el favor que me está haciendo!

—... ella tiene bastante trabajo y con esto pierde tiempo. ¿No podría darme un surtido, a consignación? Así yo ganaría algo y usted un poco más.

El señor Delgadillo respondió, no sin arrogancia:

—¡Oiga usted! Mi casa es muy conocida y tiene más clientes de los que se pueden atender. Todos vienen aquí. ¡Mírelos! Si no hay dónde poner el pie. Me acuesto rendido y ocurre igual un día y otro, de modo que no necesito sucursales —y de soslayo miró al impresor como si fuera mendigo o sablista.

Don Pau Más i Pi se despidió con un ¡muy bien! Era cejudo y tenía mirada de inquisidor.

Como no disminuyera la afluencia de solfistas, estudiantes, cantores y señoritas melodiosas, hízose recomendar una joven entendida, que le guió en la elección de partituras y composiciones populares. Puso, junto al mostrador

que atravesaba la sala de lado a lado, un mesón en declive, tan largo como aquél.

—Cuando entre alguien —ordenó a la cajera— y pregunte si es ésta la Casa Verde, ¡cuidado con olvidarlo! responde: ¡la música está a la vista!

A solas la cajera quiso llorar. Había dicho, día tras día, cerca de dos años: “¡Más adelante! En la esquina inmediata”. ¿Cómo, de repente, exclamar sin equivocarse: “La música está a la vista”? No era fácil. Desgraciadamente, si se confundía, el patrón, fuera de amonestarla, quizás la echase. ¡Qué mala suerte la suya!

—¿Por qué no escribe esa contestación? —le insinuó la subcontadora, mujercita de humo, cuya única realidad era su nariz aguileña.

La cajera encontró providencial esta sugerencia. En ratos desocupados, sin testigos, en la imprenta y en su dormitorio, musitaba hasta fatigarse: “¡La música está a la vista! ¡La música está a la vista!”

Pudo haber transcurrido un semestre y el señor Delgadillo observó que los compradores iban raleando. ¿A qué motivo atribuirlo? El surtido era completo, los precios bajos y buena la atención. La prueba es que nadie salía sin comprar. Buscó la causa en los repliegues de su espíritu sin descubrir indicio ninguno, hasta que su memoria, viéndole afligido, le sugirió: “Recuerdas tu entrevista con

Más i Pi". Delgadillo se preguntó: ¿Me hará competencia el catalán? Tomó por la acera del frente. En la imprenta Maragall había público y la música casi estaba en la calle. Al volver sobre sus pasos veía salir a unos y que otros entraban, no en cadena, pero a menudo. Era probable que algunos entrasen por negocios de la imprenta. Los demás eran compradores de música. Advirtió que el color de la pared era verde, de un verde claro rabioso. ¡Esta debía ser la causa de la confusión! En cambio su Casa tenía el muro pintado de gris. ¡Y se llama Casa Verde! ¿Cómo no se le ocurrió nunca que el verde daría más fuerza al nombre? Es cierto que tampoco hubiera imaginado que, tan próximos a su negocio, existiesen otros tan peregrinos como el de colchones, el de timbres de goma, el de zurcidos y que en el pequeño almacén del israelita se vendieran dátiles. ¡Y qué ir y venir de personas! Era gente modesta que portaba paquetes redondos, voluminosos, seguramente sin una pieza de música. Los pobres no le sirven al comerciante, ¿qué pueden comprar? Quizás sea distinto en Estados Unidos y en Rusia. Si los trabajadores ganaran más, esa calle y las adyacentes serían manantiales de oro. ¿Cuándo llegará ese tiempo dichoso? Tal vez el día de San Blando.

Regresó a su casa algo deprimido, pero ordenó que

inmediatamente se contratara un pintor y se diesen a la muralla varias manos de verde, en tono claro y alegre.

Volaron otros meses sin que la demanda compensara las manos de pintura. Don Fabián Delgadillo, pálido de rencor, reputaba al señor Más i Pi de falsía, pues aprovechaba una apariencia para arruinarlo. ¿Podía tolerar tanta burla?

Lanzó un volante *Al Público*, redactado así: "Un comerciante en pugna con la ética, de giro diverso, pretende hacer competencia desleal a la Casa Verde, cuyo buen nombre y rectos procedimientos son de sobra conocidos. Rogamos a nuestros favorecedores no dejarse embaucar por esa firma inescrupulosa y acudir a la verdadera Casa Verde, tan antigua en el ramo, en donde serán atendidos con prontitud y esmero".

Una hoja cayó dentro de la imprenta. Apenas el señor Más i Pi la hubo leído, mandó al mozo que alcanzara al repartidor y le pidiese más ejemplares. Los hizo pegar en la pared, de izquierda a derecha. Los transeúntes deteníanse a leerlas y daban por cierto que el impostor era el otro. Después de la lectura entraban los simples buscadores de música, los que conocían de mención la Casa Verde y clientes ocasionales de ésta.

El señor Delgadillo no emprendió nuevas iniciativas, salvo la de menudear su visiteo a la oficina de marcas co-

merciales. A intervalos aparecía en sus labios una mueca cruel.

Sus empleados acogían a los parroquianos sonriendo, ligeros, muy obsequiosos. Si eran personas mayores las acompañaban hasta la puerta. El mismo señor Delgadillo, tratándose de compositores o de figuras relevantes del Conservatorio, los escoltaba con demostraciones de consideración extra, gritando a sus dependientes: "Tráigame Bach; bajen todo Chopin!"

Esta recepción retuvo a la clientela antigua, pero ya no se veía esa multitud de mujeres y hombres anónimos pidiendo esto y aquello. ¡Oh, tiempos!

La imprenta, tal vez por hallarse más cerca del nudo de movilización alargaba sus mesones en declive, superponía otros, colocaba esquineros, repletándolos de mazurcas, aires tristes, danzas, canto llano, canciones sobrecogedoras, sonatas, marchas y piezas para cada uno de los instrumentos en uso. Se vendían kilos de Gardel, resmas de estudios de Chopin, centenares de obras clásicas y cuecas por millares. Acudían hasta señoras que tienen academias musicales en provincia, y llevábanse cargamentos de partituras con que sus alumnas acallan el gorjeo de los pájaros.

Una mañana presentóse en la imprenta un caballero delgado, con anteojos oscuros, nada risueño. Declaró que era

receptor. Exigió al dueño bajar el letrero. Figúrense la sorpresa del señor Más i Pi.

—Debe tratarse de un error. Desde su comienzo esta imprenta se llama Maragall.

—Sin embargo, en el registro de marcas comerciales figura como propiedad de don Fabián Delgadillo. El reclama contra usted por uso indebido de su marca. Le concedo una semana para que descuelgue o borre el rótulo. ¡Oigame bien! Además le queda prohibido usar el nombre en facturas, impresos, sellos, cuentas comerciales, correspondencia, litigios, propuestas, etcétera. En una palabra: no puede emplear la expresión Imprenta Maragall. Volveré dentro de ocho días a comprobar que usted ha cumplido estas exigencias de la ley.

El impresor meditó a desmayados pasos. Parecía león triste. ¡Para qué decir cuánto fumó! Es seguro que su cerebro trabajaba a grandes velocidades. Su aspecto no era recomendable en ese instante, puesto que de ordinario era bastante sombrío. Las imágenes del receptor y del astuto Delgadillo cruzábanse en su pavoroso encono, monstruosas, horripilantes.

En la oficina de marcas le dijeron que el asunto era algo ejecutoriado, no le cabía sino aventar de su memoria la combinación de imprenta y Maragall. Tenso entró a su despacho, metido dentro de sí, como hombre que ya no

duraría. Los operarios al verle se pusieron a trabajar con locura, poseídos por la celeridad.

Don Pau Más i Pi buscó con la vista a su empleado de confianza, sentóse con éste en un rincón y durante media hora no se oía sino el resonante catalán. De lejos veíanse gestos de misterio y de pasión.

En la tarde varios tipógrafos confeccionaban frágiles bastidores que, en un periquete, revestían de cartón. El teléfono chillaba; hombres y mujeres corrían bajo la mirada severa de Más i Pi. Este solía desaparecer por momentos, entraba, encendía otro cigarrillo, revisaba lo hecho y ponía el ojo en los operarios distantes.

Desde temprano, en la mañana siguiente, descargaban envoltorios enormes. Después de almuerzo continuó la alborotada actividad. Un pintor borraba con pintura verde el letrero del frontis. Pasó Delgadillo, disimulándose, pero complacido del enceguecimiento que perpetraba el hombre de la brocha. Sintió deseos de silbar una melodía de su niñez, y lo hizo. La cajera, al ordenar las remesas de música que entraban en serie continua, movía sus labios, acaso para seguir repitiendo que ¡la música está a la vista! Más i Pi, general mudo, daba pasos para acá y para allá fumando con energía.

Al comenzar el movimiento mañanero, la imprenta sin nombre tenía cubiertas las paredes de avisos muy grandes

ofreciendo *Toda La Música Con 50% De Rebaja*. Las letras, irregulares, temblorosas, trazadas por manos ajenas al arte, con tinta negra, y chorreadas, infundían al anuncio sentido de verdad.

En la tarde la gente ocupaba también la acera. Los del Conservatorio y melómanos sueltos luchaban por colarse.

Y en la verdadera Casa Verde era acontecimiento que entrara alguien.

Delgadillo, que se asomó a indagar, paseaba tras el mostrador y con balas, dagas y mazos imaginarios aniquilaba al perverso Más i Pi. Ya lo tenía en el suelo, inerte, sin pulso, convertido en cadáver, pero no le bastaba. Entonces, con una tea le puso fuego a la imprenta. Al principio eran llamas, después ceniza, pura ceniza y como no hay prisión, ni condena ni escarnio para el malhechor imaginario, seguía libre, respetado, pero con muchas dudas acerca de su porvenir.

LA PELEA

A Gerardo Larrain Valdés.

ARTIDORO ISRAEL caracterizábase por su nariz más que aguileña y su manía gesticulatoria. Tenía piernas de hombre pequeño y talle de grande; andando era bajo: sentado veíase alto.

En su tenducho de muebles trabajaba con su mujer de cabellera rubia, mirar triste, piel sonrosada y formas opulentas que impedían, a quien la mirase, todo desvío vegetario.

Artidoro ya no tenía perspectiva y amaba, por sobre todo, el box. Gustábale ir a las peleas, aplaudir los golpes certeros y celebrar las argucias de los campeones.

Un sábado, porque no lo guardaba ni sabía gozar de la contemplación, salió del Hipódromo Circo casi delirante. Marchaba con la multitud. Los demás transmitían sus impresiones a gritos, ayudándose con toda suerte de ademanes; tropezando en los baches, tomándose de las solapas, dando a la voz diversas entonaciones y entrando en las tabernas en donde, con los licores, el común entusiasmo se vigorizaba.

Artidoro también penetró a un bar con dos conocidos;

también bebió y los fue a encaminar hasta la garita de los tranvías. Desanduvo el camino; le sobraban deseos de comentar la pelea, de vaciar sus emociones. ¿A quién confiarlas a esa hora?

Junto a la mole dormida y amarillenta de la estación, aguardaban los vehículos a no se sabe qué tren. A la entrada del puente mozos vagos rumiaban peligrosos pensamientos.

Dejó atrás el puente. Eran raros los transeúntes y, por lo intenso del frío, iban con sus cuellos alzados y las manos perdidas en los bolsillos.

Al llegar a la esquina halló a su amigo Juan Ramírez que, con un maletín en la diestra, aguardaba el tranvía.

—¿Qué haces?

—Vengo de Valparaíso.

—¿Sigamos a pie? ¡Espléndido! Ah, no sabes lo que has perdido; si hubieras visto. Eso sí que se llama encuentro —Artidoro tomó el lado externo de la acera. Con sus gestos hacía que Ramírez se detuviera o aminorase el paso. Cada tanto lo apretujaba contra el muro. Ramírez le seguía con simulada atención.

—Sí, sí, ah —eran sus respuestas.

—El más gallo resultó ¿adivina quién? Pues, Narváez. Fíjate: en la primera vuelta le entró un recto al corazón. ¿Sabes con qué objeto? Para fatigarlo. Eso es. El

chato Vergara le enderezó uno a la oreja, de escaso efecto.

Tal vez para ilustrar el relato le aplicó a Ramírez un golpe sintético en el pecho. Habían dejado atrás el Convento de las Carmelitas. La garúa, insidiosamente, comenzó a tupir.

—Pero si yo no soy Vergara —contestó Ramírez en tono fingidamente jovial.

Artidoro pudo no oír o si oyó no quiso recoger el dejo de hastío que la voz de su amigo ponía en las palabras. El virtuoso del box relataba la segunda vuelta. Ramírez quería llegar a su casa y meterse entre las sábanas porque, fuera del cansancio, tiritaba.

—Ocurrió algo increíble —agregó el obsesionado Artidoro—. Al parecer Narváez no tenía tiempo de atacar. Iba de una punta a otra de los cordeles, a la defensiva. Vergara se la tragó y arremetía firme con golpes largos y cortos que el otro anulaba de manera mágica. ¡Qué buena defensa tiene el condenado! Todos los movimientos precisos, justos. Detenía con seguridad los rectos, que menudeaban, y los golpes al estómago. Vergara es acometedor, pero medio inocente. Acezaba. Y la gente, la galería estuvo repleta, aplaudía como mala de la cabeza.

“Comienza la otra vuelta. Vergara se abalanza una y otra vez. ¡Es contra nada! Narváez sigue parando los golpes. La picantería protesta y grita a Narváez que haga

pelea, que ataque, pero éste continúa cansando a Vergara sin considerar los gritos. También se anota Vergara esta vuelta. Ya el pobre no da más. El hijuna de Narváez está fresquito. ¡Qué sinvergüenza más grande!

“Suenan la campana; no cesa la gritería porque no comprenden el juego de Narváez. Este le asesta, por fin, varios puñetazos. Vergara se tambalea. Por suerte para él vuelve a sonar la campana. El round es de Narváez que se muestra tan animoso como al principio. El pobre Vergara está con una ceja partida y las mandíbulas como bofes. Anda desatentado.

“Empieza otra vez la pelea. Narváez hace un lindo juego de piernas. Se estrella contra Vergara; le endereza un bofetón, se aleja, repite el mazazo. Y así. La galería ni chista. Es un tremendo silencio en el que sólo brillan montones de ojos. Vergara está para nunca”.

A la vez que relata, toma a su amigo de las solapas, lo empuja contra la pared, lo detiene y los golpes más notables se los aplica, por suerte, disminuidos.

Juan Ramírez, flaquísimo, avanza, se desvía unos pasos o se enfrenta temeroso al apasionado narrador, no precisamente porque la emoción lo embargue. No. Está más cansado aún y muy aburrido. Si no fuera tímido ya le habría dicho a su amigo que lo dejase en paz.

La pasión de Artidoro, desmesurada según él, lo emba-

raza y, aunque de mala gana, prosigue escuchándole y esquivando, lo que para desventura suya no logra siempre, los golpes demostrativos.

Se extienden un helado silencio y una neblina densa, que van borrando el perfil de las casas, el de la calle misma. Caminan en un limbo.

Juan Ramírez apresura el paso, hace quites y movimientos estratégicos. Artidoro no se percató, ya porque se tomó de su brazo, ya porque con ambas manos lo sujetó.

“Viene la quinta vuelta. En balde le echan agua al chato Vergara, le abanicán y le hablan al oído. Está en la silla sin ánimo, más ausente que un bulto. Se levanta al fin. Va contra Narváez y quedan en clinche dos o tres veces. Narváez le entra golpes ligeros. Parece dispuesto a prolongar la pelea y ahí viene lo inesperado: Vergara le asesta un puñetazo en la barba, ¡tan descomunal! que consigue levantarlo. Le cuentan hasta ocho. La gente aplaude a rabiar. Narváez se recoge, brinca y se va de un viaje sobre Vergara. Es una granizada. Vergara no ve, casi no se defiende, ofuscado por los puños, que no le parecen dos sino diez, pues le caen por todas partes. Por último le encaja tres golpes al mentón, así...”

La pasión, y la visión de lo que ha visto, inducenlo a reproducirlos en Juan Ramírez, que cae desvanecido.

Artidoro se alarma, se inclina hacia su compañero, llamándole, lastimero:

—¡Juan, Juancito! ¿Qué te he hecho? ¡Responde, soy tu amigo!

EL REMATE

A Guillermo García Burr.

EL REMATE efectuábase en una inmensa casa. Las puertas, los muebles, qué no estaba torcido y tizado por el incendio.

Hubo bastantes personas. Curiosas, inquisidoras, recorrían las salas. Al terminar la subasta en el primer patio, raleó la clientela. Quedaron unos jubilados; alguna pareja de novios, encendidos por dentro y por fuera, ferozmente cogidos del brazo, examinando sus compras por anverso y reverso, temerosos de haberse engañado. Había obreros maderos que, tímidamente, aguardan su oportunidad. Acuden en busca de un artefacto que han revisado una y otra vez. Dan la impresión de estar rezando para que no haya otros postores. Pertenecen a la secta de los lectores de Smiles. Rumian la idea de ser algo y privándose de vino, cigarrillos, juegos de azar —que aseguran a los demás proletarios una miseria pareja—, consiguen ser dueños de un sitio, pagadero a larguísimo plazo. A través de lentos meses, de años dilatados, ahorrando de manera espantosa, como penitentes, con locura, logran sacarse de la imaginación ese ideal de casa propia mantenido hasta con sollozos, y plantarlo en el suelo.

Veíanse en el segundo patio rumas de planchas de zinc, madera, escaleras, sillones de mimbre, cien cosas. En el centro perduraba el renegrido tronco de lo que pudo ser un naranjo.

El martillero, alto, de rostro pálido y fofo, que cojeaba, miró con disgusto a la concurrencia. Ningún lote se vendió a precio razonable y temía que estos últimos salieran por nada. El zinc hallábase torcido y ciertas planchas poco menos que fundidas.

—¡Nos fuimos con las planchas! —exclamó—. ¡Véanlas señores! Se venden en lote de diez con derecho al resto. Están apenas tiznadas. Sólo en las ferreterías hay mejores. ¡Oferten! Un poco de atención, caballeros, que no tengo garganta de palo. Veo a varios constructores. ¡Ofrezcan lo que puedan! Que los conversadores se vayan a otro lugar. ¡Aquí se viene a comprar!

Decíalo maquinalmente, por si acaso. De conseguir cinco pesos por cada una, daríase con una piedra en el pecho.

Los comerciantes parecían distraídos. No así los trabajadores que las miraban de soslayo para que el martillero no adivinara su interés. Decíanse calladamente: “Dios quiera que no suban”.

—Un peso, un peso, la breva pelada ¿quién no la acepta? ¡Adjudico! Tengo orden de entregarlo todo al mejor

postor. ¡Dos, dos, dos! ¿Quién no construye así? Tres, cuatro, ¡ánimense caballeros!

Un obrero, suspirando, alzó la mano.

—¡Cinco por el señor, seis por usted. Veo que se ponen razonables.! ¡Voy a adjudicar! ¿Nadie da más? Voy a...

Sumáronse dos individuos sin sombrero. Alto y calvo era uno, con la cara estática y la mirada de quien no mira nada; el otro, más bajo, de faz redonda, ojos saltones y un mechón castaño cayéndole en la frente, solía sonreír. Situáronse un tanto separados entre sí y miraban con atención cada rostro, sin saltarse ninguno. Permanecían en silencio, pero el alto y calvo, inspirado, hizo una oferta briosa. En seguida, el del mechón castaño subió la postura. Les unía un no sé qué de familiar.

Los revendedores observáronles con sequedad, y con angustia los artesanos.

—¿Quién dijo siete? Ocho, nueve, diez. ¡Así me gusta! Quince, quince, está por usted. ¡No se suba a sí mismo! ¿Alguno mejora la oferta? ¡Digan y adjudico!

Con movimientos de cabeza ofrecía el calvo; el del mechón castaño levantaba su mano, al parecer temeroso de que el otro se quedara con las planchas.

Los trabajadores, al sonreír, dábanse ligeros codazos. Todos seguían la puja sorprendidos, y más aún los co-

merciantes israelitas, que posaban en los oferentes su mirada piadosa, pensando, para sus adentros, que el sentido común no abunda en la diáspora.

—¡Veinte, veinte, adjudico!

Y hacía molinetes con el martillo.

—Confirmen sus ofertas, señores.

Los jubilados, las parejas, los artesanos, apretujábanse para seguir la competencia entre el calvo y el del mechón.

—Esto es un sueño.

—¡Se creería que han caído de la luna!

—¿Les sobraré plata?

Pero justamente, en ese minuto, se incorporó un sujeto atlético, con delantal largo y desnudos brazos. Como acertara a mirar al martillero, éste gritó:

—¡Veinticinco por el señor!

El hombronazo, desentendiéndose, continuó mirando a cuantos allí había y se abalanzó contra el calvo, al que asió de un brazo y, seguidamente, descubrió y retuvo al del mechón, que tanto asombro causaran con sus generosas ofertas.

—¡Ah, locos del diablo, estaban aquí! —vociferó echando sus manazas al cuello de los vesánicos, a quienes fue arrastrando patio afuera, con zamarreos mareadores, además de las injurias que les dirigía en andanada continua—. ¡Y yo buscándolos como tonto! ¡Y los perlas entretenidos

en el remate! —y al aumentarle la furia aplicábales moquetes complementarios.

—No es gran cosa ser loco. ¡Más tienen que agravarse con el maltrato! —arguyó un cristiano.

Desde el apareamiento del cuidador y demoleedor de locos, y hasta la partida de todos tres, el público estuvo sin respirar.

El martillero descubrió un pañuelo de colores y, luego de enjugar su rostro desencajado, quedóse cual rara y vaga estatua.

Alzó el martillo, no sin dirigir una penetrante mirada a cada uno de los presentes, acaso para cerciorarse de que no quedaban otros dementes, y recomenzó:

—¡Se reabre el remate de las planchas! Las ofrezco en el estado en que se hallan. ¡Me reservo el derecho de pedir garantía!

Y echó una vez más un desconfiado vistazo a los postores.

—Ofrezcan algo que no estoy para el tandeo. ¡Veinte, diez, cinco, dos, un peso por usted! ¿Encuentran que es mucho? Hablen algo, que no estamos en misa. ¡Dos pesos allí! ¡Se van a dos pesos cada una. ¡Nadie quiere dar más? Adjudico. ¿Alguien mejora la oferta? Voy a adjudicar. . . ¡Suyas son, señor! ¿Cuál es su gracia?

Casi destruyó el martillito al abatirlo contra la tribuna.

LADRON DE GALLINAS

A Miguel Schweitzer.

YA ME VE. Estoy viejo, no me respetan. Quien quiere entra a mi casa y se lleva las gallinas que más le gustan. Con las cuatro de anoche son doce las desaparecidas. ¡Si es para morirse!

—Debe ser alguien que no conoce sus manos.

—Es lo que me digo ya que nadie, por voltario que sea, me hace desconocidas.

—Don Maturana: ¿no sabe que están corriendo a los mañosos? A Román, ese alto, de nariz chata, los carabineros lo llevaron hasta el puente y le dijeron: "Si quieres llegar a viejo procura que no te veamos por este lado. Tenemos orden de darles el bajo a todos los roncos".

En el despacho de Patricio Maturana se ven conservas, víveres, licor, vagas telarañas, un mostrador enlatado y mesas. Balmaceda vela, desde su marco, las libaciones.

—Si ahora tuviéramos a Balmaceda otro gallo nos cantaría —asevera algún bebedor amigo del país.

Los parroquianos de Maturana no son sacerdotes, burgueses ni artesanos. Son de muy distinta laya. Unos estuvieron en la cárcel; los demás, cuchilleros y ladrones, a

fuerza de hurtar y apuñalar, tienen requisitos sobrados para estarlo.

No vayan a creer que las aves desaparecieron en una sola jornada. No. Por lo menos el hurtador vino cuatro veces. Entraba como aprendiz de fantasma, pisando en el aire, y, ¡no deja de ser asombroso! las gallinas abandonábansele sin el más leve cacareo.

Patricio Maturana profería salvajes y obscenas amenazas. Era hombre entrado en años, de ancho pecho, mentón saliente y dura mirada. Sus ojos hundidos centelleaban. Viéndole, la gente decía: "Donde éste mira no vuelve a salir pasto".

Otro hubiera olvidado, entre suspiros, el episodio de las gallinas. Es tan normal que las hurten y tan difícil luchar contra las artimañas del merodeador. El no. Orgullosamente expresaba: "A mí nadie me pasa a llevar y menos un mugriento que no da la cara".

Durante años Maturana fue carabinero en una provincia rica en campos de engorda. Ascendió paso a paso. Tenía don de mando y le confiaron un retén. Allí el abigeato era mal incurable. Detenía a los cuatreros y se los mandaba al juez. Mas, al advertir que el despojo seguía, y como también recibiera cierta orden verbal, los que empezó a detener, acaso muy astutos, comenzaron a escapársele. Entonces les daba el alto, todos se hacían los sordos y él dispa-

raba. Era inútil que el fugitivo saltara el muro, entrase a una mina o se ocultara en el bosque. La bala de Patricio Maturana, haciendo las curvas necesarias, penetraba en el espinazo del huidor dejándole listo para un entierro sencillo.

Morían bastantes cuatrereros; expiraban sujetos antipáticos que pudieron serlo; igual suerte corrían algunos desdichados que, por sus rasgos violentos o su entereza, eran peligrosos, según el oráculo policial. Los mansos, aterrados, íbanse a los pueblos.

Casi junto con entrar Maturana a la madurez, los agricultores perdieron el poder. El nuevo gobierno, alarmado de tamaña disminución de peones, recomendó benignidad. Mas, al fugarse otro, de seguro muy corredor, a Maturana no le falló la puntería. El gobierno tuvo la finura de darlo de baja solamente.

Tal percance hízole venirse a la ciudad. Estaba decepcionado de manera profunda; había gastado su existencia para que hubiera honradez en el campo —decía— y, por la muerte de un mañablo, se le echaba. ¡No era justo proceder así! (¿Qué opinarían desde su tumba los falsos cuatrereros?).

Abrió negocio en el callejón que, fuera de su roja fama, era camino de carreteros y gente campesina. Allí iba pasando con su gorda mujer y su hijo único, muchachón

corpulento, formal, limpio de inteligencia, que no hablaba aunque le pisaran los pies.

¡Robarle a él! ¿No era acaso una burla? Santo y bueno que le suceda a un particular, por boquiabierto, pero no a quien ha tenido mando. A ese paso sólo va faltando que se orinen en él. ¿Cómo pueden figurarse que lo tolere?

A la izquierda hay un convento de barbadísimos hermanos. Fuera de unos minutos en la mañana y otros al atardecer, en que una campanita echa al aire dos o tres sonos, el convento parece abandonado, aunque a mediodía se dé una ración de sopa a quien se presente, pero los sopistas no hablan: son subproletarios a quienes la miseria mata rápidamente.

En el lado contrario queda el conventillo. Ciertos moradores, a través de sus bullangueras paredes, unen las horas cantando:

La vida. . . la vidá.

Avanzaba la tarde. No había clientes y Maturana, enfurecido, iba y venía tras el mostrador. ¡Cuando lo descubriera! Reírse así de él que mandó gente dura y supo enfrentar a individuos valientes, que combatían como fieras.

Repasaba (el rencoroso) las fisonomías y costumbres de sus parroquianos. Ninguno de éstos era. Faltábale sondear a la mayordoma del conventillo. Gritó:

—¡Aurelia!

Una mujer sonrosada, de faz inexpresiva, seguramente con el alma muy adentro, asomóse y miró, humilde, a su desapacible marido.

—Quédate aquí porque voy al lado.

Aurelia apoyóse en el mostrador y se entretuvo en observar el movimiento del callejón. Su esposo la inquietaba. ¡Ay del pobre que cayera en sus manos, con lo perro que era! Sintió vergüenza de pensarlo y movió la cabeza.

Entró la vecina Enriqueta, erguida, generosa de pechos, de expresión dulzona.

—¿Cómo está, doña Aurelita? Y su esposo, ¿siempre rabiando?

—Anda con un genio endiablado. ¿Se le ofrecía algo?

—Vengo, misiá Aurelita, conociendo su bondad, siempre me digo ¡qué señora tan buena! Como mi Juan no se ha pagado, y a las criaturas no se les puede hacer esperar, ¡usted como madre comprende! querría llevarme.

—¡Vaya! Si no tiene más que pedir.

Y fue empaquetando los víveres, mientras Enriqueta parloteaba acerca de las ocurrencias del contorno.

—Como usted es una santa nada ve. ¿Creerá que Estefanía, la mujer del canuto, deja entrar al rubio, el vendedor de frutas, y cierra la puerta a machote? ¿Qué le parece?

—No querrá echarse a morir, o ¿será para darle buenos consejos?

—Cuando una menos se lo espera —suelo decir por ahí— doña Aurelita salta con una gracia. Es cierto que los hombres son harto hostigosos. Usted les muestra el anillo y les da igual. Parecen mosquitos, se nos acercan en todas partes. Un chiquillón, ¡pero no se le vaya a salir! si digo que tiene dieciséis años es mucho, juega con mi Carlos. Llega a la hora de once y, como es natural, lo convido. Así fue entrando en casa. A veces no está Carlos y él lo espera. Me ve con un balde y me lo quita. ¡Niño bueno en el fondo! Una tarde le pedí me sujetara un cajón, pues debía colgar un santo en la pared. Cuando iba a bajar, ¿qué cree que hizo? Me bajó a pulso. ¿Tuvo intención, no la tuvo? Me puse inmediatamente a remendar, callada. No piensan que una es madre y tiene obligaciones.

—Más bien me parece un niño servicial.

—¡Pero es que también me besó como loco!

—¡Siempre guardándose lo mejor! Con lo agraciada que es usted, ¿qué menos podía hacer el pobre?

—Ya salió con sus dichos. ¡Habría que pagarle cuando habla! Bueno, me voy.

Patricio Maturana entró al conventillo con su cabeza pegada al pecho.

Desde el fondo del patio, poblado de mujeres que co-
sían o lavaban, de chiquillos juguetones y de hombres que
componían algo o solamente fumaban, vino a recibirlo una
hembra envejecida, su poco zalamera.

—¡Don Maturana! ¿Por qué esa cara de pocos ami-
gos? —la mayordoma sonreía, melosa.

—Ah, señora Tomasa. Quiero hacerles saber a los de
aquí, que las gallinas de mi casa son mías, solamente mías,
y no del fisco. Tengo una buena carabina y soy ligero de
sueño. He tenido mando y nadie me pasa a llevar porque,
a Dios gracias, todavía las afirmo.

—¿Cómo puede pensar que sean de aquí los ladrones?
Yo no arriendo a ningún mañoso y tampoco me gusta ser
palabreada.

—Así será, señora, pero, ¿dónde están mis gallinas?
No puedo suponer que me las roben los del convento.

—Haga usted lo que se le antoje. ¡No seré yo quien
reciba los disparos! —y la mayordoma, enojadísima, le dio
la espalda.

Maturana, al entrar al boliche, parecía más tranquilo.

Aurelia, que regustaba el chisme de Ernestina, se retiró
pensativa. “¿Por qué otras mujeres serán tan solicitadas?
Es verdad que una tiene cara de pava y es tan gorda. ¿Se-
rá terrible que a una la tomen a la fuerza y la besen? A
lo mejor, no”.

Maturana cogió la carabina, oculta bajo el mostrador, y con parsimonia fue limpiándola.

Cerraba el negocio a las once e íbase a dormir. Su hijo, en un sillón, con la carabina a mano, hacía guardia hasta las tres. El retoño se dormía profundamente.

—¿Qué ha sucedido? —preguntaba Maturana al relevarlo.

—No se ha movido ni una hoja (¿qué se mueve durante el sueño?) —respondía el hijo y cual celaje metíase en su dormitorio.

Esa halagadora respuesta no engranaba con la realidad. Si era presumible que no se moviera una hoja, cierto también era que el gallinero disminuía.

Luego cantaban los gallos y los pájaros, mugían las vacas, rodaban los carros que llevaban verdura al mercado.

En la noche siguiente despertó al padre el crujido de unas ramas. La luna emblanquecía las cosas. Examinó los rincones, no pudo descubrir nada sospechoso. Quizás fuera un gato perseguido. Pero su hijo, ¿dónde estaba?

Lo vio afirmado en la higuera, de pie, sin abandonar el arma. Lo asió del cabello.

—¿Así cuidas la casa, pedazo de animal?

El muchacho, todavía transpuesto, farfulló:

—¡Cuidado, que disparo!

—¿A quién vas a disparar, cuando no sirves ni para amarrar un perro de ti?

El mozalbete, gimoteando, huyó a su habitación.

Maturana lo quería, sin que esto fuera escollo para zamarrearlo, darle un puntapié o un bofetón. Si no se dejaba ver, buscábele con la vista y preguntaba a su cónyuge:

—¿Qué se ha hecho Gilberto? Supongo que anda cazando moscas. En eso es igual a ti.

—Por ahí andará. Considera que ya es un joven y no puede estarse en casa el día entero.

—Sí, vieja consentidora, pero que no me pille con el genio atravesado.

Aurelia miró el suelo, dio con la imaginación un palo a su marido y varios más, y disimuladamente hizo buscar a su hijo.

Pasó una semana sin que el ladrón viniera. Maturana seguía empeinado en atraparlo y esa noche, sentado junto a la muralla, bajo la higuera, luchaba contra el sueño cuando sintió un leve ruido ascendente y, en seguida, algo así como un salto al otro lado. Pensó que el hombre lo había visto desde la barda o divisó el brillo de la carabina. Todavía se oyeron pasos lejanos. Maturana se fue al portón, por si alguno salía a la calle. Estuvo aguaitando una larga media hora, en vano.

“Este no volverá antes de quince días, esperará a que

me canse y, entonces, es seguro que se lleva hasta el gallinero. Tendré que darle confianza”, y se fue a dormir.

En mitad de semana le dijo a su mujer, seguro de su indiscreción:

—Aurelia, el ladrón no viene más. Se llevó un susto muy grande al verme. Sabe que vigilo. Ahora podré dormir tranquilo. Compraré gallinas catalanas. Quédate aquí. ¿Gilberto no está?

—¿La encuentro solita otra vez? Ay, misiá Aurelita. ¿No sabe con qué gusto vengo a pagarle? ¡Le hablé de la mujer del canuto? Este llegó inesperadamente, abre la puerta —así me dijeron— y ¿qué halla? A su mujer con el frutero. Sólo vi el final: los echó; el joven salía apesadumbrado, con la vista baja, y la mujer iba detrás, llorando. ¡No es para menos! El canuto, desde la puerta, usted sabe cómo habla, les predicaba: “¡Paganos: han cometido abominación! ¡No habrá escondrijo que los libre de la cólera de Jehová!”

—Ahora apenas verlo, sin que le sirva nadie, y es buen hombre. ¿Creerá que no llega a los cuarenta? A veces lo convidamos a comer, pero le da por bendecir las lechugas y cuanto come, y palabra que dice es sobre Jehová. Mi marido se sonríe para un lado. Cansa. Fui a pedirle la ropa para lavársela. ¿Sabe qué me dijo? “Llévese este librito, hermana, es mejor que un vestido, que una joya”. Era un

evangelio. Lo abrí en la cama y a las dos páginas me entró sueño. No. Deme una novela de amor y la leo, aunque los que escriben adornan tanto. En la realidad todo es más apagado. Mejor que una novela es oír a una persona contar su vida. Se la puede escuchar horas y siempre hay algo distinto. Cada una ha tenido amores y desearía tener otro más grande. Los hombres no, se aburren pronto y se quedan con el vino o los naipes. Bueno. ¿Usted me creará una loca, no es cierto?

—Nada de eso. Usted sale y tiene amistades. Yo estoy presa. ¿No ve que mi marido fue carabinero? Cuando me conoció, era una chiquilla más tonta que ahora, tímida, todo me hacía llorar. Salimos una vez y nos encontró un primo mío, que me preguntó: “¿Está bien la tía?” Sentí que me arrancaban el brazo. Era Patricio. ¡Si usted hubiera visto su cara! “Si anda conmigo, se acabaron las conversaciones con otro”, sentenció. No supe responderle, me entró miedo y desde entonces me tiene en el puño. Como no pude amoldarme a su carácter rápidamente, me pegó, pero sin maldad, porque le da rabia gastar en remedios. No respiraba sino cuando él salía. ¡Qué vida, Señor! Descubrí, al fin, que el llanto lo descomponía. No bien me dio un empujón empecé a llorar, sin bulla. Así pude impedir que continuara pegándome. Me vio con los zapatos rotos y se hizo el tonto. Le pedí que me comprara y vociferó. Al lle-

gar del servicio me corrían las lágrimas. Inútil fue que me preguntara la causa. Seguí con mi llanto. Ya tarde se resolvía en su cama hecho un diablo. En la mañana le serví el desayuno y meta llanto. No aguantó más, me dio el dinero y salió maldiciendo. Es todo lo que he conseguido, porque no me lleva a ninguna parte ni trae a nadie. Si no fuera por usted y otras vecinas viviría igual que monja. Una vez que estuvo ausente dos días, lo eché de menos. Es que tengo alma de esclava. Lo peor es que mi chiquillo heredó mi carácter. ¿En manos de quién caerá? ¡Chito, que siento sus pasos!

Maturana dejó pasar los días, pero se mantenía alerta. Al tomar su turno advirtióle a Gilberto:

—Tienes que venir tan pronto como me oigas, y traes lo que te dije. ¡Si no te cargaré la mano!

—No tenga cuidado, padre.

—Que no tenga cuidado. ¡A ver si lo haces!

Sentóse y fumó. Más allá del conventillo subía el terreno y las copas de unos álamos solitarios animaban el cielo. La noche infundía en los corazones una paz profunda. El pensamiento de Maturana lo disparó a su pueblo, a la casita situada en pleno médano; recordó sus correrías por la playa; luego sus viajes en mula, con su padre, para vender pescado tierra adentro. El iba en una mulita mampata. ¡Qué distancias recorrían tranco a tranco!

El ruido de unos pasos tras la pared cortó su evocación. Estaba sentado bajo la higuera y cubríanlo sus ramas. Pasó un instante, oyó palpar la tapia y otra vez vino la calma. No era ningún precipitado. Se diría que todo fue ilusión, pero nuevamente se produjo un ruidito de nada, hasta que alguien surgió en la barda. Las ramas impedían verlo. Aquél esperó, siguió esperando y, convencido de que nada se movía, subió, quizás si apoyado en sus manos únicamente. Maturana le tuvo por hombre pequeño. Transcurrió otro minuto sin que intentara avanzar. Ante un amago de peligro podía dejarse caer al conventillo.

Al fin, como criatura de trapo, se acercó a la higuera. Le costaba a Maturana contenerse. ¿Y si el ladrón descendía en su cabeza? Disgustábale actuar a lo gato. Hubiera preferido una lucha frente a frente. Mientras contenía su respiración, sus manos asidas a la carabina temblaban. Se resolvió el merodeador a descender. Maturana lo sentía descolgarse por el lado opuesto. Sus pies, en seguida, oscilaron separados del árbol. Al pisar en lo firme se agazapó. ¿Cuántas palizas le enseñaron esa prudente temeridad? Se oía su cansada respiración.

Entre la higuera y el gallinero había una línea diagonal. Maturana se hallaba impaciente y sin saber, teniendo al hombrecillo tan a la mano, qué le impedía arrimarle un culatazo. Aquél, un atado de huesos, se enderezó y, en la

punta de los pies, con pasos lentos y largos, dirigióse al gallinero. Maturana se alzó con tanto sigilo como si fuera el ladrón, echóse la carabina al pecho y gritó:

—¡Párate, mañoso del diablo!

—¡Ay, patrón! —exclamó, sorprendido, el hombrecito, sin acertar de dónde salía la voz. Cuando vio la gruesa figura y el cañón, imploró tiritando:

—¡No me mate, patroncito! Me vienen persiguiendo, quería salir al callejón. ¿Qué le hago? ¿En qué le he faltado?

—¡Gilberto, Gilberto, Gilberto! —aulló Maturana.

Y esta vez, como disparado con honda, apareció portando una lámpara.

—¡Trae lo demás!

El pillado se echó al suelo, hincóse, se humilló. La luna ponía de relieve su delgaducha persona, de ojos inquietos y grandes. Su aspecto mísero y despavorido ablandaría a una piedra.

—¿Qué va a hacer conmigo, mi caballero? ¡Dígamelo, por diosito! Tengo familia; deben esperarme —y lloraba igual que niño.

—Di, boñiga, ¿dónde están mis gallinas? ¿Y esa caña? Ah, badulaque. ¡En ella las llevabas!

—La caña —gime el hombrecito, sin contener el llanto,

mirándolo azorado— sí, la caña, uno es pobre. ¡Deje que me vaya! ¡No me mande preso, mi patrocinto lindo!

Maturana ordenó a su hijo:

—A ver, amárrale las manos por delante, ¡sin miedo! Dale otra vuelta. ¡Y tú, si no quieres que te dé el bajo ahora mismo, quédate tranquilo! Abre el portón, Gilberto.

Después el muchacho coge la botella y, vacilando, vierte parafina en las manos atadas de la víctima. Esta comprende que algo atroz se le viene encima y rompe en alaridos.

Maturana se sitúa de espalda al portón sin dejar de apuntarle.

Llegan voces del otro lado de la pared:

—¿Qué ocurre, vecino? ¿Es una desgracia?

—¡Me matan, me matan! —grita incontinente el mísero.

—¡Apúrate, animal! —vocifera Maturana, dirigiéndose a su hijo.

—¡No se hagan justicia solos! Llamen al carabinero. ¡No se acrimine, don Maturana! —chillan desde el conventillo.

Gilberto, cual autómatas, aproxima la lámpara a las manos del hombrecillo.

—¡Auxilio, auxilio, socorro, me matan!

Maturana se aparta, y el hombre, con sus manos en llama, corre portón afuera dando gritos pavorosos.

El callejón se llena de voces, crujen unas puertas; del conventillo se elevan maldiciones y palabras de piedad. Al rato cesa la resonancia y el silencio recobra su pesado imperio.

Después el muchacho coge la botella y vaciando viene a pararse en las manos acadas de la víctima. Esta comprende que algo atroz se le viene encima y rompe en silencio. Maturana se sitúa de espaldas al portón sin dejar de mirar.

Y esta vez, como disparado con honda, apareció portón. Llegan voces del otro lado de la pared: —¿Qué ocurre, vecinos? ¿Es una desgracia?

—¡Me matan, me matan! —grita incontinente el mi-

El pillado se echó al suelo, hincóse, se humilló. La víctima se levanta, se levanta, se levanta. —¿Qué ocurre, vecinos? ¿Es una desgracia?

—¡No se hagan justicia solos! Llaman al carpintero. —¿Qué ocurre, vecinos? ¿Es una desgracia?

Gilberto, cual autómata, aproxima la lámpara a las manos del hombre. —¿Qué ocurre, vecinos? ¿Es una desgracia?

—¡Auxilio, auxilio! —grita el hombre. —¿Qué ocurre, vecinos? ¿Es una desgracia?

EL ELECTRICISTA Y SU MUJER

A Mili y Luis Emilio Aybar.

—¿POR QUÉ no le das desayuno a mi compadre? —volvió a preguntar el electricista a Doralisa, mujer de cuerpo maternal y tiernos ojos negros.

—Es un trabajo más y lo que nos pague no nos sacará de apuro —respondió su mujer, en el momento de abandonar la mesa y comenzar el arreglo de la casa.

“A testaruda no se la gana ni Dios”, dijo para sí el marido mientras saboreaba su café. Llamábase Antenor Barraza, era flaco, benigno, apegado a su Doralisa y a su chiquillo, criatura juguetona que aparecía a las horas de comer.

Su compadre, carnicero solitario que tenía habitación en el pasadizo de atrás, frente casi a su dormitorio, era de aventajada estatura y cuerpo compacto de arriba abajo.

La compañía mandó a Barraza a un lugar distante, por un perverso camino, a instalar la red en una población que allí se levantaba. No pudo venir los sábados. Regresó pasado el mes. Todavía cantaban los pájaros cuando subió al camión que lo trajo a su casa.

No sin júbilo vio a su compadre desayunando, tal como

él quería. Doralisa, sentada también, parecía aguardar que el carnicero terminase. Le afloró a Barraza una leve envidia. Cuando él desayunaba, Doralisa seguía en sus trajines.

Salió por fin el compadre.

Entonces Doralisa empezó a enterarlo de las novedades. Eran menudas, excepto la de dos agentes que vinieron a llevarse al carpintero comunista. Este les ofreció asiento y dijo que en un minuto se cambiaría de ropa. Luego de saltar una tapia trasera, se hizo humo. Los agentes se enfurecieron, pero no les quedó más que irse. Contóle al final que un fierro del autobús, al bajar, le había producido un moretón en el muslo izquierdo, por fuera, y levantó su falda para que el marido lo viese.

El se quedó mirando la mancha violada más de lo pertinente y clavó sus ojos en Doralisa. Buscaba otra verdad que contrastara con la de ella. La esposa bajó la vista. Luego, con voz entre airada y dolida, Barraza le expresó que ella era. No desdeñó ninguna suposición injuriosa. Por vivir lo más del tiempo en estado de dulcedumbre, pues esa era su índole, no le alzó la mano ni dijo palabras irremediables, ya que las meras injurias las repara el olvido. Ella, llorando a mares, se cubrió el rostro con su delantal.

Así la dejó. La atmósfera del cuarto lo ahogaba. Algo pudo serenarse andando hacia las oficinas de la compañía.

¿Cómo amortiguar su pena? En el trayecto bebió un vaso de vino.

En presencia de la Visitadora, señorita pulcra, con lentes, reprodujo lo dicho por Doralisa y por él. No podía aceptar que el moretón fuese obra del autobús. No. Suponía que Doralisa y su compadre el carnicero, sentados frente a frente, muy cerca, conversaban. El debió empalmarla un momento y, en seguida, agachándose, le dio un mordisco. Esa tenía que ser la verdad. Cuando era muy joven oyó que un hombre dijo: "¡Qué sabroso es morder a una amiga en lo suave de su pierna!" Y como no era idiota creía que su compadre el carnicero, consentido por Doralisa, ¿me comprende, señorita? Bastábale al carnicero atravesar el pasillo y colarse, de noche, al dormitorio. De no estar equivocado Doralisa podía hallarse embarazada. ¿Era justo que cargase él con un niño ajeno? ¡No lo permita Dios! Deseaba que la Visitadora hiciera examinar a su mujer. Si el examen le daba la razón, su deber era separarse. Si no, dejaría la cosa en nada.

Vio el cuerpo tibio de Doralisa unido al suyo y parecióle sentir una agradable sensación de reposo. Así, confiados, recibiendo y dando ondas de calor, sin pensamientos, no eran dos sino uno. Recordó que refiriéndose al olor de Doralisa, le había dicho: "Tienes olor a pan caliente".

La Visitadora oyó a Barraza sin inmutarse. Su expe-

riencia de la vida matrimonial y amorosa, aunque indirecta, era reducida. Por oficio sabía de hechos hasta espeluznantes. Encontraba alambicada la interpretación del electricista. Sin embargo, podía darse el caso de individuos con inclinación al canibalismo. “¡Qué raros pueden ser los hombres”, pensó. Provisionalmente juró permanecer célibe.

El electricista topó con un conocido, ahora cojo. De verlo de lejos hubiera rehuido el encuentro, pero aquél ya estaba saludándole con el brazo.

—¿Dónde se había metido? Lo hallo quemado.

—Estuve para el lado de la costa y justamente llegué esta mañana.

—¿No advierte un cambio en mí? Tal vez note irritados mis ojos. Sé que usted es mi amigo y quiero confiarle un secreto: he desarrollado un gran poder. Temprano, cuando el sol no es tan fuerte, lo miro fijamente y consigo detenerlo unos segundos. Es algo que cuesta. Por favor, ¡no lo repita! Cometí la torpeza de hablarle a un médico y el envidioso me hizo encerrar en la casa de orates. Me escapé, hace poco, y estoy con parientes, caritativos, gente buena. Les conté esto de mi poder y sabe ¿cómo me respondieron?, pues levantando y bajando los hombros.

—Otra vez seguiremos hablando; voy apurado.

Dábale compasión el cojo, tan sencillo en apariencia y tan fantaseoso. Pasó a beberse otro vasito de vino. Sen-

tíase desanimado. Era como si de repente se hubiera quedado sin ningún quehacer. Estuvo largamente en la taberna, sin un alma a esa hora. Con su compadre carnicero jugaba dominó los sábados. Nunca tuvieron diferencias, pero ya parecía extraño, como si jamás hubieran sido amigos. ¿Por qué se le ocurría verlo en ropas menores, entrando con paso de algodón, sigilosamente, al dormitorio suyo? Se esforzó por figurárselo con su traje claro y su sombrero. No lo conseguía. De todos los puntos de su cerebro aquél avanzaba con su camiseta rayada, levantando cada pie y posándolo con estudiado silencio, ansioso de llegar. Tocaba la puerta y la abría sin la menor resonancia, tal si fuera de estopa.

Cuando tarde regresó a su hogar, siempre con cara mustia, sin palabras, irresoluto, triste, Doralisa exclamó:

—¿Por qué no te sacas esas tonterías de la cabeza?

Antenor Barraza siguió mudo y no quiso mirarla. Primero debería aclararse todo. Aprovechando una salida de su mujer, llegó hasta el dormitorio matrimonial. La puerta cedía fácilmente aunque chirriando.

Desde la pieza de su hijo, donde pensaba dormir, no se oiría aquélla si alguien la quisiera abrir. Además, sospechaba que su sueño iba a ser profundo. Lo cansó el viaje de madrugada.

Llegó corriendo su chicuelo. Barraza lo atrajo para con-

versar y fue entremezclando reflexiones morales, en parte para el niño y también con alcance para su mujer. Esta ponía la mesa. A hurtadillas la miraba, ya con encono, ya con la ternura de antes. ¡Qué no daría por librarse de su duda!

Al notar soñoliento a su chiquillo, le ordenó:

—Dormirás con tu mamá, que está delicada, abrazado a su cintura, sin soltarla, porque eso la mejorará. No te olvides, abrazado a su cintura toda la noche.

Apenas quedó todo en silencio, él se encaminó a su cama. El vino había disminuido su luz interior. Como en un vago tapiz, porque quizás ya dormía, vio al carnicero con su camiseta a rayas acercándose, casi no pisa, tal es su cuidado, llega al borde del lecho y ¿qué ven sus ojos?, al niño estrechamente abrazado al cuerpo de su madre. Entonces el carnicero baja la cabeza, vuelve sobre sus pasos y sale abatido.

ORIGEN Y FIN DE MI FORTUNA

A Bisagrita.

COMENCÉ a mover la pluma, con vacilaciones y largas intermitencias, a los diecisiete años. Para subsistir me empleé a los doce y no recuerdo cuántas veces cambié de ocupación. Siempre gané poco. Me entretuve en forjarme planes y en conversar.

Cierto día un jurado de caballeros amables me otorgó un premio.

De mis conocidos nadie ganaba bastante, pero uno se aburrió de ser pobre y pudo convertirse en hombre de empresa. Hoy es rico, sigue siendo amigo mío, y qué amigo. La tarde en que debían entregarme el premio —cien mil pesos—, suma enorme entonces, pues recibía menos de mil al mes, me dijo:

—Tú nunca has manejado dinero. Dame el cheque y veré modo de hacer algo.

Durante meses tuve la sensación de que el premio fue sueño. Un cheque no es dinero; lo simboliza pálidamente.

Mi amigo Samuel compró bonos y los vendió; adquirió acciones y se desprendió de éstas con ventaja. Tuvo nuevos bonos y los echó al mercado cuando arreció la demanda.

Descubrió unas acciones de porvenir. Alguna vez yo firmaba un papel.

—Ya no se me ocurre qué hacer. ¡Ahí tienes lo tuyo!

Me entregó un cheque, ¡admírense ustedes! por ciento cincuenta mil. Además me dio una comida de primores. Y todavía me regaló una pluma finísima. Jamás tuve tan asombrosa cantidad. Era un prodigio que, sin hacer nada, el capital viniera a mis manos.

Caminé hacia el banco con el cheque sumido en el bolsillo, bajo mi mano, temeroso de que me lo robaran. Por instantes me inundaba una leve transpiración. La primera fortuna exige tremendos cuidados. Por eso tal vez escasean los ricos. Anduve con suerte e hice el depósito. ¡Qué libre y contento me sentí!

Al cabo de unos meses mi amigo volvió a decirme:

—He pensado en una operación. Dame la plata.

La puse en sus manos por delicadeza, para corresponder a su empeño generoso. Esta vez, porque soy pesimista, creí perderla. Es comúnmente el destino del dinero.

Compró acciones y las traspasó en un alza eventual. Siguió comprando y vendiendo diversos papeles. De nuevo me invitó a visitarlo. Me entregó doscientos siete mil. ¡Mi amigo era un mago! ¿Creerán que el cheque no me impresionó? Acaso estaba naciendo en mí el hombre pudiente.

Por días y días, sin comunicarlo, pues mis allegados

eran socialistas de todos los matices, pensé que el capitalismo no es enteramente erróneo. Permite ganar dinero, sin fatiga, a unos cuantos. Lo decisivo era economizar una suma. De ahí no se sabía adónde era dable llegar.

Dejó de gustarme la palabra gasto, la idea de gastar y el gasto en sí. De soslayo revelóseme esta paradoja: los pobres gastan como ricos y éstos al nivel de los míseros.

El robo, no, no, la inflación hincaba sus garras en los bolsillos. De no idear algo mis billetes servirían sólo para empapelar un metro de muralla. Conversé con sabios, sopesé cien datos, y fui comprando tímidamente cinco, ocho, diez dólares porque éstos no fluctuaban. Según mis anotaciones con sequías, baja del cobre o de ministros, se elevaba, pero cuando importadores, diplomáticos, agentes de empresas extranjeras, o el propio gobierno, copaban con sus cheques las casas de cambio, descendía. En dos años, con medrosa prudencia, pude convertir la mitad de mi fortuna en dólares.

Un cambista decía:

—Hay dos personas que no se equivocan: don Mauricio, que vende cuando están más altos, y usted, que compra en el punto más bajo.

Esa reflexión me puso ufano. Era gracia, con nociones de economía tan elementales, acertar.

Uno sólo espera la dicha. ¿Será porque nos visita a las

perdidas? Pero vino la enfermedad de un pariente y mi haber, ligeramente acrecentado, hube de consagrarlo a su salvación. Haber y pariente desaparecieron.

La pobreza me tornó en ser espiritual.

Quise jubilarme. Saludaba a porteros, empleados y secretarios. En mis adentros no esperaba alcanzar tal privilegio. Seguía el trámite por si estuviera equivocado. Todo iba bien, pero un funcionario me devolvió el expediente con esta providencia: "Motivo de la jubilación".

Aquí se embromó todo —me dije—. En vano buscaba el fundamento. No padecía ninguna enfermedad. Viejo no era. Hasta podía correr tras un autobús. Fue entrando en mí el pesar. Lo notó un conocido, hombre ducho, y como no sé ocultar mis emociones, hube de confesárselo.

Sin titubeo me ordenó:

—Ponga: "Por haber completado los años de servicio".

Esa frase sublime la dijo sin énfasis. Es verdad que me miró con un matiz de compasión.

Partí alegre; tuvieron que recibirme el expediente. Pasó de manos de un oficinista al pupitre del siguiente, de un edificio a otro y cada burócrata agregaba signos mágicos, ponía un timbre y el legajo seguía su ruta. Huían los meses. A cada visita pedíanme nuevos comprobantes, porque la desconfianza es metódica. Quizás en quinientos años más no haya embaucadores, y los que jubilen entonces no

necesiten sino un papel. Convencido de que jamás llegaría a término, tardaba en volver al ministerio. Al hacerlo sentía angustia. ¿Qué insospechado inconveniente iba a encontrar?

El expediente comprendía mi historia oficial y un número considerable de vistobuenos y de firmas. Faltaba lo menos, pero se perdió.

Pasado un mes, en que los buscadores revisaron montones de papel, lo que me atrajo su encono, el más avisado de ellos recordó que una supernumeraria había sido echada. En su escritorio abandonado dieron con él.

Mientras avanzaba en la gestión, hallábame con señores en vías de jubilar. Eran jefes con una que otra cana. De tanto subir escalas, entrar en oficinas, aburrirse, hablar con sus semejantes, dudar, esperar, maldecir, llorar, en cosa de meses lucían cabelleras albas y rostros seculares.

Supe que habían puesto la firma final que me convertía en jubilado. No podía creerlo. Tuve que ver el decreto para convencerme. Sintiéndome rey del mundo, no era para menos, las emprendí con el desahucio. Este sí que no lo consigo —pensaba—. Nada. Con el cabello más cano y un incipiente lumbago, también me lo decretaron. Ya nadie podía detenerme.

En la mañana en que fui a cobrar, sin la certeza de recibirlo, por casualidad llevaba un portadocumentos y me

perdidas? Pero vino la enfermedad de un paciente
acompañó una amiga. El cajero me echó una mirada alegre y fue poniendo en la ventanilla ataditos de billetes. Quizás vislumbrara en mí al neófito. Se desprendió de los de escaso valor. A poco había rumas. Por parecerme milagro lo que veía, ni protesté ni quise contarlos. En el malecón no me cupieron. Llené mis bolsillos y siempre quedaba una porción. Mi amiga consintió en vaciarla en su gran cartera. Volví a emocionarme. Este era realmente dinero y mucho. Me pareció razonable que me asaltaran. Caminamos sin acercarnos a nadie, recelosos, y llegamos al banco. Ahí quedó mi fortuna y nació mi preocupación.

A la semana valía menos. Por consejo del amigo rico deposité buena parte en casa de un marqués de Inglaterra, cuya riqueza se acrecienta en este lejano litoral. Con el resto compré dólares. Era mi fuerte. En instantes de locura adquiriría hasta veinticinco.

Los dólares evitaban la pérdida, pero no producían interés. Las acciones acaso rindieran más. Entré a la bolsa y gritaban casi tanto como en los tumultos. No entendí. Uno o dos caballeros anotaban los traspasos. Me produjo el efecto de asistir a una reunión de griegos o persas. Oí gritos, veía gesticular. Miré a diario las cotizaciones. Sin apuro, interrogando a gerentes, pude formarme una idea aproximada de lo que es una acción.

Las hay de empresas que producen y venden; de otras

en organización; de muchas que alguna vez producirán y de varias de corazón doloso. Las de minas son poesía. Ninguna ofrece la seguridad de no tragarse el dinero. La acción y el negocio que se oculta tras ella, son un juego, que podría ser provechoso, una aventura para gentes que, en vez de echar dinero a los naipes, lo invierte en esos valores por si llegan a convertirse en mineral, árbol, herramienta o comestibles. Mientras no sepa que su acción fracasó, el poseedor sueña en caudales. Si arriesgó poco, y pierde, se compensa con sus ensoñaciones.

Mas, para saber las circunstancias peculiares de cada acción, hay que aconsejarse con informantes sagaces, ver qué se produce, si eso es vendible, si los riesgos no son mayores que las posibilidades, en suma, desvelarse, estudiar durante años mil minucias y problemas complejos. A pesar de tantas precauciones no hay acción que no pueda bajar a cero por razones que escapan a las mejores inteligencias.

Entonces bajaban con pavorosa regularidad. Vi que ese camino estaba cerrado para mí.

La moneda descendía a saltos. ¿Cómo salvar mi dinero? La tensión en que éste pone el alma, según los entendidos, es más aguda que el amor.

Al presentarme a cobrar los intereses, el agente del marqués me entregó doscientos mil pesos. Era una ganancia notable. No obstante había perdido muchísimo más por

la cruel desvalorización. Lo sabio era trocarlo todo en dólares. Demoré en el cambio. Al final estuve nervioso y compré cheques de cincuenta, y uno de ciento. Me tuve por irresponsable, aunque no perdí.

El capital no me produjo felicidad. Sin merma pasó de mis manos al banco. De éste entró a las casas de cambio. Moralmente estaba bien porque, en caso de apuro, tenía un respaldo.

Guardé los cheques en el único mueble de mi casa que tenía llave, una llave fácil de copiar. La cerradura era de fierro cansado ya; cedía un tanto. Con la más débil herramienta cabía vencerla.

Al ausentarme, me asustaba la sirena de incendio. Podía ser en mi hogar. ¿Por qué las llamas iban a respetar los cheques? El temor hizome llevarlos a la oficina. Los puse en sobres que disimulé entre hileras de libros. Inseguro los corría a un extremo. Dado que mi memoria es mala, se me extraviaron. Caí en la más horrenda miseria. Otro día, buscando un libro, los recuperé y se me expandió el pecho. Desaparecían y aparecían con independencia de mi voluntad. Tuve la corazonada, sin alarma, como algo escrito, que ese dinero nunca sería mío enteramente. Temía que me propusieran negocios o que me los pidiesen.

¡Hay que ver cuando sopla en los comerciantes la locura punible! Ciertos productos se vendían de una quincena

a otra al doble. Los compradores, en el supuesto de nuevos aumentos, acaparaban. Con la escasez el fabricante abría los ojos, sonreía, planeaba un viaje, elegía automóvil. ¿Por qué no tener un fundo? La tierra es lo único estable. Una casita en la montaña sería buen esparcimiento. Si las fuerzas alcanzaban buscaría otra a la orilla del mar, el mar pone a los niños como robles, y varias, de renta, a la orilla de todo. Ordenaban las adquisiciones. Animémoslos, decían. Animosamente tornaban a elevar los precios.

¿Cómo podía subsistir si mi pensión crecía sólo una vez, al comenzar el año? Los fabricantes peligrosos, los comerciantes peligrosos (¿cuáles no lo eran, cuáles no lo son?) inventaban alzas cada semana. Era igual que perseguir un automóvil en carreta.

Mis dólares mantenían su valor, pero era menester que produjeran. Preguntando por aquí y por allá, una señora me sugirió:

—Vaya donde el Corredor. No hay persona igual. Tengo mis fondos en su oficina y estoy feliz. Varias de mis amigas hicieron lo mismo y pasado el mes reciben la ganancia.

Tenía fe en la señora y la conservo. Esta confía en el Corredor. ¿Por qué no había de creerle yo también? No fui a verlo en seguida porque llego a la certeza razonando.

No es un método excelente, pero soy así. El Corredor, supuse, nace en una clase adinerada, se educa esmeradamente en lo moral y en lo intelectual. Desde su nacimiento se nutre bien, posee cama, trajes y, a medida que crece, puede ver lo más hermoso, lo ejemplar, lo diverso; dispone de entretenimientos, libros escogidos; oye música en su casa; disfruta de la compañía de jóvenes de tan buena formación como la suya; moldea su alma en contacto con individuos sabios, de mente elevada, que frecuentan su hogar. Estos privilegios llevan aparejado, quiéralo o no el Corredor, puesto que nobleza obliga, el destino de ser modelo. Actúe en público, obre en privado, estará sujeto a la comparación con sus iguales o sus antepasados ilustres. Un gran hombre puede vivir y morir pobre, pero enriquece a sus descendientes.

Pues bien: tales atributos lucía el Corredor. Quienes le confiaban sus ahorros eran amigas y amigos, o seres ligados a éstos o de su grupo social. No tenía medio de contradecir su origen. Le cabía solamente ser juicioso, cumplidor, caballero; honrar la confianza que se le otorgaba; y su palabra, cada palabra suya, aunque no lo pretendiera, debía valer tanto como su firma, porque a pocos se les concede fe tan encendida.

Con el debido respeto le llevé mi fortuna. Era apuesto, jovial, y parecía hacer un favor al recibir los dólares. Vi

huérfanas, viudas imperecederas y señores apáticos recibiendo sus intereses.

Al apersonármelo, un buen tiempo después, el Corredor me favoreció con su honorable sonrisa. Le pedí excusas por molestarlo. Volvería si él tuviera entre manos algo de más entidad. Con delicadeza me indujo a tomar asiento. Comenzó por obsequiarme un cigarrillo exquisito, me habló de un escritor islandés y coronó su cortesía alargándome el cheque.

Durante días gocé con el recuerdo de la entrevista. Maravillábame que existieran personas de tal elevación en un ambiente de números y de imprevistos tremendos. Era capaz de abandonar las cifras y ascender a una atmósfera desinteresada. Comprendía cuán exagerados son los socialistas al motejarlos de parásitos y de esto y aquello.

Valoraba igualmente el ingenio de los que idearon el dinero, que obliga a tanto sujeto a servirlo, dedicándole sus mejores horas, a veces todas.

Se halla en pocas manos y hay canales sensibles pero invisibles por donde circula. Desde esos conductos misteriosos llega una miaja al proletario. Los contadores cogen el producto y lo convierten en cien miajas. Puede el dueño de los conductos habitar a permanencia en una ciudad, y lejos, en continentes remotos, mientras aquél duerme, mi-

N les de operarios siguen produciendo las cien mijas por cabeza para recibir una sola.

En pequeño, sustentándome de una pensión mediana, participaba de ese maná. Mi enjuta fortuna, llegada a mí por lento azar, producía no se sabe adónde ni cómo varias mijas: una para mí, tres al comerciante, acaso dos al Corredor. No oculto que me agradara esa suerte de magia. Su índole, así lo sospechaba, era de esencia transitoria y algún filamento suyo tenía sabor delicuescente.

Mas, ¿con qué razón podía allanarme a perder mis ahorros en la baraúnda de precios en loca ascensión? ¿Se resignaban los ricos, los grandes y medianos rentistas, cualquiera que maneja dinero? La experiencia me decía que ninguno.

Iba donde el Corredor en busca de los intereses. Eso era mío. Podía usarlo a mi arbitrio. Lo que salió de mis manos ¿de quién era? Tal vez ni del Corredor. Salvo lo que se guarda, lo demás vuela confundido por el mundo, pero no dudaba de que con sólo pedírselo me lo devolvería.

Semanas y meses se deslizaban alegremente. ¡Zas! que caían mis ojos en un periódico cogotero: "Huyó el Corredor", "Quebró el Corredor". El instinto de la oveja, de golpe, hacía me quitar la vista del papel. Por nada leería el apellido. Me alejaba con esa sonrisa de autopiedad de quien sabe que para él no se crearon los halagos. Alguien

al día siguiente, recitaba el nombre del fallido. Era otro. ¡Qué alivio! Pronto sabía que el alivio era falso. Compañeros míos, con la bancarrota de aquél, quedaron en la inopia.

Reponía a mi Corredor en su alto sitial. Decíame que por su abolengo y su entereza no podía estar sujeto a descalabro semejante. Era nieto, además, de un personaje que salvó a la patria con frecuencia. Por algo el retrato de éste se hallaba al alcance de su vista. Dedicábase a transacciones en la Mala o en la Próxima, fuera de prestar moneda dura a importadores solventes. ¡Jamás le ocurriría percance igual!

Con esta faramalla se regocijaban mi rostro, mis manos y mi pecho, pero mi conciencia, coleccionista de dudas, discretamente musitaba: "Me gustaría creerlo".

Mi conciencia rara vez se entusiasma con mis actos. Siempre fue vieja, rezongona, alarmista, descontentadiza. De haberle hecho caso mi vida se hubiera extinguido temprano. Verifico que se equivoca a menudo; sin embargo, no quiere reconocerlo. La llevo a cuestras. Con lo demás lucho únicamente cuando no hay medio de evitarlo. No he convivido con opositores ni enemigos. Más bien aseveraría que me he desenvuelto en un ámbito afectuoso. Con ella, sólo con ella estoy en guerra desde niño. Nos odiamos y nos amamos. No debería amarla porque no me entiende. Exige que viva como anacoreta ¡y no lo soy! Ni tampoco

santo, austero ni birmano. Le digo en balde: "sólo eres una parte de mí; es el cuerpo todo quien se enfrenta con el mundo, el que da y recibe, el que ansía; tiene leyes personales, viene de antes, de un pasado que no puede concebirse, en que tú, si existías, eras larva, y está manejado por instintos que no esperan. ¿Cómo contrariarlo a cada momento? ¿No debo concederle nada? Su destino es conservarse. Se retrae, se expande o se funde con otro. Lo guía el placer; ciego lo busca. Antes que tú grites, él evitó la roca, el árbol o las máquinas veloces. Frente al bruto que no razona, arremete y se salva. ¡Respete sus goces! Si no moriría y tú también. Te obedeceré en lo deliberable, pero deja que él gobierne lo espontáneo. Ciego como es, en su plenitud, entra en lo desconocido y aumenta, con dolor o con dicha, la dimensión humana. Tú eres una esencia. Estás presente en la costumbre, y lo que en mí no lo es, apenas cabe contarlo. Si cediera ante ti, ¿a qué llegaría? A ser autómatas. No. Me rebelo a serlo. Si no busco el bien oculto, si no abro mi puerta a la esperanza, si nada anhelo, no me quedaría sino el fastidio y la muerte. Necesito creer, necesito confiar inclusive en mi Corredor".

Algún bolsista, pasado el trimestre, valerosamente se declaraba en quiebra y solía dar con sus huesos en la cárcel. No era por mucho tiempo. El presidio se calculó para pecadores que robaron o estafaron sumas normales. En la

Italia antigua hubo horca para los que hurtaban menos de cien mil liras. ¿Qué hacer con quienes malbaratan trescientos o más millones, con los que deben no como personas, sino como países? Quizás darles un aval para que se rehangan.

Otro corredor, desesperado, ponía en su maletín monedas, y cheques sobre Nueva York. Con los nervios rotos guarecíase en el hogar de un amigo. ¡Qué depresión la suya! Muriendo tramontaba los Andes a lomo de mula, sin soltar el maletín. Alguno más, con sentido escénico, obsequiaba con un coctel a sus conocidos y recibía encargos. Estos, al despedirlo, exclamaban: "El pobre quiere darse un descanso. ¡Figúrense la aflicción en que vive, rodeado de tanto desastre!"

A veces era quiebra imaginaria. Algún quirografario, por ver al corredor en el Casino, o pesaroso a la salida de un banco o enjugándose las lágrimas, propalaba el pánico. Desde temprano decenas de rentistas pedíanle a gritos su dinero. No querían intereses, pero su plata sí, al momento. El corredor escupía cheques horas y horas. Alguien más sensato entraba dando voces:

—¡Confío en usted y no retiro un centavo!

Los espíritus recuperaban su calma.

El colapso de tantos me empavoreció y fui a buscar mis fondos, pretextando un negocio. El Corredor, sonrien-

te, me alargó su pitillera, hablóme de una comedia que, por haberle deparado emociones profundas, me recomendaba. El dependiente trajo el cálculo y el Corredor me extendió el cheque. Salí avergonzado. Temblaba ante la idea de que el Corredor adivinara mi desconfianza. Me dolía ofenderlo.

Dejé de causarme desazón que un bolsista, ayer honrado, bien visto, a quien se saludaba con respeto, amaneciera fallido.

Conservé mis dólares ociosos. Cuando tuve patronos les oí que el capital debe crear riquezas. Esta reflexión se me grabó como tantas que uno oye, sin aplicación en lo personal. Ahora la tenía. Mi pensión era insuficiente. Necesitaba que mi plata produjera. ¿Dónde tenerla segura y productiva? Busqué, busqué en vano.

¡Quién conociera a los corredores! —exclamaba confuso—. Eso sólo constituiría un capital. Pero no es fácil, exige trato frecuente y hasta mirar su contabilidad, pues, exceptuando a dos o tres muy ricos, que operan al contado, o que de recibir órdenes a plazo toman garantía en tierras, edificios modernos o piden el aval de un millonario, los restantes prestan al ojo, o proceden bajo palabra lo que, en la baja, les obligaba a quedarse con acciones depreciadas o con créditos irrecuperables; viene la asfixia y comienza el espejismo. El corredor ve reflorar su prosperidad si emprende un negocio providencial, sólo a él revelado... No

obstante, a los que pisan en firme y a los que van por la región del aire, los iguala la arrogancia, el porte distinguido, el buen traje y también el color. Son rosados, blancos ò ostentan el dorado vestigio del aire salino. Parecería que cada mañana nacen. Con mirada de leones andan, suben o descienden del automóvil. Poseen el color de la gente que se baña a diario y no economiza jabón. Si nunca llegaran a la falencia, ¿qué importaría que se bañaran menos y que, inclusive, fueran negrísimos? Nadie les haría un reparo.

Si se deja de lado la apariencia, hay que abonarles que lleven apellidos castellanos o vascos que han llenado la historia, o de origen inglés que gritan rectitud. Debe de haber unos que resistan años sin desplomarse. Esto es indudable. Otros, los intrépidos, los que en vez de aperitivos tragan beleño, tienen sus horas contadas. Mas, ¿cómo diferenciar a éste de aquél? No hay uno que no respire seguridad. He ahí lo insondable.

Empero, cuando el gran titular anunciaba otra caída, entrábame una sombra de zozobra. Dejaba de importarme que los dólares fueran una planta improductiva. Y como desde que uno se levanta recela, duda y se inquieta a propósito de cada acto en proyecto (Ser atropellado. ¿Pagaré fulano? Acaso Zutano se halle ausente. ¿Con qué cara nos recibirá Enriqueta? ¿Habrà buen tiempo en la costa?), in-

terpretando lo imponderable, que ordinariamente nos beneficia, me serenaba, y dado que nadie tiene la serenidad por fin, al poseerla, entrábame el cominillo de los dólares. Había que invertirlos en acciones o en lo que diera más intereses. Como pasaran semanas sin que los diarios repitiesen la frase fatídica: "¡Quebró el Corredor, Huyó el Corredor!" comencé a decirme: es verdad que cada trimestre cae un corredor, pero los otros se mantienen incólumes. La mayoría es de caballeros que tienen su prestigio en mucho. ¡Honor a ellos! El mío es de esta legión. ¡Qué tontería desconfiar!

Y nuevamente le entregué mi capitalito. Como le ofendiera con la intención, al retirarlo, no quise asomarme a su escritorio ni siquiera después de varias Malas. Llevaba ocho meses sin ver a mi Corredor.

No sentía profundo apego a mi peculio, tampoco desdén. Si imaginaba gastarlo sin control, en deliciosos imprevistos, era deslumbrante, un arco iris, pero como reserva para la vejez, ese dinero era gris, infinitamente gris.

Dinero para lo indispensable poseen todos: unos casi nada, otros algo y los menos, mucho. Bien o mal todos se visten, comen, tienen en qué dormir. El dinero libre, el dinero de uno es el que se gasta en caprichos, el que se da o juega, el que se derrocha. Este dinero es escaso. No bien alguien reúne cierta cantidad cae en la trampa de

hacerla producir, luego de capitalizarla y nunca dispone de un peso.

Seguía tal o cual bolsista enredándose en los millones o, después de ensayar sueños grandiosos con su dinero y, sobre todo con el ajeno, escapaba por aire o por mar.

¡Qué raudo se va el tiempo en la madurez! Mi salud era buena y por donde anduviera, ¡téngalo por cierto! no salía del paraíso. Almorzaba en casa de un personaje. Junto a mí sentóse un amigo íntimo, de expresión digna, altísimo, de lenguaje severo, invencible para las injurias cuando hay tempestad en su espíritu.

A través del ventanal el pequeño parque vibraba con el sol. Mientras los demás oían a un comensal del extremo, mi alto amigo, inmutable, sin mirarme, susurró:

—Anoche llegó Raúl en bicicleta a contarnos que el Corredor huyó. Mi mujer debe estar en la oficina por si salva una parte.

Los árboles, el verde, el sol y los rostros mostraban el mismo alborozo. En un segundo me había convertido en otro. Subió a mis labios esa sonrisa melancólica que no me deja desde que soy persona acaudalada. Pensé: al fin caen todos. Recordé sentencias fatalistas, porque está en mi naturaleza buscar alivio, con el pensamiento, a mis sinsabores convencionales. ¿No lo son perder o ganar? Se me produjo una extraña paz. Sin embargo, de haber sospe-

chado que la quiebra venía a paso veloz, habría acudido a todos los medios para retirar mi dinero, excepto la violencia, la súplica o el llanto.

He visto niños llorar por la desaparición de diez pesos; también vi sollozando a mujeres que perdieron un ciento; hombres hubo que maldecían y se les vio hundidos en la pesadumbre por el extravío de mil. Tal vez la sensibilidad sea incapaz de reaccionar ante una pérdida de cuantía. Si unos maldicen por mil, aullar una semana sería poco cuando se trata de millones, pero hay que sentir tal deseo.

Los muy emotivos, aunque no griten, se dan un tiro o se arrojan desde un edificio encumbrado. El creyente piensa que el Todopoderoso lo somete a prueba. Otros convierten el descalabro en tema secreto.

A la semana me citaron a junta de acreedores. Mi ánimo se dilató. Ser acreedor es ser alguien, barrunté, algo cercano a ex ministro o ex de cualquier dignidad.

La junta tuvo lugar en una antesala, rodeada de oficinas. Primero llegaron amigas y admiradoras del Corredor, que suscitaba ambos sentimientos, y uno que otro varón añoso. Veíase entre las damas una otrora bellísima, todavía con unos ojos vagos y un vago perfil. En seguida fueron más los hombres, también íntimos o estimadores del fallido.

Sobró gente. Hubo de situarse, además, en el umbral

y dentro de los gabinetes. Los rostros mostrábanse graves. Se conversaba apenas, en voz baja y sólo de cantidades: —Tenía allí tres millones. —Yo retiré la mitad. —Juana había convertido en dólares hasta sus joyas; ya no le quedan lágrimas. —¿Cómo no confiar en él si jugábamos cuando niños? Estefanía se crió con sus hermanas y quedó con lo que lleva puesto. —Mi primo le entregó diez millones en monedas de oro. ¡Figúrate! —La viuda de Ravazal se mantenía con los intereses y ahora, ¿que hará? —Y ese hombre flaco que le dio el dinero con que debía operarse; tendrá que morir así no más. —A mí no me importa lo perdido; voy a Europa y estén seguras de que lo dejo amargado por el resto del año. —¿Es verdad que hay más señoras que hombres entre los acreedores? —¡Claro! Considera que es un encanto de persona. Si volviera a trabajar, aunque le perdí la fe, le daría unos cinco mil pesos por no desairarlo.

—La incomodidad de esta sala influirá en que rápidamente se llegue a un acuerdo —expresó un rentista.

A mi diestra había un hombre delgado, cuarentón, de rostro redondo e impresionantes ojos sombríos. Estaba triste.

Un abogado se aproximó risueño:

—Me clavé en seis millones; peor le ocurrió a mi hermana: lo perdió todo (¿diez?) ¿Ven a ese buenmozo, ahí?

Tenía veinte. Y el que habla con la señora, veinte también. La gente que se ve vale más de quinientos millones.

El caballero, a pesar de las bromas, seguía con su tristeza intacta (¿serían los suyos veintidós?).

—En mi tiempo un corredor —observó un anciano altivo—, a la vez que compraba la acción de la Bolsa, adquiría un revólver fino, de éstos que no fallan.

—Y ahora reservan pasaje aéreo sin fecha —agregó un entrometido.

—Sí. En caso de ruina le venía la desesperación mortal y se perforaba las sienas. No podía vivir con su nombre manchado. Sus clientes formaban en el cortejo y ninguno hablaba de deudas. Hoy el quebrado huye y, por ignorar la duración de su existencia, se lleva bastante dinero.

Eran tantos los de pie que no pude ver a los señores de la mesa. El apoderado leyó un arqueo. La bancarrota debíase a un negocio de alambre de cobre en que mi Corredor invirtió cientos de millones. No había retornado un peso. La misma voz propuso nombrar junta liquidadora.

—¡Me opongo, lo que se ha leído es muy vago!

—¡Es una estafa!

—Esos negocios deben hacerse con dinero propio.

—¿Hay alguno de los socios? ¡Ah, huyeron todos!

—Debemos ir a la quiebra judicial. Es necesario que haya sanción.

—¡Pensar que le entregaron el dinero por amistad!

—¿Son muchos los acreedores privilegiados?

—¡No!

—¿Entonces la mayoría es de valistas (quiroygrafarios)?

Al verme entre los valistas no me sentí desengañado. Daba categoría. A edad avanzada, urgido a pedir limosna, podía excusarme: "Donde usted me ve, hilachento, dejado de la mano de Dios, he sido acreedor valista". Los dadivosos, de ahí para adelante, me darían el doble.

A mi lado permanecía, inmerso en sí, el caballero triste. Lamenté no conocerlo. Hubiera intentado cambiar su ánimo, inducirlo a la sonrisa.

—Los chilenos son demasiado aguantadores —aseguró un abogado de origen meridional. En efecto, señoras y caballeros parecían hallarse en un concierto.

—¡Que se forme la junta con los tres más grandes acreedores!

—¡No! ¡Jamás! ¿Y si sale elegida una mujer?

—¿Qué tiene que decir de las mujeres? ¿No lo fue su madre? —interpeló una dama, agraviada.

—Bueno... ¡que no tienen experiencia!

—Se obtendrá un cincuenta por ciento.

—Mejor pensemos en un diez.

Elegida la junta, en silencio comenzaron a irse tanto los privilegiados como los míseros valistas. Era difícil alcanzar la escala. Oí gritar:

—¿Hay un médico? ¡Que se apure! Tal vez sea un ataque. ¡Por favor, déjenlo pasar! Señores, continúen bajando, que no hay aire.

Los ruidos, los gritos, las voces agudas aumentaron. Poco a poco llegué al ruedo. A través de las cabezas entreví a un hombre tendido. Un médico le hacía respiración artificial. Cuando pude verlo de más cerca reconocí, por su semblante pálido, al caballero triste. ¿Cuántos días estuvo comiéndose su pena? No hablé, no se desahogó y la tristeza se le fue al corazón. Se apoderó de mí una mezcla de pesar y de rabia.

—Esto debió pasarle al Corredor —farfulló alguien.

—No reacciona como es debido. Llémosle a una oficina hasta que llegue la ambulancia. La gente está muy excitada.

Oí cómo sonaban los vidrios. En seguida el empuje era contra los muebles. Pasaban jóvenes que habían perdido su atildamiento. Señores trémulos a duras penas llevábanse a desvanecidas señoras.

—Si el caballero no cae fulminado, se hubieran ido tranquilos. Todo fue verlo en el suelo y dispararse a destruir. ¿Qué culpa tendrán los muebles?

Aumentó la sonajera. Hombres y mujeres buscaban la salida.

—Si todo esto es del Corredor, nos tocará menos. ¡Que no se les ocurra incendiar!

Jóvenes valistas, silla en mano, reducían a leña los estantes. Otros echaban al patio de luz cualquier enser liviano. Un mozo fiero se había procurado una regla y golpeaba las lámparas.

—Es el resultado de la tensión, ¡nada más! Apenas se descarguen firmarán convenio hasta por un cinco por ciento.

—Ojalá no vean esa mesa de palo de rosa que hay en aquel rincón.

La dama de vagos ojos y vago perfil, con su paraguas rompía los vidrios semiocultos, sin olvidar ninguno, pues se iba a paso tranquilo, sin mirar a nadie.

—No hay que decirle palabra. Así se libra de un ataque que, a sus años, sería sin vuelta.

Nada quedó intacto. Quien destrozara algo creía que eso era prolongación del fallido, y daba golpe tras golpe para dejarlo sin costillas.

Se asomaron tímidamente los porteros.

La ilusión de salvar parte me acompañó una quincena, aunque supe que ciertos acreedores pretendían todo o nada. ¿Quién va a negar que fuera una actitud bizarra? Lo fue. Eso sí que todos hubimos de perder la última esperanza.

Y yo procedía como si no estuviera arruinado. Gastaba mi pensión y bastante más. En caso de urgencia subía a un auto; regalaba confites a mis amigas; me habitué a fumar los mejores cigarrillos; al ver una corbata de mi gusto, la adquiría.

Duele sentir que nada de lo que ofrece el comercio es para uno, salvo la estricta subsistencia. Por suerte, es una manera de decir, cayó en mis manos el Kempis. ¡Qué libro tan amargo! Si desea atentar contra lo vivo que hay en usted, léalo, y si le dan ganas de romperlo, alégrese. Es signo de que su animal no está herido de muerte. Sin embargo, me entonó. En la mañana, remozado, pedí cigarrillos ordinarios. Los hallé pésimos. Sólo repitiéndome que peor es morir o estar preso, pude aguantarlos.

De rehacer mi fortuna, si acierto con un nuevo libro o los publicados se vendieran más, volveré a negociar en valores mobiliarios. Nunca he sido versátil y debo seguir el camino que empecé. Conozco unas cuantas causas de pérdidas. Reunir dinero exige años.

Me queda tiempo para averiguar las vicisitudes de las acciones, las más frecuentes, todo lo que es humano prever y entonces, cuando lo sepa, no, ¡no dudo que comenzaré a ganar!

SOBRE EL AUTOR

José Santos González Vera nació en El Monte, el 2 de noviembre de 1897. Estudió en Talagante y en un liceo de la capital, de donde fue expulsado por no asistir a clases de música, gimnasia ni caligrafía. "¡Abora trabajarás!", le ordenó su padre. Empezó el aprendizaje de pintor, encuadernador, mozo en tres sastrerías, en una casa de remates y en una fundición; peluquero y anticuario; lustrador en un club; secretario de una sociedad de carniceros.

Alrededor de los veinte años trabajó amistad con ácratas y leyó, no sin frenesí, obras ideológicas y novelas sociales. Siguió con Zola, todos los franceses, los rusos, los nórdicos, "El Quijote", otros españoles y libros clásicos que le recomendaban.

Quiso divulgar el comunismo anárquico, cuyo asiento en tierra creía factible en no más de un lustro. Por eso escribió.

Como quien viaja, fue cajero de almacén, comisionista, vendedor ambulante de zapatos, en seguida de libros. Hizo de corresponsal de periódicos. Entró de cobrador de tranvías en Valparaíso. Aceptáronle de supernumerario en el control de entradas de los ferrocarriles. Pasó a dependiente de peletería; a cronista de un diario y luego a empleado de fundición en el sur. Nuevamente buscó y vendió antigüedades. Desde 1925 le ofrecieron cargos modestos que aceptaba sin vacilar, con secreta satisfacción de que alguien le tuviera fe. Hubo períodos en los que comía poco, pero estrictamente nunca fue un hambriento.

En cualquiera de esos afanes creyó quedarse para siempre. En serie fue bibliotecario, ayudante de corrector de pruebas, administrador de revistas, redactor de una y editor de otra.

Nunca le satisfizo ser mandado. Recuperó su autonomía vendiendo cuadros, libros y emblecos ornamentales.

Por fuerza mayor o malentendidos hubo de viajar. En el extranjero vio claro que uno se debe a su país, que apenas retorne, ojalá velozmente, tiene que trabajar en lo que más le guste hasta que su mano pueda. Cree que así se cumple con la humanidad.

Conversar para él es manantial de sabiduría. A veces hasta escucha.

Cobró afición al té, se supo y se lo sirven en donde se halle, aunque, a menudo, le agradarían otros néctares.

Con la edad se ha convertido en coleccionista de piedras bonitas. Quien quiera le podrá ver, en la playa de cierta isla, andar horas y horas, agachándose a cada instante.

Es sensible a la simpatía. El que lo sea, y se le acerque, puede contar con él.

En dos períodos, por azares felices, poseyó pequeñas fortunas que ha perdido en negocios bursátiles. Cree ingenuamente, que por conocer varias causas de pérdida, no bien domine las más generales, empezará a ganar. ¡Que Dios lo ampare!

Publicó "Vidas mínimas" en 1923. Aunque la crítica le fue favorable, y regaló media edición, demoró diecisiete años en vender la otra mitad. Con "Albué", 1928, los críticos también se mostraron generosos. Regaló cuatrocientos ejemplares. Los lectores, ya más ávidos, en doce años agotaron los demás. Con intermitencias, a veces largas, escribía narraciones breves, que aparecían en revistas de jóvenes. Sospecharon algunos, sin pesar, que abandonaría las letras. Suponíanle perezoso y abúlico. En 1950 ¿a quién no sorprendió? le dieron el premio nacional de literatura. Inmediatamente fue objeto de grandes elogios y diatribas espeluznantes. Apareció su obra "Cuando era muchacho", que suponen autobiográfica. Lloviera o tronase se vendió un ejemplar por día. En 1954 imprimió "Eutrapielia". Casi no tuvo lectores. Nascimento le editó en 1959 "Algunos", biografías de prosistas y poetas chilenos, en las que se destaca lo singular de cada uno, como si se tratara de un cuento.

González Vera es realista. Sus personajes suelen tener una leve extravagancia. Lo que más le apasiona es descubrir el acto único, el hecho todavía no catalogado por la imprenta. Pretende ser ameno, dar una visión regocijada de los seres en lenguaje parecido al familiar. Es corriente que sus reediciones vengan disminuidas.

Opinantes zaboríes decidieron que es seguidor de Gorki, Baroja o Azorín. Aducen que domina la superficie, pero que alma adentro no sabe atar ni desatar. No falta quien le niegue toda imaginación. Un literato de aventajada estatura aseveró que en sus primeras obras había algo de poesía y nada de ternura. En las posteriores no ve poesía, pero sí ternura. Varios lo creen fotógrafo de la realidad, frívolo, incapaz de trazar grandes caracteres. Ingenios hay que lo hallan esquemático y apático. Hubo quien dijera que si va al bosque, en vez de elegir materiales para un gran edificio, recoge lo necesario para una caja de fósforos.

Los apasionados lo sienten frío. Alguien le tiene por retratista, un tanto chaplinesco, sin ñeque para escribir novelas. Un cura lo calificó de resentido. El hijo de un pastor protestante, de enemigo del pueblo. Los fervorosos le enrostran que sea escéptico. Respecto al color, dan por cierto que no ve sino lo blanco o lo negro. Estos lo consideran buen estilista. Aquéllos arguyen que no es tal, que escribe como le sale. Otros lo reputan de bien dotado.

Alguien sorprendió a González Vera, a solas, tomándose la cabeza a dos manos y exclamando: "¿Qué seré, Dios mío?"

Esta obra se terminó de imprimir el 29 de julio de 1961, en los talleres gráficos de la Editorial Nascimento, Arturo Prat 1428, y trabajaron en ella, D. Alfredo Beltrán, linotipista; D. Félix Valdés Valdés, cajista; D. Luis Delón Rojas, corrector; Dña. Eliana Collado Martí, atendedora; D. Juan Castro Guerrero, prensista; D. Jorge Palacios Tagle, doblador; D. Pedro Miranda Góngora, alzador; D. Fernando Sáez Puebla, cosedor; D. Sergio Soto Díaz, entapador; D. Carlos George-Nascimento Márquez, regente.



La Cópia
y otros
originales, de
González
Vera
Nascimento



PRINTED IN CHILE
FABRICACION CHILENA